BIBLIOTECA SOCIAL

BAJO LA MIRADA DE LENIN

POR

ADOLFO AGORIO



EDITORIAL PAX
BUENOS AIBES
1925

Dedicatoria

A mis amigos:

J. D. Morales Díaz
y Roberto Hicguet,

que despreciando los vaticinios más sombríos, no vácilaron en acompañarme a desgarrar el misterio de los dioses rojos,

A. A.



ADOLFO AGORIO en traje de ciudadano de Moscú.

ADOLFO AGORIO

Adolfo Agorio, autor de "Bajo la Mirada de Lenin", es un hombre que a la edad en que los escritores comienzan a aprender, él ya está considerado, con rara unanimidad, como maestro. No cumplió todavia 36 años; pero cualesquiera de sus obras, "La Fragua" por ejemplo — para citar su primer libro, que hace diez años prologó Mr. José Caillaux, actual ministro de Hacienda, de Francia — ponen de relieve un vigor de pensamiento y una robustez de juicio, que sólo por privilegiada excepción se encuentra en los literatos jóvenes.

Adolfo Agorio, además de un hondo pensador es un consumado estilista, sin que la belleza de su frase denuncie en momento alguno la tortura del rebuscamiento. Antes bien, sus libros están escritos al correr de la pluma, y se salva de la trivialidad y de los lugares comunes de la improvisación, por su riqueza de léxico y dominio absoluto del idioma. Después de publicar "La Fragua", en Montevideo, en 1915, editó "Fuerza y Derecho" al año siguiente en la misma ciudad. Ambos libros fueron traducidos al francés e inglés. En 1919 se trasladó a Paris, como miembro uruguayo a un Congreso Postal, y en Francia, después de haber actuado en la redacción de algunos diarios, publicó en francés un libro titulado "Propos d'un francophile" que le valió una estruendosa polémica con Clemenceau en aquel tiempo considerado intangible bajo la denominación de "Pére la Victoire". Regresó a Montevideo en 1922 para retornar a Francia, poco después, habiendo publicado en ese lapso de tiempo una extraña novela metafísica: La Rishi Abura (Viaje al País de las Sombras). En 1924, en "Le Parlementaire" se publicaba un artículo de crítica acerca de este escritor, donde, entre otros juicios se hacían los siguientes: "Adolfo Agorio es acaso el único escritor sudamericano que ha conquistado su público entre nosotros. Si cuenta con la admiración de sus compatriotas del hemisferio occidental, puede ser clasificado en Francia entre nuestros mejores maestros. Posée todas las brillantes cualidades de los escritores de nuestra raza. Su frase nerviosa, llena de color, de movimiento, de vida, está unida a un don penetrante y absolutamente personal para juzgar los acontecimientos y los hombres"

Su espíritu inquieto lo impulsó a ir a Rusia, — como dice él en su dedicatoria a los amigos que lo acompañaban — "a develar el misterio de los Dioses Rojos" y desde Moscou volvió dispuesto a decir a la Europa occidental y a la América "nada mas que lo que había visto en la lejana Rusia". He aquí el extraordinario mérito del libro "Bajo la mirada de Lenin" en que el escritor uruguayo, sin prejuicio alguno, trasmite la verdad que vivió y que vió en aquel pueblo que está realizando el mas gigantesco ensayo de la Historia.

BAJO LA MIRADA DE LENIN

—:—

En la Plaza Roja el sol de septiembre derrama sus fuegos discretos. La bárbara creación de piedra devuelve el gris de sus entrañas al oro pálido de la tarde, y hay en el cielo violeta de Moscú como otra inmensidad de granito que repite en el aire las murallas ásperas del Kremlin, el agua encharcada de los fosos, el filo de los hierros y la sombra de los monumentos. El alma de la Plaza Roja es tan ruda, tan salvaje, que entra en el corazón como un martillazo. Hasta la muchedumbre parece aplastada, digerida, absorbida por las fauces del monstruo. No habla con la voz de la seducción, sino del espanto. No sólo es una obra de arte, sino un instrumento de tragedia. Y los cascos de la caballería, al alumbrar el empedrado con torbellinos de chispas, arrancan en la plaza una música loca de maldición y de castigo, el único himno que puede dar al mundo. Aún mismo entre los restos de las fantasías del bajo imperio que brillan con gracia en las cúpulas de oro de San Basilio, se agita una amenaza de muerte. Al pasar por ahí, el sueño sutil de los bizantinos ha sido salpicado de manchas negras. Es la pesadilla del huraño Lobnoié Miesto, el cadalso de piedra donde, por sus propias manos, Pedro el Grande decapitaba a los condenados. Es el grupo estatuario de Miniene y Pojarsky, los apóstoles de la primera resurrección rusa, que en 1613 echaron a los polacos, salvaron Moscú y establecieron a los Romanoff en el trono. El artista ha dado a las figuras de bronce un secreto impulso de marcha hacia adelante. Miniene y Pojarsky avanzan enlazados por el misterio de un mismo ideal. Y en el crepúsculo, sus cuerpos, moviéndose contra la masa sombría de Kremlin, me traen la sensación de una proa que corta el destino. Los siglos han corrido sin dejar huellas. Miniene y Pojarsky parecen combatir todavía. Uno cree

respirar aún el olor agrio de la fiebre en sus labios crispados por el sufrimiento. Uno cree ver aún avivarse sus ojos con el resplandor de los incendios.

* * *

Los bolchevikis han respetado el símbolo artístico de esa leyenda en toda su brutal grandeza. La han salvado del olvido por lo que ella tiene de intensamente popular yde profundamente rusa. Pero una arquitectura más flexible, más plástica, más moderna, una forma de pensamiento hecha con líneas atrevidas, detiene de golpe la marcha irresistible de los viejos libertadores. A primera vista no sabría decirse si se trata de una fortaleza o de una tumba. Es un monumento que no ha querido elevarse a la divinidad en forma de plegaria o de súplica. Adentro se mueve una voluntad enérgica, una orden, una conciencia en perpetua fermentación. Se siente morir a los pies del mausoleo la onda del tiempo. El oleaje humano se ensancha a cada segundo. Desciendo en la penumbra de un pasadizo guardado por soldados rojos. Sus siluetas gigantescas se recortan confusamente bajo la luz de las lámparas. En el extremo de los fusiles las bayonetas arrojan resplandores de fuego. Adelante y atrás la oleada densa del fervor eslavo que va a arrodillarse a la sombra del ídolo. Una muchedumbre de campesinos y de obreros arrastrando penosamente sobre el pavimento las botas de cuero arrugado. Cabezas descubiertas, frentes absortas en una inmensa preocupación interior. Niños de mirar atónito, adolescentes pálidos y rostros barbudos. La misma idea en el aire, el mismo pensamiento en los ojos, la misma palabra en los labios: Lenin... Lenin... Un paisano con "kosovoroka" negra, de espesas cejas, murmura al oído de una criatura de pocos años. De la voz apagada, baja, cual un soplo que temiera herir el solemne arrobamiento de la multitud, yo no puedo retener más que una sola palabra, Ilitch; el nombre popular de Lenin. Al fin llego a la cámara mortuoria. Bajo la guardia permanente de las bayonetas del ejército rojo duerme su último sueño el hombre que fué el eje de la más formidable transformación social de los tiempos modernos. El misticismo doctrinario de los rusos que ha hecho una religión de la tercera internacional, quiso perpetuar la forma física de su dios, quiso detener con una ilusión más la mecánica atroz de los días. Y todo contribuyó a engañar con estrategia infantil la obra suprema del aniquilamiento, a salvar una vestidura corpórea, aunque fuere por un segundo, de la inevitable destrucción de la muer-



El bolchevismo destruirá la civilización moderna, como el cristianismo destruyó la antigua...

te. Y Lenin está allí. Se le vé, se le siente. Mientras duerme, parece que vigila. La fantasía agranda aún más su frente luminosa, prolongada por la calvicie, su boca que sonríe misteriosamente bajo la barba, sus párpados entornados que parecen moverse con las oscilaciones de luz y donde las líneas sutiles de los ojos arrojan chorros de sombra. Los campesinos, los obreros, los soldados de la guardia roja, inmóviles en el fondo de la cámara, no son más que espectros trazados al carbón sobre los muros. Todo a mi alrededor se afina, se disuelve, se desvanece. Y al observar el gigantesco recogimiento de las cosas y de los seres, asalta mi espíritu la frase terrible que los profetas de occidente han estampado en todos los rincones de su prensa: "El bolchevismo destruirá la civilización moderna de igual modo que el cristianismo destruyó la civilización antigua". Ellos saben que detrás de esa fórmula no existe el vacío. Ellos saben que está sostenida por un país que ocupa la sexta parte del planeta, que cuenta con ciento cuarenta millones de habitantes, que empieza a organizar las reservas inagotables de Asia y que ya ha iniciado la insurrección de Turquía, de la India y de China. Ellos saben que la lucha será a muerte y que no habrá piedad para los que resistan. Ellos saben que todos deberán trabajar para vivir. Ellos saben que no existirán parásitos, que la explotación del hombre por el hombre será castigada con la última pena. Ellos saben que serán desposeídos de sus privilegios o desalojados de sus tierras. Ellos saben, al fin, que su gran prensa será implacablemente expropiada por el proletariado.

* * *

Estas ideas, de una moral tan simple, han traído consigo el más espantoso de los pánicos. Europa se ha enloquecido. Un siglo de democracia ha bastado para corromperla. Cambia de lugar dentro del capitalismo, como el enfermo dentro de su lecho, sin hallar jamás la posición que ha de ser alivio para el mal que va devorando sus entrañas. Oscila entre la dictadura militarista y la demagogia desenfrenada. Tanto la monarquía como las repúblicas han agotado sin éxito todas las formas de la violencia antiproletaria. El soviet hizo la unión sagrada de Europa. Había que detener la tormenta. Fracasadas las aventuras militares de Yudenitch, de Wrangel, de Koltchak, de Denikin, fué necesario inclinarse ante la revolución, transar con ella, reconocerla. El instinto aconsejaba las formas sonrientes de la diplomacia a fin de canalizar el peligro. La conser-

vación del mundo occidental exigía que se jugase la comedia aburrida de la amistad para inspirar confianza a la esfinge, para domesticarla con las concesiones comerciales, para amansarla con los empréstitos. Y la impotencia frente al ejército rojo, contribuyó a que los soldados de Europa volviesen a invadir vestidos de mercaderes.

* * *

¿Qué quedará de la unión de las repúblicas socialistas soviéticas? ¿Qué vendrá después de todo? He aquí lo que se pregunta, angustiado, el espíritu europeo ante el contagio mental que propaga ideas terribles de aniquilamiento y de resurrección. Pero el apocalipsis no hará más que substituir los descontentos y reemplazar las inquietudes. Esa nueva aurora de valores morales alumbrará un munde exacerbado por las antinomias insolubles de la conciencia humana. Contemplo por última vez a Lenin que duerme. Bajo su mirada de sombra hierven los enigmas de la vida social. Ya en la calle, veo multiplicarse su fisonomía. La escultura ha llevado a todas partes sus ojos misteriosos y su boca irónica. En las plazas, en las vitrinas, en los hogares, nos asalta la misma naríz de mongol, el mismo cráneo vigilante. Hasta las plantas de los jardines públicos de Moscú, sabiamente combinadas dibujan sobre el césped donde juegan los niños la figura del profeta revolucionario. Bajo la mirada de Lenin, el pueblo vive la vida que él mismo ha elegido. Pero en el drama de la inquietud humana no existe certidumbre. La ansiedad de la inteligencia aumenta cuando se especula sobre el destino. Lenin prolonga el grito desesperado de Marx, lo humaniza, lo interpreta, lo modifica casi hasta destruirlo. La doctrina se pega a la tierra y se mezcla con las miserias del universo. Lenin no ha dado sino el fermento de una solución. Ha irritado hasta la embriaguez la tragedia histórica de las clases. Por eso, fuera de algunas consideraciones de orden doctrinario, este libro es puramente objetivo. No cuento más que lo que he vivido. No digo más que lo que he visto. Su única fuerza reside en que es la representación palpitante de una realidad. En ese vasto laboratorio de fenómenos sociales que es la Rusia moderna, donde todos los valores humanos están renovados, el furioso elemento de las contradicciones forma parte de la arquitectura soviética. Y la realidad es siempre incierta y antagónica. Ella resulta aún más inaprehensible que las ilusiones de la psicología. Hasta la base jurídica dada por Roma, y sobre la cual reposa la sociedad contemporánea, ha sufrido una

violenta transformación. Los factores universales son tan opuestos, los sentimientos tan irregulares, que solamente la fuerza podrá solucionarlos. Ella será la encargada de decidir, en último término, quién ha de gobernar al mundo. En el conflicto eterno de los antagonismos otra vez se cumplirá la fatalidad histórica. Los débiles serán vencidos de nuevo. Nada podrá detener el choque irremediable de dos civilizaciones que, instintivamente, se buscan para destruirse. Y mientras el minuto épico avanza sobre el planeta, los ojos de Europa exploran con sobresaltos la inmensidad del mar eslavo, y se vuelven sobre sí mismos, llenos de misterio, para sumergirse de nuevo en su propia inquietud, y se elevan casi suplicantes, en el silencio de la noche moscovita, donde, bajo la mirada de Lenin, en torno del fuste revolucionario, voltea la rueda de los siglos...

CAPITULO I

Mi primer contacto con la Rusia soviética

Hace algunas horas que navegamos. Las luces de Estocolmo quedan atrás, muy lejos, y acaban por perderse detrás de los peñascos de la costa. Hemos salido con un frío polar. La mar está gruesa, y el barco se agita un poco. Entre tanto, la noche cae lentamente sobre el Báltico. Borra los horizontes, suprime las líneas y parece tragarse el abismo. Toda la invisible arquitectura del infinito se funde en una sola mancha negra. Del lado de poniente resplandores fugaces cortan el aire con cuchilladas de púrpura. Una niebla impalpable flota por encima de nuestras cabezas, y los astros brillan como a través de un vidrio empañado. Al fin las sombras nos envuelven. Apenas un destello rojizo, inflamando la cresta del oleaje, denuncia nuestro paso en las aguas de tinta.

* * *

Al día siguiente, a las once de la mañana, el barco amarra en los muelles de Abo, pequeño puerto de Finlandia. Los empleados que son de una cortesía conmovedora, nos evitan las molestias del trámite aduanero. Es necesario apresurarse. A las dos de la tarde sale un tren para Helsingfors. Almorzamos rápidamente en una modesta hostería de aspecto rústico, cuyas paredes están construídas con troncos superpuestos. Hay adentro una atmósfera alegre. La luz brilla en el mantel blanco, y hace vivir los objetos de loza y de cristalería con reflejos de oro. La abertura de la ventana pone en el suelo un cuadrilátero de sol donde retozan dos gatos jóvenes. Ingrid, la criada que nos sirve, viene a anunciarnos que el tren de Helsingfors partirá dentro de algunos minutos. Es una mujer de treinta años, demasiado voluminosa, que enseña dos fuertes bra-



Almorzamos en una hostería de aspecto rústico...

zos desnudos. La cofia de lino le llega casi hasta los párpados, y sus senos flojos, enormes, caen pesadamente sobre el vientre. Es una máquina de trabajo, dispuesta a ofrecer siempre a los viajeros, con la misma insensibilidad profesional, sus brazos y su sexo. Los rudos marineros del Báltico que después de varias semanas de navegación fondean en el puerto de Abo, se disputan furiosamente los encantos de la maritornes nórdica. Pero Ingrid no sabe de amor, sino de dinero. Ella disciplina a sus visitantes y los obliga a pasar por turno. Cuando les ha hecho soltar hasta la última corona o se encuentran demasiado aturdidos por las libaciones, la misma Ingrid los echa a la calle a puñetazos y puntapiés. Borrachos de punch y de snaps, aquellos amantes de un minuto apenas atinan a defenderse, y caen como masas inertes junto a la puerta. No importa que afuera, en la noche boreal, se amontone la nieve. La policía de los muelles se encargará del resto.

* * *

Llegamos a Helsingfors en el crepúsculo. El tren ha atravesado regiones de lagos maravillosos, bosques de pinos y de abetos. En medio de la verdura, la corteza blanca de los bjorks evoca de nuevo el paisaje ártico, en el norte escandinavo, que hemos visitado hace quince días. Un pájaro negro nos ha seguido volando largo trecho, y su grito parece el sollozo de un niño. Helsingfors es una ciudad de aspecto moderno, pero sin carácter propio. Tiene algo de sueco, de noruego y de ruso. Los finlandeses han mezclado los elementos de la arquitectura escandinava al gusto un poco bizantino de los moscovitas. Permanecemos pocas horas en Helsingfors. Los miembros de la delegación diplomática del soviet, que tienen noticia de nuestro viaje, nos reciben fraternalmente. Hay una gran simplicidad en la acogida de estos hombres fuertes y cordiales que se interesan en saber lo que se piensa de ellos en América. A las nueve de la noche tomamos el directo que va a la frontera. El viaje es largo, y será necesario dormir en el tren. En la estación va y viene un mundo heterogéneo. Muchos rusos llegan con sus mujeres a despedir a la delegación que nos acompaña. Los hierros de los frenos rechinan. Los sombreros se levantan, los pañuelos se agitan. Un gigante rubio se vuelve hacia nosotros gritando:

—Do svedania! (Hasta la vista!)

Apenas tenemos tiempo de responder a su saludo. Las sombras del andén desaparecen bruscamente. El tren se ha puesto en marcha.



Encontramos el primer puesto militar de la frontera...

toria. Acuden a mi mente las palabras de Máximo Gorky en el primer congreso de la Internacional. "¿No es esto, en verdad, un milagro? Desde el final del siglo XVIII, el pueblo de la Rusia monárquica realizaba inmutablemente la tarea abominable de estrangular todos los movimientos emancipadores de los pueblos del occidente y del oriente; nuestros soldados pelearon ciegamente contra el ejército de la gran revolución francesa, aplastaron varias veces sin piedad el movimiento nacional polaco, ayudaron en 1848 al Austria despótica a ahogar la revolución húngara, mataron en 1878 la Turquía constitucional, violaron a Persia, ahogaron con sangre las legítimas aspiraciones de China, desempeñaron, en una palabra, el papel de verdugos en todas partes donde eran enviados por las manos ávidas y medrosas de la autocracia." El milagro de que habla Gorky está precisamente en que los términos del problema se han invertido, y que ahora es la Europa entera la que interviene en Rusia. Un círculo de odios rodea a la primera organización revolucionaria del proletariado. El conflicto, al igual que en el pasado, se resolverá por la guerra, y el triunfo, como siempre, será del más fuerte... Del puesto militar nos llaman. Es una choza campesina, una "isba" hecha con tablas de pino, de aspecto miserable. Adentro hay algunos militares. En un rincón hierve el samovar. El oficial que ha revisado nuestros pasaportes nos invita a beber una taza de te. El agua del samovar cae lentamente sobre las hojas, y un delicioso perfume embalsama el aire de la "isba". Mi amigo Hicguet se vuelve de pronto hacia nosotros, exclamando:

—Probablemente, a esta misma hora creen en Francia que todos hemos sido fusilados.

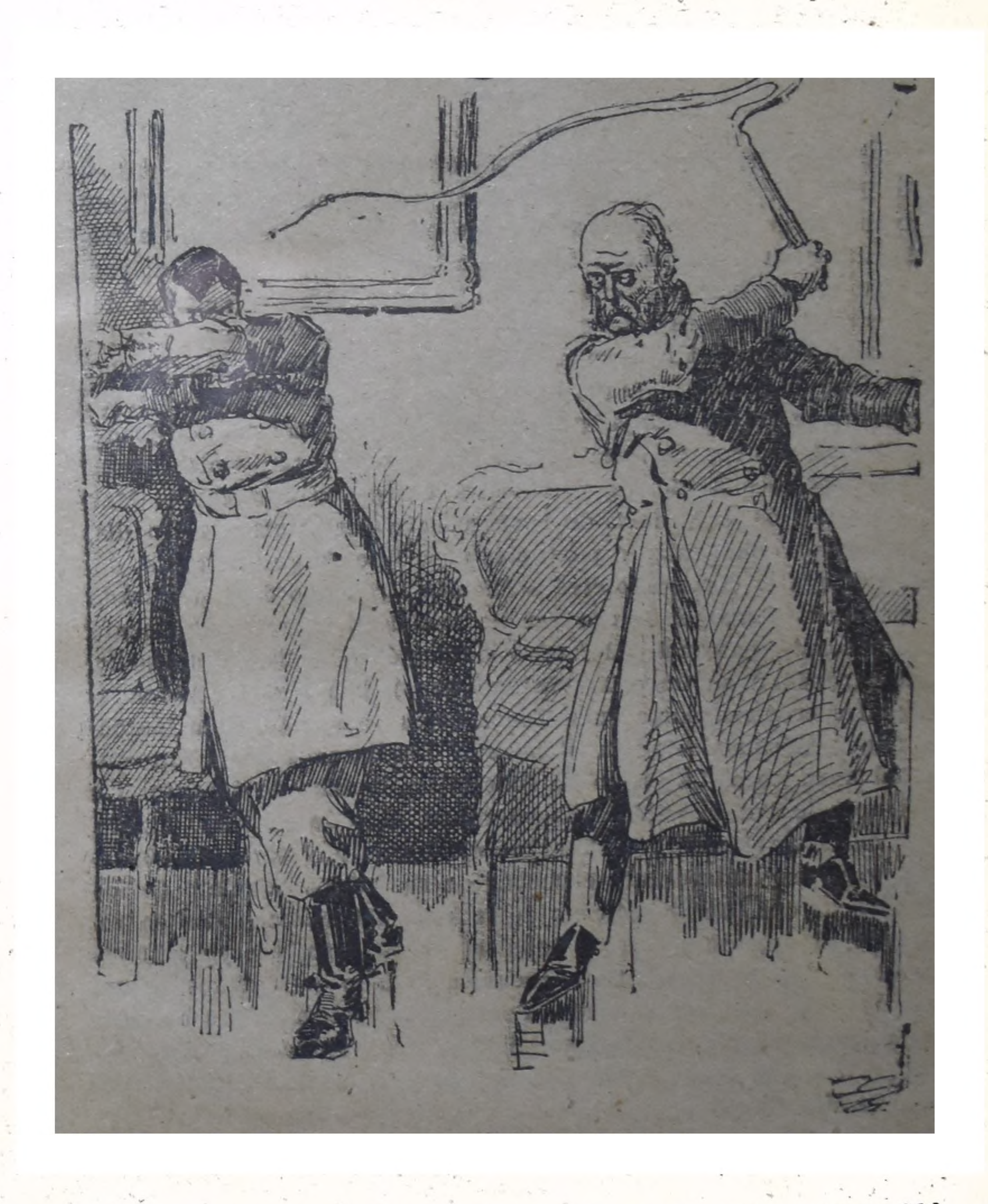
Nosotros reímos ruidosamente, y el oficial se interesa por conocer el motivo de nuestro buen humor. Yo le hago traducir al ruso la frase de mi amigo. Entonces él también ríe y todos sus camaradas le hacen coro. Se vuelve hacia el alféizar para respirar. En el cuadro de la ventana veo aún sus hombros que se agitan convulsivamente...

CAPITULO II

Con los espéctros del pasado

Lo primero que sorprende, al entrar en Leningrad, es ver relucir el oro de las torres y de las cúpulas, y comprobar que los tesoros de las iglesias se mantienen intactos. La plata y esmeralda de los altares, las diademas de las vírgenes, los rubíes de los iconos... Nada ha sido tocado. La leyenda que corre por el occidente de las inmensas riquezas libradas al pillaje de los bolchevikis, de las joyas de la corona, robadas, de las piedras preciosas desaparecidas entre las manos de los jefes del movimiento revolucionario, se derrumba al primer contacto con la realidad. Los tesoros que no han permanecido en su sitio fueron a enriquecer los museos, que, como el Ermitage, de Leningrad, y el Tretiakov, de Moscú, forman ahora el patrimonio artístico de la cultura popular. El soviet ha conservado, en las plazas y los jardines, hasta las estatuas de los monarcas. El monumento ecuestre de Nicolás I, de una teatralidad vulgar, es de escaso valor artístico. Pero del grupo donde se contempla a Catalina rodeada de sus amantes, se desprende una risueña filosofía que los revolucionarios rusos han querido guardar para enseñanza de las generaciones futuras. Aquella Mesalina eslava, rodeada por su círculo de ojos lascivos, constituye un documento precioso en manos de los hombres nuevos. Lo mismo puede decirse de la estatua de Alejandro III hecha por el escultor Trubetzkoi. Ha sido llamada "el espantajo". El viejo régimen no reparó en la formidable ironía que hay en esa masa de carne que pesa brutalmente, sin un sentimiento, sin una idea. Ahora, debajo del monumento, puede leerse la siguiente inscripción dictada por el poeta Damián Biedny:

"El penúltimo autócrata panruso, Alejandro III. Mi hijo y mi padre fueron ejecutados. Así acabaron sus vidas. En cambio yo he muerto sin gloria, cubierto por el desprecio de la posteridad. Pero



Alejandro administró a su imperial vástago una paliza memorable

quedaré aquí como un espantajo de bronce frente a todo un país que arrojó al suelo para siempre el yugo de la autocracia."

* * *

Y la gente del pueblo, que puede leer ahora al pie de la estatua, la enérgica leyenda de Damián Biedny, se estremece todavía ante el recuerdo de aquel soberano que no era otra cosa que desenfrenada animalidad. Alejandro III no tenía más que un amor: el vodka. No poseía más que una pasión: la caza. En las galerías del palacio de Tsarskoeselo (ahora Dietskoéselo) pueden verse aún los objetos que denunciaban sus gustos, pueden palparse las huellas de su furiosa manía. Cuadros de traillas, jabalíes acosados, ciervos que beben entre el follaje, perros, mayordomos, monteros, ojeadores, fusiles, trofeos de caza... Era un carácter tan violento que distribuía golpes a diestra y siniestra entre sus cortesanos. Maltrataba a su mujer y daba de bastonazos a sus ministros. Un día, borracho de vodka, mató a puntapiés a su hijo Jorge. Otro día, delante de toda la corte, abofeteó a Nicolás II, siendo éste ya casado y con hijos. Como el futuro zar no recibiera muy humildemente la reprimenda paternal, Alejandro descolgó un látigo, enfurecido, administrando a su imperial vástago una paliza que fué memorable en las crónicas palaciegas. Todos estos hechos filtraban entonces muy penosamente hasta el pueblo. Los lacayos de la autocracia hablaban poco. La visión de Siberia los llenaba de espanto. Temían no sólo por la pérdida de su rango, sino de su vida. Mucha gente de la servidumbre de Tsarkoeselo forma hoy parte de los soviets, y es muy interesante escuchar de sus labios el relato de los viejos recuerdos. Los psicólogos de la hora actual, ocupados en reconstruir el proceso histórico del despotismo ruso, poseen admirables elementos de juicio. Se encuentran al lado del documento humano todavía vivo y palpitante. Por eso, la historia tiene que ser para ellos una embriaguez irresistible, el más seductor de los paisajes. Tiene que ser un museo contradictorio, pero sugerente, porque está lleno de humanidad.

* * *

Buscamos ansiosamente, por espíritu de novedad, una "troika que no aparece por ninguna parte. Como el tiempo pasa, nos vemos forzados a aceptar los servicios de un "isvoztchic" de traje pin-

toresco, con la barba rojiza y los ojos cargados de socarronería.

—Sdrazvouitié, tovarish! (Buenos días, camarada!)

Desde su coche destartalado, acariciando con el talón de su bota la grupa huesosa de un caballo somnoliento e inmóvil, nuestro auriga nos mira con cierta piedad sonriente. Se ha dado cuenta de que somos extranjeros y nos pide tres rublos para conducirnos hasta la catedral de San Isaac. Le respondemos que es un pequeño explotador, un burgués. El auriga permanece impasible. Saca del bolsillo su "tolstolska" algunos "pirochki" (especie de empanadas criollas), y se pone a comer filosóficamente cual si nosotros no existiéramos para él. Al fin, fatigado de nuestras bromas, consiente en llevarnos por un solo rublo. El fiacre cruje horriblemente sobre el empedrado y da la sensación de que va a saltar en pedazos... Frente a San Isaac nos espera el auto del soviet local. Lo reconocemos por la bandera roja que flamea sobre el espolón. La máquina parte. Atravesamos como un relámpago la plaza desierta del Palacio de Invierno, donde el 22 de Enero de 1905, los cosacos ametrallaron al pueblo. De ahí surgió el intenso movimiento revolucionario que arrancó a la oligarquía zarista, la primera concesión: la Duma. La matanza fué espantosa, y la nieve, amontonada delante del Palacio de Invierno, se tiñó de púrpura... Acuden a mi espíritu los versos vengadores que escribiera entonces Melchine:

> Tant que s'agitera le sang dans nos artéres,
> Sachez-le, nous ferons notre devoir vengeur,
> Et tant que le soleil éclairera la terre,
> Lá nous verrons la neige aux sanglantes rougeurs!

Una vez más se cumplió la profecía de los poetas. No lejos de la casa de los zares, saludamos el busto de Garibaldi. Casi pegado al viejo nido del absolutismo, yergue su cráneo viril el caballero errante de la libertad. Y es tanto más sugestivo ese contraste, cuanto que, marchando a orillas del Neva, la arquitectura siniestra de la fortaleza de Pedro y Pablo empieza a acosarnos. En esa parte el río es tan profundo, que los esbirros de la época zarista tenían al alcance de la mano un medio eficaz para desembarazarse de los prisioneros políticos. A lo lejos, ya sobre el camino de Dietskoeselo, aparecen las chimeneas de Putiloff. Durante el día, una humareda negra y espesa ensucia el cristal del aire. Por la noche, resplandores rojizos llenan el horizonte. Las usinas de Putiloff no descansan nunca. Tres turnos de obreros fabrican ahí, incesantemente, el armamento y las municiones del ejército rojo.

Tsarskoeselo no ha sido modificado desde la época en que Catalina II lo hizo construir para su nieto Alejandro I. El carácter huraño del vasto palacio no hizo más que perfeccionarse por dentro a través de los siglos, y cada generación de reyes juzgó de su deber agregarle alguna maravilla interior. Allí vivieron, además, Nicolás I y Alejandro III. Allí fueron arrestados Nicolás II, su mujer Alejandra Fedeorovna, su familia entera, y de allí salieron para Tobolsk, la primera etapa de la tragedia. Las inmensas salas se llenan de recuerdos. Las galerías sin fin, cubiertas de espejos, se vuelven más hospitalarias. Hasta los mármoles helados cobran una nueva vida. Porque todo lo que el palacio gana en evocación, lo pierde en hostilidad. La parte del edificio que Catalina encargó al arquitecto italiano Restrelli, es particularmente curiosa. Desde las ventanas, pueden distinguirse las paredes del liceo donde Pouchkin hizo su aprendizaje universitario. Aquella casa humilde fué el peor enemigo de Tsarskoeselo y acabó por vencerlo. Aquellos muros vetustos, agrietados, cubiertos de chorreras negras, que albergaron el genio de un gran poeta, fueron el seno de la revolución. El pequeño liceo ha estrangulado la barbarie magnífica de la nobleza. Pouchtnin ha triunfado del zar... Pasamos a las habitaciones de Alejandro I, asesino de su propio padre, a quien la historia oficial, no obstante, se empeña en llamar el Bienaventurado. Un cofre hecho con dientes de foca atrae nuestra atención. La cerradura es una maravilla de orfebrería. En los bordes se hallan esculpidos los retratos de los zares desde Rurik hasta el primer Romanoff. La preciosa joya está avaluada en dos millones de dólares. El oro y las perlas se amontonan como en los cuentos fantásticos. Luego penetramos en una suntuosa sala, toda tapizada de ámbar, regalo del rey de Prusia a Pedro el Grande. Se hallaba en el Palacio de Invierno, y por un extravagante capricho de Catalina, fué transportada a Tsarskoeselo. Más adelante, la sala del trono de la misma Catalina, constelada de piedras preciosas, donde las palabras tienen una extraña repercusión, que evoca la resonancia de la Scala de Milán. Después la sala llamada "la tabatiére" donde Catalina hacía sus orgías, deslumbrante de refinamiento y voluptuosidad, discreta y magnífica como un pecado de los libros santos. Al lado el dormitorio de los favoritos. Catalina coleccionaba sus amantes como si fueran bestias raras. Era dueña de un verdadero serrallo masculino, y aún así no conseguía calmar su inagotable sensualidad. Una inquietud terrible la devoraba, un cáncer moral roía interiormente su vida. La falta de un afecto sólido ha-

bía derrumbado su corazón. Ella buscaba el olvido en el aturdimiento de los placeres. Marmol y oro. Joyas que fascinan. Candelabros esculpidos en un mismo árbol de tilo, con águilas y dragones dorados. Un gigantesco reloj de bronce, hecho por Ivan Yurin, donde Alejandro III podía conocer al mismo tiempo la hora de todas las ciudades de Europa. Salas de carey, salas de lapislázuli, salas de malaquita, salas de porcelana... Alguien se aventura a confesar su asombro al ver que ninguno de esos tesoros ha sido saqueado.

Ivan Dimitrivitch, que nos acompaña, sonríe.

—Todas estas joyas han sido hoy puestas aquí expresamente, porque esperábamos la visita de ustedes.

Al cabo de un momento, Ivan Dimitrivitch agrega con la misma ironía:

—Cuando ustedes se vayan, volveremos a llevarlo todo a nuestras casas.

* * *

Tornamos a la mansión de Nicolás II. Aquí, los recuerdos son más vivos. Las huellas del último zar están todavía frescas. En las paredes algunas telas del gran marinista Aivazowsky; cuadros de Bogdanow Bieski, el pintor de los paisanos; la obra maestra de Detaille: "Los cosacos"... En la sala de fiestas otra vez la figura de Catalina II, comenzada por un pintor y terminada por otro...: El retrato de la más hermosa de las hijas del zar, Anastasia Nicolavna, pintado por una tía monja, la princesa Elisabeth es de una belleza eslava que impresiona. La tela está sin concluir, y el rostro de Anastasia, como esfumado entre nieblas místicas, posee el encanto ardiente de una virgen del bajo imperio. Luego un último recuerdo del primer Nicolás. Es una capilla de iconos erigida por el rey soldadoen memoria de la hija suya que sucumbió en plena juventud de una fiebre maligna. La luminarias han sido apagadas, y el santuario se mantiene en una suave penumbra. Los "vitraux" del frente tienen un angel de rasgos muy tiernos, muy delicados, cuyo rostro representa el de la niña muerta. Por su parte, Nicolás II poseía otras inclinaciones y una mentalidad muy diferente de la de su antepasado. Los más menudos objetos de uso diario llevan impreso el sello de la personalidad infantil del último zar. Nicolás II era de un carácter débil. Su padre, el violento Alejandro III, lo maltrató siempre brutalmente desde la niñez. En sus accesos de furor alcohólico, lo castigaba hasta dejarlo desvanecido de dolor. De este modo

quebrantó en el hijo hasta los últimos restos de voluntad, convirtiéndolo en un andrajo humano. Alejandra Fedeorovna, en cambio, poseía una personalidad más definida. Dotada de inteligencia muy viva, con arrebatos que oscilaban entre una ardiente exaltación mística y el más sombrío desfallecimiento, había hecho de su marido ese fantoche sin brillo a quien transmitió algo de su sensibilidad, algo de su histerismo, algo de su patología... Las cartas que ambos se escribían mutuamente cuando la guerra los había separado, cartas que el soviet dió hace poco tiempo a la publicidad, revelan una pasión enfermiza que no es posible concebir entre seres que llevan treinta años de matrimonio y que son padres de cinco hijos. Abundan en esa correspondencia expresiones de un erotismo senil verdaderamente incomprensible. "Beso tu adorada boquita largamente, profundamente", "abrazo todo tu cuerpo idolatrado", "después de besarla mucho, puse tu querida carta entre la almohada y mi mejilla, soñando que tú entrabas en mí y que me poseías como en los buenos tiempos..." Alejandra Fedeorovna había extendido el contagio mental de su neurosis a sus propias hijas Olga y Tatiana, quienes cultivaban con el monje Rasputin el mismo género de literatura epistolar. Esas desbordantes efusiones, donde la ternura se mezcla a cada rato con la obscenidad, no impedían a la zarina buscar entre los brazos de algunos dignatarios de la corte el consuelo que su marido no le prodigaba desde "los buenos tiempos". Sobre todo, el cazurro campesino que era Rasputin había dado a su satiriasis un carácter casi divino, y sus orgías religiosas se realizaban en medio de detalles cuyo relato repugnaría a cualquier espíritu delicado. En vísperas del derrumbamiento definitivo, los proyectos del absolutismo se habían vuelto tan disparatados, sus concepciones de la realidad tan absurdas, que el régimen halló los elementos de la muerte en el vértigo de su propia locura.

* * *

Interrumpimos algunos instantes nuestra visita, porque nos llaman desde afuera. En los hermosos jardines que rodeaban la residencia de los zares, el soviet ha instalado colonias de vacaciones para niños débiles. Un grupo de muchachos de corta edad hace ejercicios al aire libre. Los niños evolucionan militarmente bajo el sol. Al vernos, se detienen. Nos saludan con las manos en alto, y cantan la Internacional. Ivan Dimitrivitch se vuelve hacia mí conmovido.

—He aquí la infancia regenerada, he ahí nuestra gran obra — dice. — Antes de la revolución nadie reparó acá en los niños. Debió usted haberlos conocido entonces... Eran menos que bestias...

Los niños vuelven a sus ejercicios. Una maestrita, calzando gruesos zapatones de cuero y las piernas envueltas en toscas medias de lana, dirige a la cohorte infantil. Es una chica de quince años. Su mirada es enérgica y su voz de mando tiene acentos marciales. Se llama María Solodkova. Durante la tarde trabaja en una fábrica. Por la mañana viene a Dietskoeselo a cuidar de los niños. La maestrita se siente dichosa de mandar, de ser obedecida, de descubrir que posee personalidad. Morales le habla en castellano. Ella se sorprende. Sus ojos grises, muy abiertos, nos interrogan.

—Stota koia? (¿Qué es eso?)

Morales insiste. La niña ríe. Nuestra lengua suena a sus oídos cual una música endiablada.

—Ya nitchevó nié ponimayu, dice. (Yo no comprendo nada).

Al fin logramos entendernos para que nos explique en qué consiste un burgués. La maestrita, sin vacilar, nos da algunas definiciones de verdadero cuño marxista: "el que vive de rentas", "el que explota el trabajo ajeno"... Le manifestamos nuestro desacuerdo, pero ella no se inmuta. Su conciencia de clase está ya formada y su personalidad se mueve con justeza, con lógica, como una máquina preparada de antemano para un fin deliberado. Y mientras habla, yo pienso en el burgués, más bien como un instinto oculto de privilegio y de injusticia, como una fuerza que escapa a las clasificaciones arbitrarias de la inteligencia. Lo presiento en Flaubert como el hombre que piensa bajamente. Lo adivino en el sentido de Balzac, de Zola, de Dostojewsky, como el único sér que la iniquidad favorece y a quien la supercheria de la civilización contemporánea le da las alas que el ideal le negaron.

CAPITULO III

De Tsarskoeselo al Neva

Tsarskoeselo retrata toda la psicología de la última familia imperial. Los seres y las cosas hablan un lenguaje de ensueño. La fisonomía interior del palacio no ha cambiado. El huracán revolucionario pasó por ahí sin tocar el alma de los objetos más íntimos. Hasta los pañuelos, los peines, los frascos de perfume, se conservan sobre el tocador tal como los dejara Alejandra Fedeorovna cuando salió para la muerte. Al lado se encuentra el baño donde el presidente Loubet tomaba sus abluciones matinales cuando fué huésped de Tsarskoeselo. Hay mucha desolación entre esas paredes, una mezcla de drama y de ironía que va invadiendo lentamente nuestro pensamiento. Aún se guarda el tobogán de madera que divertía al zar y sus invitados después de los festines. No puede pedirse nada más infantil, nada más ridículo. Los generales y los ministros, en compañía de su imperial amo, trepaban por una escalera hasta la plataforma, tumbándose de espaldas, para luego resbalar por una superficie pulida desde la altura... El dormitorio del zar y la zarina revela el morboso estado de exaltación religiosa de ambos esposos. Posee algo de capilla y algo de bazar exótico. Las paredes están acribilladas de amuletos, de íconos pintados, de diademas, de zarandajas... La vidriera que mira hacia el jardín tiene un cristal roto. Es la única víctima de los cañones de Yudenitch, uno de los aventureros a sueldo de las grandes potencias, que en 1919 bombardeó Tsarskoeselo y estuvo a punto de destruirlo. Pasamos a la biblioteca. Echo una ojeada sobre los anaqueles cargados de volúmenes. La mentalidad pueril de Nicolás II tiene aquí una confirmación aplastadora. Sus gustos literarios no podían ser más simples. Ninguna obra de los grandes maestros de la literatura rusa. No veo más que Alejandro Dumas, Eugenio Sué, Paul Feval, Ponson du Terrail... Algunos libros perdidos de George Sand. Novelas policiales, cuentos de capa y espada, folle-

tines de aventuras, relatos de viaje. Nada que fuese una palpitación del alma rusa. Nada que permitiese al soberano conocer las inquietudes de su pueblo. Las paredes de la biblioteca están literalmente cubiertas de mapas y atributos belicosos. Napoleón por todas partes; en libros, en miniaturas, en imágenes... No se ha destruído nada. Uno puede leer hasta los telegramas de felicitación que recibía la zarina en sus aniversarios. El almanaque marca el 31 de Julio de 1917, cuando los soberanos deportados en marcha hacia Tobolsk, debieron abandonar Tsarskoeselo para siempre. Los soldados caídos en la revolución están enterrados en el parque, frente a la ventana del dormitorio imperial. Saliendo para el suplicio de Tobolsk, toda la familia del zar, custodiada por los soldados del tiempo de Kerensky, debió pasar delante de la tumba y saludar a los muertos. Al igual que a Luis XVI, no se le escatimaron humillaciones y ninguna amargura les fué ahorrada. La historia no sólo repite su justicia, sino su crueldad.

* * *

En el despacho de Nicolás hay un diminuto sillón de cuero, desde donde el zarevitch asistía a los acuerdos de su padre con los ministros. De esta manera el pequeño Alejo hacía su aprendizaje de emperador. Aquellos seres absurdos pensaban seriamente que, escuchando el relato de un proceso de degeneración política, enmascarado por seductores embustes, el pobre niño podía aprender la ciencia de gobernar el vasto imperio. Había algo así como una paradoja de la fatalidad en esa farsa brillante y monótona, que inspiraba confianza, mientras el régimen gangrenado se desprendía en pedazos. Durante la guerra, esta dualidad tomó tintes siniestros. Se conserva sobre una de las mesas del despacho la carta donde el zar seguía inocentemente las operaciones de los ejércitos, mientras su mujer lo traicionaba en la sombra. Porque Alejandra Fedeorovna no sólo era alemana de raza, sino también de corazón. La más insignificante victoria de los rusos la hacía sollozar como una niña. Cualquier contratiempo de los alemanes en el frente occidental eran la causa de crisis nerviosas que duraban varios días. Sobre todas las cosas, la mujer de Nicolás II odiaba a Francia e Inglaterra. Odiaba profundamente, con toda su alma. Celosa defensora de su autocracia semiasiática, no podía olvidar que Francia era el país que había proclamado los derechos del hombre y que la Gran Bretaña era la patria de ese contagioso liberalismo constitucional que había invadido todo el siglo XIX. La germanofilia de Alejandra costó la vida de más de un millón de soldados

rusos. De acuerdo con Rasputin, y en combinación con los ministros Sturmer y Protopopoff, que eran agentes de Alemania, entregaba periódicamente a los enemigos los planes del estado mayor del zar. Tanto Brussiloff en los Cárpatos, como el gran duque Nicolás en el norte, se debatían desesperados al ver que sus tropas eran aniquiladas sin razón técnica. Sus movimientos estratégicos eran conocidos de antemano por el enemigo. No podían organizar el menor ataque sin encontrar una resistencia encarnizada de parte de los alemanes, los cuales nunca podían ser sorprendidos. Fué entonces que ambos generales decidieron mantener sus planes en secreto. Los éxitos militares que fueron la consecuencia natural de esta reserva alarmaron a la zarina. Rasputin partió apresuradamente para el cuartel general del gran duque Nicolás, a fin de detener la victoriosa ofensiva de los ejércitos rusos. La única respuesta del generalísimo fué ordenar el arresto del monje. Pero este rasgo de independencia le valió su desgracia. Sturmer hizo relevar al gran duque de su comando militar. Más bien por consideraciones a los aliados, el generalísimo fué enviado al Cáucaso, en un puesto obscuro, donde su silueta se borró casi completamente. Conviene agregar que las actividades de la zarina no se limitaban sólo a las operaciones militares. Intervenía también en los asuntos extranjeros y ninguno de los secretos de la diplomacia le era desconocido. Fué ella quien descubrió a los alemanes la ruta exacta que debería recorrer el crucero en el cual Lord Kitchener viajaba con destino a Rusia. Estas preciosas informaciones, permitieron a los submarinos enemigos, con toda impunidad, torpedear el barco durante la noche y mandarlo al fondo del mar sin que nadie pudiese ser salvado. Por culpa de las deliberadas indiscreciones de Alejandra Fedorovna, millones de seres han muerto o viven miserablemente, ciegos, locos, mutilados, como ruinas humanas que señalan el paso de la traición. Por último, hallándose Nicolás en las proximidades de la línea de fuego, ella decidió presionar el ánimo de su marido en forma elocuente para obligarlo a abandonar a sus aliados y pedir la paz. Fué en la primavera de 1917. El pueblo comenzó a sentir las torturas del hambre. Durante una semana entera llegó a faltarle el pan. Algunos motines se habían señalado en diferentes barrios de Petrograd. Entonces surgió un plan insensato para justificar ante Francia e Inglaterra la imposibilidad de continuar la guerra. Era necesario fabricar una pequeña

revolución para luego ahogarla en sangre, como en 1905. Los agentes provocadores se repartieron por todas las encrucijadas. Y la insurrección se produjo, y los hambrientos, una vez más, volvieron a la plaza del Palacio de Invierno... Pero el supremo instante del desenlace debería llegar sin remedio. Fué el minuto más formidable en la historia de un pueblo. Fué el minuto más trágico en el proceso de una dinastía. La revolución había estallado de verdad, había nacido a la vida del planeta. Los soldados se negaron a tirar sobre la muchedumbre. La chispa corre a través del vasto imperio y el ejército empieza a fraternizar con el pueblo. Al fin la Duma decreta la caída del régimen, y Kerensky se hace cargo del gobierno. La pesadilla de perversiones y de sangre se disipaba bajo una luz nueva. Todo un mundo de apetitos brutales, de crímenes, de hipocresías; todo un mundo de furiosas sensualidades se abismaba para siempre en el tiempo.

* * *

Cerca de las habitaciones de la zarina, la alcoba de su dama de honor pone una nota inesperada. La cámara de la Wirobova está desierta. Las paredes desnudas de íconos. Ni muebles, ni reliquias, ni cuadros. Es probable que no se haya encontrado allí nada que pudiese interesar a las nuevas generaciones. A pesar de todo, la Wirobova desempeñó un papel fundamental en los últimos momentos del zarismo. Fué por intermedio de ella que Rasputín pudo filtrarse en la corte y dominar a su antojo. Desde ese momento se inicia en Tsarskoeselo una vida de sortilegios criminales, de intrigas de opereta y de grosera voluptuosidad. Rasputin era un astuto paisano de Siberia, completamente analfabeto, una especie de sátiro agreste, que se hacía pasar por monje y hechicero.. No había en su mente semisalvaje más que lascivia y duplicidad. Su fino instinto de bestia silvestre le había permitido olfatear de inmediato el sitio donde se hallaba el éxito. Rasputin inventó entonces una religión según la cual era necesario arrepentirse para amar y comprender a Dios. Pero como no podía concebir el arrepentimiento sin antes pecar, Rasputin admitía la legitimidad del pecado a fin de alcanzar el cielo. El pecado constituía, según él, un medio eficaz para acercarse a Dios. Una teoría tan estúpida engendrada por cerebro tan primitivo, tuvo, sin embargo, la extraña virtud de conquistar a toda aquella corte de degenerados. En realidad, lo que más interesaba de la doctrina era su aspecto sexual. La nue-



La fiebre mística devoraba las almas en una llamarada de locura sexual.

va religión no poseía dogmas, ni altares, ni sacerdotes. Rasputín lo abarcaba todo. El mismo organizaba, en medio de bellas mujeres desnudas, los grandes festines del pecado. El delirio era tan vertiginoso, la fiebre mística era tan intensa, que devoraba las almas en una llamarada de locura sexual. Sin quererlo, sin soñarlo siquiera, se volvía a la liturgia pagana de la virilidad. En una exaltación inconsciente de sus apetitos de campesino, Rasputin había resucitado el culto voluptuoso de Príapo-Hermes y de la idolatría fálica, que, invadiendo toda la antigüedad clásica, pasó por Atenas, por Roma, por Alejandría, y llegó hasta las mismas puertas de Bizancio Se publican continuamente numerosos relatos, escritos por miembros de la servidumbre de palacio, que hacen referencia a aquellas saturnales lúbricas, presididas por un Rasputin desnudo y tambaleante, la barba grasienta cubriéndole el pecho, la pupila dilatada por el furor alcohólico, predicando a un rebaño de mujeres prosternadas de adoración ante la divina gracia que Dios había puesto entre los muslos de su profeta. Porque todo el secreto de la influencia de Rasputin no estribaba en los ardores de su religión, sino en su magnetismo psíquico y en su prodigiosa potencia genital. El caso no es nuevo en la historia. En quince días el emperador Proclus hizo madres a cien vírgenes sármatas, y Galeno nos habla de un esclavo africano "que era imposible diferenciar de una bestia" y que, sin embargo, llegó a los primeros puestos como consecuencia de su extraordinario vigor genésico. Por otra parte, los tratados de medicina legal y la historia de las causas criminales rebosan de ejemplos conocidos de insaciable erotismo, como el del asesino Pranzini y el del bandido Eyraud, amante de Gabriela Bompard. Durante el célebre proceso Landrú, a cuyas audiencias yo asistí desde los bancos de la prensa parisiense, no se hizo esperar una comprobación idéntica. El jurado de Versalles, se resistía a creer, a pesar del informe de los médicos, que un hombre que había pasado ya los cincuenta años hubiese sido capaz de experimentar prácticamente la divina alegría de perpetuarse con las doscientas sesenta mujeres que él conoció en menos de tres años. Landrú poseía el mismo poder hipnótico de Rasputin y su mismo frenesí sexual. Gozaba convenientemente de sus víctimas antes de llevarlas al horno crematorio. Monsieur Gilbert, el sutil presidente de la Corte de Versalles, no abrigaba dudas acerca de las costumbres del acusado. Deseando una confirmación categórica, hizo venir a la audiencia a Mademoiselle Segret, la última amante de Landrú que escapó milagrosamente a la muerte. El presidente Gil-

bert pertenece a esa raza selecta de hombres de mundo que no puede concebirse sino en el París actual o en la Atenas del tiempo de Pericles. Psicólogo flexible, grave sin solemnidad, irónico sin amargura, la maestría desplegada en aquella ocasión fué inolvidable. Quería llegar a toda costa a una certidumbre. En medio de tempestades de risas que él sofocaba violentamente con dos palabras llenas de cólera, llegó a preguntar a Mademoiselle Segret, en términos muy delicados, cuántas veces Landrú "la chevauchait" (la cabalgaba) durante la noche. Una cifra fantástica rodaba en los labios excitados por la sensualidad enfermiza del ambiente. La audiencia fué interrumpida varias veces. La testigo se desmayaba a menudo, y era necesario hacerle respirar sales. Sus crisis duraban algunos minutos. Desde mi asiento veía sus hombros encogerse bruscamente por los sollozos. Entretanto, el rostro lívido de Landrú, entre los dos gendarmes, permanecía inmóvil. Las cavernas negras de sus ojos miraban impasibles. Unos dedos flacos y amarillentos, pasaban de tiempo en tiempo a través de la barba. Al fin, Mademoiselle Segret acabó por confesar lo inconfesable. Desde ese día el prestigio de Landrú creció. La correspondencia amorosa de sus admiradoras aumentó considerablemente. Cierto es, por otra parte, que tanto Landrú como Rasputín no podían impresionar sino a mujeres de psicología anormal. Pero ello demuestra que, contra lo que piensa la mayoría de los rusos, el fervor místico del monje no era más que un pretexto de origen sexual que la teoría freudiana del psicoanálisis hubiera explicado entonces de modo satisfactorio. Ello demuestra también que no era precisamente la religión lo que más interesaba a aquella banda de neuróticas que había hecho de una bestia lasciva el eje en torno del cual giraba el destino de un pueblo.

* * *

Antes de echar a rodar su religioso sistema de libertinaje, Rasputín logró penetrar en la corte como curandero. Poco a poco, apoyado por la Wirobova, ese campesino analfabeto consiguió desalojar a los médicos, entre los cuales había verdaderos sabios. Según la dama de honor de la zarina, Rasputin era el único capaz de curar, por medio de misteriosos sortilegios, las frecuentes hemorragias nasales del zarevitch. Cuando el monje se fingía irritado, alejándose de palacio, la Wirobova misma provocaba esas hemorragias que no se detenían hasta la vuelta de Rasputin. Al principio todo consistió en una hábil explotación de los sentimientos

maternales de Alejandra Fedeorovna. Ya era cualquier soldado inocente de la guardia que había que suprimir, porque Rasputin, en uno de sus ataques extralúcidos, lo designaba como presunto asesino del niño. Ya era alguna enfermedad anunciada y que matemáticamente se presentaba en el plazo previsto. Ya era una lámpara de bronce, de varias toneladas de peso, que los cómplices habían limado de antemano, y que se desplomaba con infernal estruendo en el preciso instante en que al pequeño Alejo se le obligaba a salir de abajo por indicación del astuto paisano. En medio de ese bandidaje licencioso, el martirio de la inocente criatura es lo único que enternece de verdad, la única nota que conmueve hasta las lágrimas. Una sombra cruel se abatió sobre la cabeza del desventurado niño. Apenas abierto a la vida de los seres y de los objetos, la desgracia se encarnizó sobre su camino. Despertó la abominable concupiscencia de su preceptor, y una enfermedad venérea fué el precio de lo que en la corrompida corte se consideraba en la categoría de las amistades románticas. Al ser descubierto el crimen, el preceptor, que era un general del ejército, se vió forzado a hacerse saltar el cráneo de un pistoletazo. El calvario no se detuvo hasta Ekaterimburg, que fué teatro del último acto de esta gran tragedia. A las dos de la madrugada el zarevitch fué sacado del lecho y llevado en brazos al lugar del suplicio, donde ya se encontraban sus padres y sus hermanas. El niño tenía fiebre y se quejaba débilmente. Era necesario no perder tiempo. Koltchak se hallaba a pocas verstas, avanzando sobre Ekaterimburg a marchas forzadas. El había prometido a las grandes potencias salvar al zar y a su familia. Se esperó todavía algún rato para suspender la ejecución. Pero se supo que Koltchak llegaría de un momento a otro. Los soldados estaban prontos delante de su antiguo amo, el heredero de Pedro el Grande. La descarga fatal sonó al fin. Nicolás estaba seguro de que no habría para él ni piedad ni esperanza. Cayó con resignación en medio de los suyos, los párpados cerrados para no ver el espantoso sufrimiento de los que él amaba. Así murió el último Romanoff.

* * *

Hay un rincón de la biblioteca donde se amontonan los recuerdos personales de la familia imperial. Retratos de mujeres descotadas, en trajes de sarao; retratos de generales, de funcionarios, de miembros de la nobleza, algunos de los cuales se hallan ahora en el ex-

tranjero. El "tovarish" Ivan Dimitrivitch pasea una mirada melancólica sobre los cuadros.

—Una parte de esa aristocracia se ha desterrado — murmura.— Ha cometido un grave error. Seres habituados a la holganza, son ahora dueños de "cabarets" nocturnos en Montmartre y hasta de prostíbulos. Han preferido los oficios más humillantes antes que entrar en Rusia y ponerse al mismo nivel del pueblo. Ellos no ignoran que por el solo hecho de consagrarse al trabajo hubieran reconquistado aquí todos sus derechos. Mucha gente de lo que en otro tiempo era la nobleza trabaja ya entre nosotros sin ser molestada. Todo ese mundo se ha ennoblecido ahora de verdad. ¿Por qué? Precisamente, porque todos pertenecen hoy al proletariado. Los parásitos son la única planta que no prospera en nuestras repúblicas.

Un retrato de la familia imperial atrae nuestras miradas. Es la última fotografía donde aparece el zar rodeado de su mujer y de sus hijos. Primero Nicolás, vacío de pensamiento, inexpresivo. Sigue Alejandra, prematuramente envejecida. Hay en su rostro marchito, ajado, el sello de una gran tristeza. A su lado dos manchas pálidas, pálidas: Olga y Tatiana. Luego Anastasia, de una belleza tan delicada, tan conmovedora... Luego la pequeña María y el zarevitch... A la vista de estos seres frágiles, otra vez nos persigue el espectro de la tragedia. La sombra de Ekaterimburg nos envuelve de nuevo. Yo me aventuro a preguntar si en esa ocasión no pudo haberse ahorrado, al menos, la vida de los niños.

La frente de Ivan Dimitrivitch se yergue. Me mira largo rato antes de responderme. Sus ojos se ensombrecen, sus labios se crispan.

—No hay fiera más temible que un pueblo acosado — exclama.— Y ése era entonces nuestro caso. Habíamos sido invadidos por todas partes. Las grandes potencias vencedoras de Alemania padecían una verdadera embriaguez de victoria. Habían humillado a una nación fuerte y creyeron lógicamente fácil reducirnos también a nosotros a la impotencia. En esos momentos terribles no podíamos detenernos en contemplaciones. Y cuando Francia e Inglaterra se dieron cuenta de que no había piedad para nadie, cuando vieron que les fusilábamos sus oficiales en masa, entonces, solamente. se volvieron razonables.

Habíamos salido otra vez al parque. El sol desaparecía lentamente detrás de las lejanas cúpulas. Era necesario regresar a la ciudad. Ivan Dimitrivitch hizo una seña al camarada conductor para



Una madrugada, sobre el hielo, fué hallado el cuerpo ensangrentado de Rasputín......

que aproximase su auto. Mientras rodábamos hacia Leningrad, Iván Dimitrivitch continuó:

—Esos insensatos organizaron la aventura de Koltchak para rescatar al zar y su familia. Querían salvarlos de cualquier manera, y faltó muy poco para que sus planes se viesen coronados por el éxito. No ignoro que en varios países de Europa se ha arrojado sobre Lenin, Trotzky y otros camaradas la culpa de la muerte de los autocrátas. Ellos tienen tanto que ver en ese asunto como Vd. y yo. Nuestros consejos locales de obreros y soldados son de una autonomía absoluta. Hace tiempo, por otra parte, que el soviet de Ekaterimburg reivindicó para sí toda la responsabilidad. Nuestra intención respecto del zar y su familia era muy diferente. Queríamos juzgarlos para darle a su proceso un carácter de universal escarmiento. Prueba de ello es que, ante las noticias contradictorias que señalaban el avance de Koltchak, se suspendió varias veces la ejecución. Se les fusiló cuando ya no había más remedio. Pero no vale la pena insistir. ¿No es verdad, Adolfo Henrichovitch? Ahora pertenecen al pasado. No vale la pena... Ya nadie se acuerda de ellos.

Un gran silencio sigue a las palabras de Iván Dimitrivitch. Nuestro automóvil pasa como un bólido por la Perspectiva Newsky y se detiene en el gran puente del Neva. Aquello es una fiesta magnífica para los ojos. No muy lejano, el oro de San Isaac chisporrotea como un carbón encendido. En el horizonte el humo de los altos hornos sube en columnas apacibles. Bajo nuestros pies, el Neva resbala perezosamente. El sol moribundo hace brillar las aguas con un diluvio de escamas de fuego. Y los recuerdos vuelven... Una madrugada, allá abajo, sobre el hielo, fué hallado el cuerpo ensangrentado de Rasputín. Donde mucha gente ha querido ver el extraordinario desenlace de una intriga política, no hay más que un vulgar drama de celos y de pederastia. El príncipe Yussupoff, célebre en toda Rusia, por su belleza de efebo y sus aficiones socráticas, atrajo a su víctima de noche a una pequeña casa solitaria de los suburbios. Había vino, había mujeres, y Rasputín cayó en la emboscada. Ya muerto, se metió al monje en un fiacre que lo condujo hasta aquí. Y Rasputín fué arrojado al abismo por encima del parapeto. Era una noche de invierno y el Neve estaba helado. A la mañana siguiente el cadáver apareció en el mismo sitio, debajo del puente... Pero... ¿a qué seguir evocando los personajes del pasado? Las últimas palabras que Ivan Dimitrivitch suenan en mis oídos: "No vale la pena. Ya nadie se acuerda de ellos".

CAPITULO IV

El Ejército Rojo

Desde la hora crítica en que el alférez Krylenko se puso a la cabeza de los antiguos soldados del zar, el ejército ruso ha evolucionado considerablemente. En aquella época no había más que un rebaño vencido por el pánico, roído por el hambre y la peste, aplastado por la más espantosa miseria. La desorganización era completa. No existían más que dos caminos para salir de las filas, y la elección de cualquiera de ellos era difícil. O dejarse hacer prisionero, corriendo el riesgo de ser segado por la metralla germánica, o resignarse a morir de tifus en algún rincón. Por otra parte, la naturaleza humana había llegado al límite de sus padecimientos. Ya no era posible exigir el menor esfuerzo de esa máquina rota. Los soldados hambrientos rodaban por los caminos como fantasmas. Se sentían traicionados por los políticos que quedaban detrás. No querían prolongar un minuto más esa matanza de los pueblos, cuyo sentido nadie alcanzaba a comprender todavía. En una palabra: todo el mundo tenía prisa por salir del infierno. Lo mismo pasaba ccon la flota. Antes de la revolución ya se habían señalado motines sangrientos entre los marineros del Báltico y del Mar Negro. Una vez dueño del gobierno, Kerensky declaró a los aliados que la cólera del pueblo ruso era provocada por los traidores al estilo de Sturmer y Protopopoff, quienes no permitían proseguir una guerra victoriosa contra Alemania. No es posible suponer que Kerensky lo creyese sinceramente. Ningún pueblo hace una revolución para que lo sigan fusilando, vale decir, para perpetuar la miseria física en sus formas más abominables. Solamente un amputado mental puede pensar que estas fermentaciones de la conciencia humana exasperada son juegos sin finalidad. Pues bien. El ejército ya no existía. Para formarlo, para reorganizarlo, para unir sus miembros dispersos, era necesario darle un nuevo ideal, y lo


BOLCHEVIK

que es más terrible aún, era necesario destruir el pasado. Kerensky no comprendió su minuto histórico. Y esa falla de su psicología, que le hizo perder el poder, pudo haberle costado la vida.

* * *

Trotzky fué el alma del ejército rojo. Fué la voluntad de esa nueva conciencia en armas de la nación rusa. Sin su férrea organización militar, la primera república del proletariado hubiera sucumbido hace tiempo. Constituye todo un capítulo de aventuras, una verdadera odisea, la manera como Trotzky pudo entrar en Rusia. Rostro afilado ccomo un puñal, frente pálida bajo el negro marco de los cabellos, una barba mefistofélica y ojos que relampaguean detrás de los lentes. He ahí a Trotzky. Se hallaba en París durante la guerra. Allí vivía de su pluma. Excelente narrador, colaboraba en algunas hojas revolucionarias de escasa circulación. Solía vérsele de noche en las tertulias literarias de la Closerie de Lilas, frente a Bullier, o en un pequeño café de Montparnasse muy frecuentado por emigrados rusos. Sin embargo, interrogando a los camareros, pude comprobar que se han olvidado de él o conservan un recuerdo muy vago. Temperamento profundamente volitivo, Trotzky no se hallaba destinado a escribir sus novelas, sino a vivirlas. Sus repetidos viajes a Suiza, donde habitaba Lenin, lo hicieron sospechoso a la policía francesa. Era en los comienzos de 1917, y la campaña derrotista, como consecuencia de las reuniones de Zimmerwald, había arreciado. Un decreto de expulsión no se hizo esperar, y Trotzky fué conducido a la frontera. No bien había franqueado los Pirineos, las autoridades españolas se encargan de ponerlo a buen recaudo. Durante mi permanencia en Madrid se me mostró la celda de la Cárcel Modelo donde fué encerrado Trotzky, y de donde pudo salir gracias a la ayuda de Pablo Iglesias y otros amigos. En esos días llegaron a España las noticias que anunciaban la revolución de Petrograd y la caída del régimen. Volver a Rusia fué entonces el único pensamiento de Trotzky. ¿Pero cómo asegurar el éxito del regreso? El camino de Inglaterra, de Francia, de Italia, estaba erizado de dificultades. La policía de los países en guerra contra Alemania encontrarían de inmediato el rastro del peligroso desterrado. Trotzky se decidió al fin a partir en un buque carbonero que zarpaba para el Brasil. De ahí salió sin pérdida de tiempo para Estados Unidos. En Nueva York le faltaron recursos y ejerció diversos oficios. Cuando pudo

disponer del dinero necesario para el viaje, atravesó todo el territorio de la Unión, de este a oeste, llegando a San Francisco. De allí, a través del mar, hasta Yokohama. Luego Vladivostock. Después el infinito del transiberiano... Millares y millares de kilómetros recorridos sobre la inmensidad de los océanos y de los continentes. He ahí el mejor retrato de la voluntad y el carácter de Trotzky. Porque los sinsabores de la vida del desterrado no eran nada cuando se les compara con los peligros que entrañaba el ser bolcheviki en la república de Kerensky. Por lo pronto, el cuartel general revolucionario estaba instalado en Petrograd. Ya se había dado comienzo a los trabajos para preparar la insurrección de octubre. En París, durante el invierno de 1921, encontré a Kerensky en una pequeña redacción de la rue de Vinerse. El jefe de la primera república rusa me declaró entonces, no sin amargura, que tuvo a Trotzky en la cárcel y que pudo haberlo hecho fusilar. De cualquier manera el cambio radical ya estaba decretado. Porque Kerensky fué una víctima de la propia indecisión que le daba su falta de ideales concretos. "La anarquía que reinaba en Rusia fué suprimida por la disciplina de hierro de los bolchevikis" me decía en Moscú un funcionario de correos del antiguo régimen, que conserva aún su puesto a pesar de no ser comunista. Y agregaba: "Es cierto que se procedió siempre "manu militari", y que ninguna violencia fué escatimada. Todo ello nos salvó del gobierno viscoso de Kerensky, un romántico que se dejó escupir en la cara, porque no comprendió la fuerza biológica de ese pueblo desenfrenado, la bestia indomable que hay en toda muchedumbre, la bestia que sentía hambre y a la cual él solamente ofrecía discursos. Kerensky pudo haber evitado la segunda revolución, si él mismo se hubiera adelantado a hacerla". Después del estallido de octubre, Krylenko comenzaba a sentirse impotente para mantener la disciplina de un ejército que se deshacía en migajas. Una vez firmada la paz de Brest- Litowsk, no quedaban más que bandas de soldados errantes, viviendo del pillaje, que asaltaban los trenes y mataban a los escasos viajeros. Es en ese momento crítico que interviene Trotzky. Su tarea gigantesca parece algo que está por encima de las fuerzas humanas. Sin embargo, consigue sus propósitos. A sangre y fuego, sin piedad para nadie, reune en un haz formidable los restos dispersos de los regimientos. Disciplina, organiza, fusila. Da un ideal a aquella horda de forajidos. Viene la invasión extranjera. Un renacimiento patriótico inflama a todo el país desde el Ural hasta el Mar Negro. Los oficiales emigrados vuelven. Europa re-

dobla sus esfuerzos para ahogar la revolución proletaria, y la lucha se hace encarnizada en todas partes. Trotzky da el ejemplo. El mismo carga al frente de sus tropas, el revólver en el puño, la sonrisa en los labios... Así nació el ejército rojo

* * *

La victoria llega un día. Trotzky es una de las columnas más sólidas de la nueva organización, y se convierte en el colaborador más eficaz de Lenin. El exceso de trabajo quebranta su salud. Hallándome en Moscú, el diario "Pravda" había iniciado una campaña contra el "camarada Trotzky", quien, enfermo, sin fuerzas siquiera para defenderse, partía en esos días con destino a Crimea. En el fondo de las censuras se hallaba el libro "1917", donde Trotzky intentaba modificar la táctica revolucionaria impuesta por Lenin. Dicho libro atrajo de inmediato el veto de Zinovieff, el santo sínodo del bolchevismo. Lenin hoy es tan fuerte como Marx, y querer modificarlo significa lo mismo que pretender corregir a Dios. Los cancerberos de la idolatría marxista poseen el mismo estado de espíritu de los monjes que, en los albores del cristianismo, se reunían en concilios para condenar las herejías de los apologéticos. Esa disciplina de hierro frente a los símbolos salvó entonces la integridad del espíritu cristiano, del mismo modo que la inquisición roja constituyó un innegable factor de victoria para el bolchevismo. Que los ídolos marxistas puedan discutirse, nadie lo duda. También se discutieron en Nicea y en Trento los ídolos cristianos. Pero entonces, como hoy, había un ideal que era necesario defender enérgicamente, un ideal en lucha contra el resto del mundo. Los partidos llamados burgueses carecen de disciplina, porque no saben lo qué quieren ni a dónde van. Dentro de la supercheria democrática, su falta de patrimonio ideológico los une fraternalmente. De ahí que la traición no sea nunca castigada. Ella es más bien motivo de arreglos de antesala, de pactos y combinaciones de toda especie. Otra cosa es el bolchevismo, donde cualquier debilidad podría ser fatal. Ser miembro del partido impone sacrificios, deberes y responsabilidades de todo género. La idea de contemporizar con la traición es tan absurda que a nadie puede ocurrírsele seriamente. Ahora se expulsa. Se trata únicamente de favorecer la selección moral. La pena es leve. El soviet se ha afianzado. Ha echado raíces en el espíritu popular, y una deserción no puede conmoverlo. En épocas anormales se fusilaba. Actualmente se excomulga. Eso

es todo. No hay más que una alternativa para un bolcheviki, aun cuando ese bolcheviki se llama Trotzky: disciplinarse o desaparecer.

* * *

Apenas organizado, el ejército rojo venció a Koltchak, a Wrangel a Denikine... Echó a los aventureros de Yudenitch del otro lado de la frontera. Un simple teniente del antiguo ejército, al mando de tropas novicias, el teniente Tukhatchevsky, detuvo más tarde la invasión polaca. Lo más curioso es que los generales a sueldo de las grandes potencias pensaron sinceramente que serían aclamados por el pueblo al entrar en Rusia. En los círculos oficiales de Londres y París se creyó con toda seriedad que dichos militares serían acogidos como salvadores por la muchedumbre. Lo que sucedió fué precisamente lo contrario. Los propios campesinos, sin mayores recursos, casi sin armas, se organizaron ellos mismos en un movimiento espontáneo de defensa. Una despiadada lucha de guerrillas se desencadenó contra los invasores. Fué una conmovedora resurrección de la guerra de España contra Bonaparte. En eso consistió la cordial acogida que los paisanos rusos dispensaron a sus "libertadores". Los ejércitos que venían a restaurar el absolutismo eran acosados sin descanso, de día, de noche, a todas horas, con fuertes pérdidas, hasta la llegada de las tropas regulares rojas que se encargaban de poner el punto final de la derrota. Muchas veces la epidemia bolcheviki llegaba a transmitirse a los propios enemigos. Ello aconteció durante la intervención naval en Odessa, decretada por Clemenceau. La insurrección de Marty y los marineros del Mar Negro, estuvo a punto de contagiar a toda la flota francesa del Mediterráneo. Por otra parte, las intervenciones del ejército rojo han sido siempre exageradas en el extranjero. El movimiento de los monárquicos en Georgia, que provocó torrentes de oratoria trivial entre los líricos de la Sociedad de Naciones, fué sofocado por las tropas del soviet local. No obstante, en millares de periódicos del mundo entero, la "Associated Press" me hizo decir que yo había visto desfilar por las calles de Moscú "a todo el ejército rojo camino de Georgia". Las pequeñas naciones que, surgidas del tratado de Versalles, poseen fronteras comunes con la Rusia soviética, saben explotar hábilmente ese fantástico peligro ante las potencias capitalistas. Solamente así, Estonia y Finlandia, al igual que Polonia y Rumania, han obtenido fabulosos empréstitos que, en condiciones normales, no se hubie-

tan atrevido siquiera a sugerirlos. Los rusos se han preocupado en defenderse de los ataques exteriores. El pueblo se resiste a aceptar, al menos por ahora, la posibilidad de una guerra extranjera. Los demás países le son indiferentes, y la razón es muy sencilla. La unión de las repúblicas soviéticas necesita todavía algunos años para alcanzar la plenitud de su desarrollo militar. Y aún así, la posibilidad de una intervención violenta dependerá de las circunstancias políticas del futuro. Por otra parte, la propia imprudencia de los oradores parlamentarios comunistas contribuye a hacer prosperar esa suerte de "chantage" internacional que los pequeños países organizan a expensas de los grandes. Al final del año 1924 decía el diputado francés, Cornavin, en la tribuna de la Cámara: "Nosotros aseguramos que tanto la flota roja como el ejército rojo vendrá en ayuda de la primera revolución proletaria que se produzca aquí o en cualquier parte". En medio de un gran escándalo puede oirse la voz del presidente Painlevé: "Usted hace un llamado a las fuerzas del extranjero", exclama. Sin vacilar un segundo Cornavín replica: "Hay una colaboración internacional de proletariados!". Pocos días después el ministro polaco, Skazynsky, llegaba a París para negociar otro empréstito...

* * *

A fin de no quitar brazos a la agricultura y a la industria, la instrucción militar de los niños se realiza intensamente en todas las repúblicas de la unión sovitética. De este modo el servicio obligatorio para los adultos ha podido organizarse entre uno y dos años, según la clase. La organización es mixta, pues el sistema de tropas permanentes está combinado con el de la milicia ciudadana. Yo tuve ocasión de ver desfilar a los "pionniers" en la Plaza Roja. frente al mausoleo de Lenin. Son legiones de muchachos menores de quince años, enardecidos por el fanatismo marxista y a quienes se les ha tomado el juramento de morir, si es necesario, en defensa del proletariado. Marchan bajo el sol, la cabeza alta, el cuerpo desnudo. Su divisa "Visieda gotové" (siempre pronto), es gritaba a todos los vientos, como un desafío. A pesar de todo, el patriotismo de estos muchachos es de una ingenuidad adorable. No se respira en medio de ellos el odio al extranjero que se observa en el resto de Europa. Esa hostilidad sorda que solamente el hombre que ha viajado puede conocer bien, no existe en Rusia. Ser hospitalarios, sin reservas, ha sido siempre el orgullo de los

rusos. A los niños se les enseña a olvidar las ofensas del imperialismo, demostrándoles que los pueblos no son culpables de las guerras, sino la clase gobernante. Es entre los alumnos de las escuelas donde puede observarse ese apacible amor de su propio país y esa cordial simpatía para los otros pueblos. Sus canciones no contienen amenazas para nadie. Ellos no reconocen más que un himno propio: la Internacional. Y en ese canto a la fraternidad humana han puesto todas sus esperanzas de revolución mundial. Uno de los motivos capitales del resurgimiento moral soviético, y, por consiguiente, de la fuerza del ejército rojo, fué la intervención extranjera. Las potencias occidentales, no se percataron que, al movilizar sus tropas contra Rusia, favorecían indirectamente la causa revolucionaria. Fué el mismo error psicológico de la coalición monárquica contra la Francia de 1792. Y ese patriotismo francés, exasperado por la insensatez de los invasores, ese patriotismo francés que venció en Valmy y en Jemmapes, debía marchar algunos años más tarde a la conquista de Europa. El mismo fenómeno se produjo en Rusia. La proclama del general Brussiloff, llamando a los oficiales emigrados en los países bálticos y en Polonia, resonó a través del inmenso territorio que se extiende de Varsovia hasta Vladivostock. "Yo no soy bolcheviki, decía. Soy simplemente ruso. Venid a defender el país. Es vuestro jefe quien os llama." El caso de Boris Savinkoff, ministro de Guerra de Kerensky, es aún más elocuente. Antiguo terrorista, una leyenda de caballeresco romanticismo rodeaba la vida revolucionaria de Boris Savinkoff. Fué él quien dirigió la conspiración que dió por resultado la muerte del jefe de policía Plewe y del gran duque Sergio. Los explosivos empleados eran de efectos tan terribles, que las víctimas fueron literalmente pulverizadas. Fragmentos humanos, chorreando sangre, aparecieron a centenares de metros del lugar del atentado. Se cuenta que a Boris Savinkoff lo designó la suerte para arrojar la máquina infernal contra Sergio. Hallándose en acecho, vió venir hacia él la carroza del gran duque. Pero Sergio no estaba solo. Un niño de catorce años se encontraba a su lado. A la vista de aquella criatura, Savinkoff se detuvo, súbitamente enternecido, y no arrojó la bomba. Esperó una semana. La máquina infernal estalló al fin, y el gran duque Sergio no fué más que una masa de polvo sangriento. Ese niño a quien el romántico terrorista salvó la vida, era el príncipe Yussupoff, el mismo que algunos años más tarde mataría a Rasputín. Conocí a Savinkoff en París, mientras conspiraba desesperadamente contra los soviets. Era un hombre de más



Boris Savinkoff fuó designado por la suerte para matar a Sergio.

de cuarenta años, frío y reservado. El antiguo terrorista se había vuelto un poco lírico. Su obra antisoviética consistía más bien en algo de propaganda escrita mezclada con visitas a las redacciones, a los ministros y a los escritores de fama. Durante el gobierno de Briand, el diario "L'Eclair", donde yo colaboraba, publicó algunos artículos del recalcitrante conspirador sobre la cuestión rusa. En esa época, Savinkoff intentaba acercarse a Anatole France, a quien pretendía arrancarle algunas declaraciones contrarias al bolchevismo. La entrevista fué célebre. Gustavo Hervé introdujo a Savinkoff en el gabinete del maestro.

—Tengo el placer de presentarle a Boris Savinkoff, asesino.

Anatole France se levantó de su asiento, sonriendo, con la mano tendida.

—¡Hola!... ¡Hola! — exclamó — ¿Es que la caza ha sido buena?

Savinkoff, modestamente, bajó los ojos.

—Regular... El prefecto de policía Plewe, el gran duque Sergio...

El autor de "Thais" le interrumpió con socarronería:

—Muy bien... muy bien... Mis cumplimientos... ¿Y tiene usted algo nuevo en vista?

La conversación se prolongó durante algunos minutos en el mismo tono de chanza. El viejo France, como siempre, se burló elegantemente, y Savinkoff no obtuvo los anatemas que esperaba contra el soviet. Por una curiosa coincidencia me hallaba en Rusia durante el proceso incoado contra el antiguo terrorista. Savinkoff había sorprendido la candidez de los hombres de gobierno de Francia y la Gran Bretaña, consiguiendo su ayuda financiera para "provocar la insurrección popular que derribaría el régimen soviético". Antes que Dzersjinsky, el jefe de la Tcheka, echase su mano sobre él, Savinkoff anduvo algunas semanas en contacto con los paisanos y los obreros. Dispuso, pues, del tiempo necesario para experimentar, según lo declaró él mismo en el curso de su proceso, la más espantosa desilusión de su vida. "Porque, agregó, yo creía sinceramente que el gobierno soviético era repudiado por el pueblo." Después de formular un voto de contrición, Savinkoff confesó su error, haciendo revelaciones sobre la política internacional y las maniobras de bastidores de las grandes potencias que impresionaron profundamente. El arrepentimiento de sus pecados contrarrevolucionarios inclinó a los jueces hacia una solución de indulgencia, y la pena de muerte le fué conmutada por la de diez años de presidio. No se tuvo en cuenta para nada el pasado. Savinkoff nunca fué mar-

xista, y a no mediar el violento desahogo de su corazón, el tribunal lo hubiera juzgado sin piedad como traidor a la causa del proletariado.

Escrito lo que antecede, Boris Savinkoff buscó una solución en el suicidio, arrojándose de una celda del tercer piso al patio de la cárcel. La carta que algunos días antes de morir había dirigido a Dzerjinsky es, en verdad, conmovedora. "Al entregarme, dice, yo creí dos soluciones posibles: que se me fusilaría o se me dejaría en libertad. Nunca encaré la posibilidad de la prisión. Los jueces no me han ofrecido la ocasión de trabajar lealmente por el pueblo y de probar así mi sinceridad. Me han condenado en cambio, a sufrir un castigo que, para un hombre de mi carácter, es mil veces peor que la muerte."

* * *

He ahí el secreto de la potencia militar soviética. Decir pueblo y ejército rojo es hablar de una cosa. Kameneff, el jefe del estado mayor, ha elegido sus colaboradores con fino acierto de psicólogo. Y la oficialidad se ha improvisado de una manera genial, fulminante, como en los grandes días de la revolución francesa. Los orígenes de muchos de los nuevos jefes recuerdan la humilde procedencia de los mariscales de la epopeya napoleónica. Ya no se trata de Krylenko, antiguo subteniente, que hoy desempeña las funciones de fiscal revolucionario, sino de Budenye, el héroe legendario de la caballería roja, el más popular de los soldados, que empezó su carrera como sargento y que hoy es general en jefe. Y al lado de Budenye están Yegoroff, antiguo artista lírico y ahora general, y Galepsy, que era telegrafista antes de octubre. En Moscú tuve ocasión de conversar a menudo con el general Galepsy. Enamorado de la música, venía noche a noche a nuestro palco de la Opera. Tipo sajón, afeitado, de labios sonrientes y ojos infantiles. Gravemente herido en la guerra, donde su heroismo le había conquistado la más alta condecoración del ejército rojo, Galepsy no podía marchar sin apoyarse en un bastón. Hombre de poco más de treinta años, lleno de optimismo, había continuado sus estudios después de incorporado al ejército. Su esfuerzo intelectual lo llevó de nuevo al triunfo, y actualmente Galepsy es jefe de ingenieros.

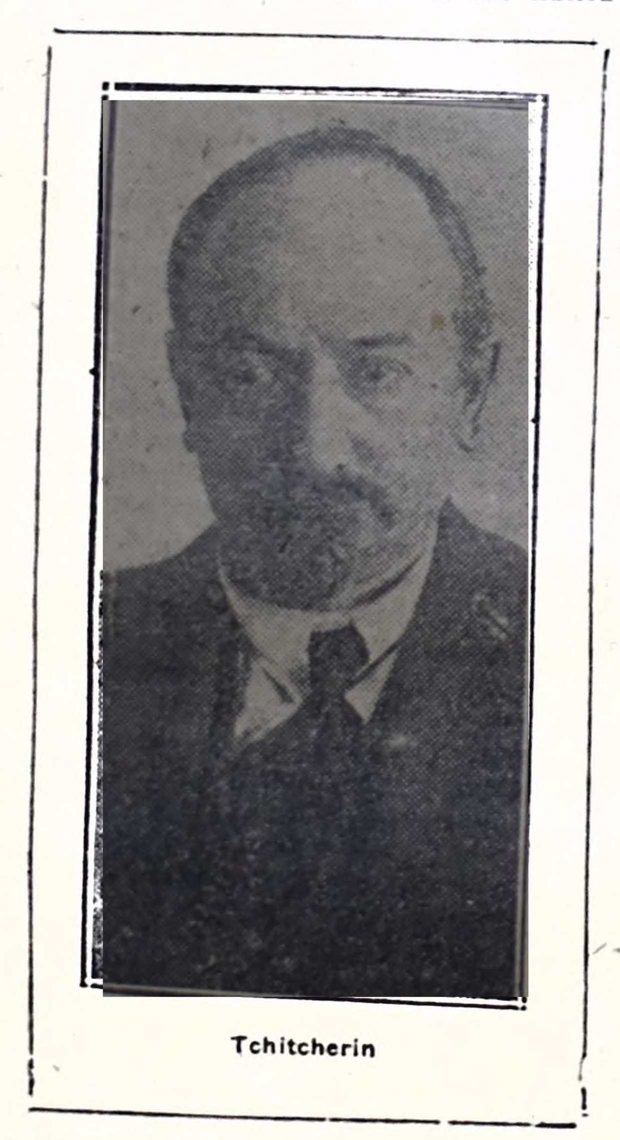
En los momentos trágicos de la guerra contra Europa, paralelamente a la actividad del ejército rojo, trabajaba el comité de represión contrarrevolucionaria. He ahí lo que en todo el mundo se conoce con el nombre de Tcheka. No hay duda de que se ha exagerado el papel tenebroso de la Tcheka. La burguesía de Europa no puede hablar de ella sin estremecerse de horror. Dzerjinsky ha sido pintado como un bebedor de sangre. Sin embargo, la Tcheka salvó al ejército rojo de la descomposición, limpiándolo de su resaca de cobardes, de traidores y de hesitantes. Ciertamente que en aquellos días difíciles, los métodos de represión estaban muy lejos de ser suaves. Porque se trataba de un asunto de vida o de muerte para las repúblicas soviéticas. Dzerjinsky, el jefe de la Tcheka, es un hombre que desconcierta. Disimula bajo un exterior que seduce su carácter de hierro. Muy cortés, muy amable, muy insinuante, Dzersjinsky habla de arte, de teatro, de literatura... Uno se siente muy distante del hombre implacable que, ahora mismo, persigue sin lástima a los bandoleros. "La realidad es muy diferente de lo que se piensa en el resto del mundo", me decía el ingeniero Falk, en correcto castellano, mientras nuestro auto volaba en el camino de Bogorodsk. "Nos creen bárbaros, y estamos a un nivel de cultura superior al de cualquier pueblo de Europa. Nos juzgan belicosos, y no queremos sino vivir en paz con nuestros vecinos. Nosotros no tenemos la culpa, por ejemplo, de que Polonia nos odie. También fuimos víctimas de la opresión zarista. Los crímenes del despotismo no fueron perpetrados solamente contra los polacos, y el pueblo ruso padeció también miserias sin ejemplo... ¿Qué vamos a hacer? No podemos, en cinco minutos, cambiar una mentalidad ni transformar una psicología. Eso será la obra del tiempo. Nosotros somos intelectuales y seguiremos siéndolo. Somos soñadores y seguiremos con nuestros sueños"...

CAPITULO V

La Diplomacia Soviética

Al frente de las delegaciones soviéticas en el extranjero se levanta el estandarte de la tercera internacional. La bandera roja flamea ya en Berlín, en Roma y en Londres. Acaba de enarbolarse en París y en Méjico. Muy pronto será saludada por el mundo entero. Las potencias que más encarnizadamente combatieron la revolución rusa, se han visto forzadas a pedir, casi de rodillas, la gracia de su amistad. La Rusia soviética no se ha resistido a entrar en el concierto de las naciones capitalistas. Y la nueva vida internacional ha constituído para ella un vivero de enseñanzas inesperadas. Desde el punto de vista de las ideas, como desde el punto de vista geográfico, el genio de la estepa fué algo inaccesible para la mentalidad occidental. No es posible juzgar la psicología del pueblo ruso de acuerdo con nuestros prejuicios anglo-latinos. Europa nos ha dado un método para el desacierto, una fórmula para no comprender absolutamente nada de lo que pasa en Rusia. De ahí que los errores de apreciación hayan sido muchas veces funestos. Por otra parte, hace más de quince lustros que Marx proclamó que el espíritu revolucionario adoptaría distintas formas de expresión, según el genio histórico de cada pueblo. Y ese axioma de la vida social no ha sido destruído. Sería suprema ligereza pensar que la revolución estallará en Francia o en la Gran Bretaña o en América, con la misma intensidad que en Rusia y que hasta ofrecerá el mismo aspecto moral. Nada se improvisa en materia de transformaciones sociales. Los cambios más insignificantes de la historia son el trabajo de los siglos. Se equivocaron, por lo tanto, quienes vieron en el bolchevismo un malestar sin antecedentes, una explosión súbita de la Rusia oprimida por el zarismo. Los gobiernos europeos, anestesiados por la morfina parlamenta-

ría, no comprendieron que el ritmo popular obedece a factores invisibles de continuidad histórica. No comprendieron que los acontecimientos desmienten permanentemente esa ilusión de libertad



Tchitcherin

que la comedia democrática viene prolongando desde hace una centuria. El bolchevismo no podía escapar a esa ley. A pesar de todo, visto a través del sufragio universal, aparece deformado. A través de la descomposición europea, resulta imposible perci-

bir en el pasado la lógica del fenómeno bolcheviki. Dostojewsky, en sus cartas reptilianas a Alejandro III, que Bienstock acaba de publicar en Francia, nos habla de Netchaeff, uno de los precursores del bolchevismo. Al finalizar 1860, Netchaeff fundó en Moscú y Petersburgo círculos revolucionarios con ramificaciones en provincias y en el extranjero. Nació entonces un estado de espíritu particular que Dostojewsky analiza de mano maestra en su libro "Los Poseídos". Todo ese fermento terrible quedó sembrado en el corazón de Asia. Nada pasó al extranjero. Netchaeff murió en un calabozo de la fortaleza de Pedro y Pablo. Y el mundo europeo siguió en la misma ignorancia de las cosas de Rusia.

La diplomacia roja busca furiosamente el contacto con las realidades occidentales. Tanto Tchitcherin como Litvinoff demostraron con hechos, después de la conferencia de Génova, que no se trata solamente de contaminar a Europa, sino de desenmascararla. Es la misma táctica despiadada que la tercera internacional desenvuelve dentro de los parlamentos. Los diputados bolchevikis en el exterior usan del parlamentarismo para desacreditarlo. Quieren demostrar a la multitud la ineficacia del régimen democrático de la burguesía para resolver los problemas vitales del proletariado. De esta manera van creando los factores místicos de la revolución. Hay una arquitectura irracional, subconsciente, que se levanta en silencio, mientras las orquestas electorales se embriagan a sí propias con sus himnos vacíos a la fraternidad humana. Y la acción del soviet ha sido tan violenta, tan disciplinada, tan decisiva, que los correligionarios de Kerensky, los viejos socialistas de la segunda internacional, los Macdonald, los Scheidemann, los Vandervelde, los Renaudel, se han visto forzados a buscar un refugio entre las filas de la burguesía para no sucumbir. Kerensky prometía la tierra a los paisanos, pero no la daba nunca. Quería convocar, ante todo, a la asamblea constituyente. Espíritu adormecido por la democracia de Europa, Kerensky soñó que el marxismo, porque prometía más que los otros partidos políticos, podría convertirse en una empresa de elecciones mucho más perfecta. La actitud de los hombres de la segunda internacional en el gobierno de la Gran Bretaña y de Alemania demuestra que Kerensky tenía razón al pensar así. Cuando Lenín hablaba de la abolición inmediata de la propiedad privada de la tierra y de los instrumentos de producción, había derecho a suponer que se trataba de un reclamo inocente para atraer votos. Un grito de horror se escapó de las filas del viejo socialismo domesticado por la rutina electoral cuando se convenció de que Lenín traducía sus palabras en actos. El jueguito inocente empezó a hacer-

se serio. Luego se volvió trágico. Lenín no era un empresario de votos, sino un realizador. No había elegido la democracia como instrumento de sus promesas, sino la dictadura del proletariado. Ello fué acaso la fuerza capital de su genio. Y esa fuerza hecha de lógica, el soviet, esa energía maciza y coherente, es lo que la diplomacia roja trata de prolongar en el mundo. La tarea es gigantesca, y parece sobrepasar el límite de las fuerzas humanas. De un lado, la Europa corrompida por la democracia, la Europa que pretende salvarse restaurando los anacronismos, resucitando las formas olvidadas de la dictadura antigua. Del otro lado, el oriente semibárbaro, el Asia de los enigmas sangrientos, con sus poblaciones gregarias, hormigueros de hombres que los bronces del Kremlin han despertado a la vida de la revolución. Un círculo de tempestades se mueve en torno de Moscú. Espíritus fuertes siembran a lo lejos el terrible evangelio. Torbellinos de gérmenes nuevos se dispersan a los cuatro vientos del planeta. Ya es el sutil Krassin que sugiere con su sonrisa; ya es Rakowsky, el dialéctico, que polemiza con Chamberlain, duramente, cual si se tratase de un enemigo; ya es Kretzinsky, el volitivo, que usa con los gobiernos capitalistas el lenguaje áspero de los mitines; ya es Joffe, una mezcla de violencia y de ironía; ya es Karakhan, trabajando en el fondo de la China, Karakhan el misterioso... El intercambio organizado por la diplomacia soviética contribuye poderosamente a occidentalizar a Rusia. Ese estado mayor de visionarios flexibles, habituados a profundizar los acontecimientos, ha comprendido que el problema soviético no tiene más que dos soluciones posibles: o el capitalismo amansa la revolución, haciéndola inofensiva, o la revolución hace saltar al mundo capitalista. Por lo pronto, adoptando los métodos occidentales, el soviet luchará con ventaja. Se ha establecido el sistema métrico decimal, se ha cambiado el calendario, se ha simplificado la gramática. Ahora se está estudiando la manera de reformar el alfabeto y de adoptar los caracteres latinos. La importancia de esta reforma es fundamental. Rusia es un conjunto de pueblos semiasiáticos. Su situación geográfica la mantiene alejada del resto del mundo. Su lengua es de difícil acceso para el extranjero, y hasta el alfabeto, que difiere totalmente del alfabeto latino adoptado universalmente, son factores que trabajan en contra de la diplomacia roja, poniendo penosas barreras a la expansión revolucionaria. Las primeras figuras del soviet comprendieron de inmediato ese estado de fatalidad filológica que contribuye al aislamiento de las ideas. Y una verdadera revolución gramatical se prepara actualmente. Ella derribará la muralla china que separa a Rusia de la vida occidental. Esa reforma será lenta, pues la adop-

ción brusca de los carácteres latinos no podría realizarse sin dificultades, sobre todo en el seno de las clases menos cultas. Dueños de un lenguaje más conocido, cuando los rusos padecieron su intoxicación de literatura marxista, todo el mundo se hubiera intoxicado con ellos. Hay que tener en cuenta el factor místico de las revoluciones, su propagación por todas las formas de contagio mental, una de las cuales, acaso la primera, es el idioma, único instrumento propio del genio de los pueblos. Si el movimiento revolucionario de octubre de 1917, en lugar de haber nacido en Rusia, hubiera estallado en Francia o en Inglaterra, hace ya tiempo que el mundo entero se habría incorporado a la tercera internacional. La experiencia histórica nos enseña que la tribuna desde donde se habla a los pueblos debe ser vista por todo el mundo. La eficacia de la propaganda depende casi siempre de elementos formales. No se trata de comunicarse por medio de los otros. La sugestión revolucionaria debe ser directa. Y la naturaleza del pedestal posee tanta importancia como las ideas que brillan en la cumbre.

No se puede hablar de la diplomacia roja sin referirse a Tchitcherin, el hombre que coordina, con una fineza incomparable todo ese universo de gérmenes renovadores. El comisario del pueblo en los asuntos extranjeros, pertenece a una vieja familia de la nobleza. Desde su juventud entró a prestar servicio en la diplomacia. No obstante sus funciones oficiales. Tchitcherin asistía a los mitines socialistas y frecuentaba todos los centros de propaganda revolucionaria. Sus ideas lo hicieron sospechoso a los ministros del zarismo. Ello significó la expulsión del empleo, primero, y el destierro de Rusia, después. Desde ese día, Tchitcherin fué uno de esos líricos vagabundos de la revolución, perdidos en la fiebre de las grandes urbes de Europa. Ya en París, ora en Londres, ya al lado de Jaurés o junto a Keir Hardie, su fe en el principio transformador de la sociedad humana no desmayó nunca. Tchitcherin creía en la potencia actuante de las masas. No había en él esa desesperación glacial que era casi una moda entre los refinados del individualismo anárquico. Su trato cotidiano con Lenin le había trasmitido la más terrible de las certidumbres fatalistas recojidas en Marx. El movimiento, habría de nacer espontáneamente. La crisis era inevitable de acuerdo con las leyes del materialismo histórico. La bancarrota de la sociedad capitalista "sería la obra exclusiva de las masas". El trabajo de los hombres de pensamiento vendría más tarde. Lenin pensó que sería necesario disciplinar la violencia, dar un orden al desorden, organizar las fuerzas biológicas desencadenadas. Sugestionado por el maestro, Tchitcherin esperó, impasible. La revolución estalló como lo había predicho Marx. Era preciso dar un sistema a la idea histórica que

había germinado violentamente en la subconciencia del pueblo. Y Lenín partió para canalizar la tempestad. El papel de los verdaderos marxistas podía resumirse en tres palabras: esperar para organizar. Es que había una verdad matemática en esa confianza helada de los jefes. La misión del pueblo era dar su material humano. El resto consistía en motivos puramente individualistas. Porque la arquitectura revolucionaria perteneció desde el primer momento a los intelectuales. Tchitcherin formó parte de esa legión de constructores del porvenir. La tarea de organizar la diplomacia soviética no fué ciertamente de las menos difíciles. Una valla hostil se había levantado para aislar la revolución. El odio de Europa se hacía cada vez más intenso. Los ejércitos de los países capitalistas se hallaban dispuestos a estrangular la primera república proletaria. Razones de propia seguridad movían a las grandes potencias. Había que apagar el incendio de cualquier manera antes que el fuego se comunicase a los vecinos. Pero la impotencia volvió juiciosos a los más insensatos. Al cabo de algunos años, los acontecimientos cambiaron la fisonomía de la vida social de Europa. Los petroleros han vuelto ahora disimulados bajo el uniforme de los embajadores. La política internacional posee también sus formidables paradojas. En 1917, Rakowsky hubiera sido fusilado en Londres. En 1925 la guardia real, con música, le tributa honores. Desde hace un lustro los gobiernos de Europa están tocando sus propios funerales.

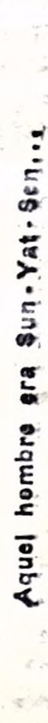
Conocí a Tchitcherin en la Plaza Roja, mientras contemplábamos desde el mausoleo de Lenin una procesión de la juventud comunista. A su lado se hallaban Rikoff, Stalin, Losovsky, Yenonkidsé, Lunatcharsky... Rostros nuevos, desconocidos, aparecen por todas partes. Todo el estado mayor de la tercera internacional pasa bajo nuestra mirada. Tchitcherin es un hombre suave, muy amable, que sonríe con la barba. Lleva un traje viejo y desaliñado. Sus ojos burlones, desconfiados, parecen acompañar el movimiento de cada frase. Diríase un tirador que se detiene por instantes para observar el efecto de sus disparos. Conversa lentamente. Una cordialidad un poco irónica, una cordialidad de zorro, traiciona el ritmo discreto y afectuoso de sus palabras. La primera entrevista es algo risueña. Tchitcherin me habla de América. Sus informaciones generales son bastante exactas. Me dice que México es el primer país americano que ha reconocido al gobierno de la U. R. S. S. Luego me pregunta cuándo las demás naciones de América seguirán ese ejemplo. Agrega que, a pesar de todo. México continúa siendo difamado. La respuesta es

difícil,, y trato de esqui' ' ' El "tovarish" Iván Dimitrivitch viene en mi ayuda.

—Hace dos años al ... respondió a su pregunta — exclama. — Fué en un artículo que el diario "Eclair", de París, publicó en su primera columna el 28 de Mayo de 1922. Ese artículo que lleva la firma de Adolfo Agorio, decía textualmente. Quant a l'Amérique du Sud elle est sous le controle economique de celle du Nord.Elle dépend moins d'elle-méme que des banquiers de New York...

Yo interrumpo vivamente y no le dejo proseguir.

—Todo es cierto, en efecto, y las hostilidades que se mueven contra México son una consecuencia de ese estado de deplorable servidumbre económica. Por ... empréstitos, nos vamos hipotecando lentamente en favor ... nqueros de Wall Street. Y dentro del sistema capitalista el ... se convierte casi en un esclavo que empieza por perder su autonomía política y luego su personalidad internacional. México es el único país de América que, celoso de su soberanía, ha intentado emanciparse de esa tutela financiera. México quiere vivir económicamente libre, sin cortapisas exteriores, y no hay duda que lo conseguirá. Ello no desilusiona más que a los explotadores del trabajo ajeno, quienes, dueños de la gran prensa, se encargan de esparcir por el mundo su semillero de mentiras. La propaganda es siempre la misma. Y la calumnia se vuelve monótona en fuerza de ser convencional. De ahí su fracaso. Algo parecido acontece con la Rusia soviética. Si yo hubiese creído la mitad de lo que se dice de ustedes en Europa, no estaría ahora aquí. Tchitcherin sonríe. El sabe mejor que yo de - - viene esa propaganda. Y su sonrisa posee un pequeño destel ... licia y de triunfo. Algunos días de dicha entrevista, el comis- Dovgolevsky, me comunica que Tchitcherin desea conversar conmigo. La comisaría de asuntos extranjeros se encuentra en las proximidades de la plazuela donde se levanta el monumento a Vorowsky. Es un viejo caserón de aspecto ruinoso, habilitado por el soviet para oficinas. Subo por una escalera de madera que cruje bajo mis pies. Arriba corredores sombríos, con olor de humedad, parten en todas direcciones. Como consecuencia de la crisis de alojamiento, los empleados se amontonan y se tropieza con ellos a cada paso. Las mujeres visten con simplicidad. Los hombres usan "kosovoroka" o uniformes sencillos. En todos los rincones se escucha el repiqueteo febril de las máquinas de escribir. La puerta de un despacho se abre bruscamente, y el secretario Florinsky viene hacia mí. Se me hace pasar a un salón estilo Luis XIV. Tapices antiguos con las figuras un poco borradas, alfombra roída en los



Aquel hombre era Sun-Yat-Sen...

bordes, una mesa gastada por el uso, sillones forrados con terciopelo verde un poco descolorido.

Hace tiempo que las cosas han empezado a palidecer y el oro ya no tiene brillo. Sobre la mesa una pequeña fotografía de Lenín. En las paredes un retrato del general Budenye, en centauro rojo, y otro de Rathenau. Pero un rostro amarillo de mongol, que escruta desde el muro, me atrae particularmente. Yo he visto en otra parte esa misma fisonomía impasible. ¿Dónde? Empiezo a escarbar en mis recuerdos... Fué en París, en un modesto hotel de la rue de Trévise. Aquel hombre era Sun-Yat-Sen, el profeta revolucionario de la unión de los pueblos de Asia. Habitábamos casi pared por medio, y a veces, cuando nos encontrábamos en la escalera, solíamos cambiar algunas palabras. Sun-Yat-Sen era un solitario. Hablaba poco, y aun en sus momentos de mayor expansión, su rostro de porcelana permanecía impenetrable como el de un ídolo. Cultivaba escasas amistades, entre ellas la de Adrien Rinder, director del periódico "Le Parlamentaire". La voz de Tchitcherin, que se acerca, pone un poco de claridad en mis ideas.

—El doctor Sun-Yat-Sen es uno de los más grandes, de los más eficaces colaboradores de nuestra obra de emancipación proletaria. — exclama. — No han de pasar muchos años sin que los Estados Unidos de Asia sean una realidad. Y Moscú será la capital de esa vasta confederación. Para los nuevos espíritus de la escuela de Sun-Yat-Sen, vuestra pretendida cultura occidental no posee secretos. Los pueblos asiáticos no podrán soportar un minuto más la servidumbre capitalista. La India, China, Persia, escapan ya al control europeo y americano. Eso quiere decir que la agonía del Imperialismo ha comenzado. Nosotros no abandonaremos de ningún modo a nuestros hermanos de Oriente. Para los correligionarios de Sun-Yat-Sen, la Rusia de los soviets es lo único que hoy representa en el mundo la civilización, la justicia, la humanidad... Somos algo más que una esperanza. Tchitcherín sigue hablando y yo le escucho con interés. Habla de una futura acción soviética en América. Habla hasta qe la noche entra por los ventanales. Sus palabras certeras zumban y matan como dardos. Apenas veo su rostro. En el interior de la pieza las líneas de los objetos se van disolviendo en la sombra...

CAPITULO VI

La base jurídica del bolchevismo

Al aprobar la constitución de Lenín, el primer congreso panruso dividió el antiguo imperio de los zares en cuatro grandes grupos de repúblicas federativas. Ese conjunto de repúblicas proletarias se designa con el nombre de U. R. S. S., o sea Unión de las Repúblicas Socialistas Soviétistas. La Rusia de los zares estaba compuesta por numerosos países, conquistados merced a la fuerza de las armas. Los pueblos eran brutalmente oprimidos. Hasta la justicia marchaba bajo el knut de los grandes propietarios rurales. Era el reino del terror, de la barbarie y de la ignorancia. Si después de la revolución de octubre se ha seguido llamando Rusia soviética a ese grupo de naciones libres, ha sido simplemente por razones de comodidad. Durante la guerra civil existían ya una Ukrania soviética, una Georgia y un Azerbeidjan independientes. Según la carta fundamental aprobada definitivamente por el congreso de 1922, la nueva organización política está formada por cuatro grandes estados libres, con facultad para salir de la Unión cuando lo juzguen conveniente. Los cuatro estados son:

I R. S. F. S. R. (República socialista federativa de los soviets rusos.

II R. S. F. U. (República socialista federativa ukraniana.

III R. S. F. S. T. (República socialista federativa soviética del Transcáucaso).

IV R. S. S. B. (República socialista soviética de la Rusia blanca).

Ahora bien. El grupo número I es una federación compuesta por la misma Rusia, además de 51 gobernaciones, 11 regiones autónomas, y las repúblicas soviéticas siguientes: Bachkirs, Montañeses, Daghestán, Yakutes, Karelia, Kirghiz, Crimea, Mongolo-Buriates, Tartaria Turquestán y Alemanes del Volga. Esta última república está formada por soldados alemanes hechos prisioneros durante la guerra.

El grupo número II se halla compuesto por las nueve gobernaciones de Ukrania.

El grupo número III es una federación compuesta por las repúblicas autónomas de Armenia, de Azerbeidjan y Georgia.

A la Rusia blanca (grupo número IV) la forman únicamente seis regiones.

Cada república posee sus propios soviets locales, así como su comité central ejecutivo. Dicho comité es elegido por el congreso anual de cada una de las repúblicas. Todos los consejos de comisarios del pueblo son elegidos por el comité ejecutivo. La autonomía de los soviets es así absoluta. Cada uno de los cuatro estados que componen la U. R. S. S. posee también, independientemente, su comité central ejecutivo, así como una organización constitucional propia. La U. R. S. S. elige, por intermedio de su congreso anual, el Comité Central Ejecutivo de los Soviets, el cual designa a su vez a los miembros del Concejo de Comisarios del Pueblo. La U. R. S. S. abarca una superficie de 20.861.000 kilómetros cuadrados, sin comprender en ella a Khiva ni a la Bukharia. El número de habitantes es, aproximadamente, de ciento cuarenta millones.

La revolución ha ido más allá del aspecto exterior de las cosas. El orden jurídico ha cambiado profundamente. Habiendo transformado las bases éticas del derecho, los bolshevikis derribaron toda la arquitectura legal de la sociedad capitalista. En el primer gobierno revolucionario de Kerensky, los miembros de la burguesía socializante no hicieron otra cosa que reformar la fachada de la legislación. En el fondo todo quedaba lo mismo que antes. Para dar un espíritu nuevo al código medioeval de la autocracia, Kerensky abolió las leyes especiales contra los judíos, privados entonces de todos sus derechos, emancipó a las minorías nacionales y suprimió el control sobre la prensa. Casi todos los jueces del antiguo régimen seguían en sus funciones. Los campesinos y los obreros eran juzgados, pero nunca juzgaban. Al administrar justicia en nombre de los ideales democráticos, los gobernantes socialistas continuaron aplicando los métodos del zarismo. Estallada la revolución de octubre, el primer acto del gobierno bolcheviki fué su famoso decreto número 1, por el cual quedaron abolidos los viejos códigos. En plena tempestad, mientras se construían las nuevas leyes, se decidió que el programa del partido comunista serviría de base jurídica. Fuera de ciertas causas especiales de orden civil, los jueces revolucionarios reemplazaron en todas partes a los burócratas del antiguo régimen. Los nuevos magistrados eran absolutamente libres. La conciencia revolucionaria de cada uno debe-

ría inspirar los fallos de la justicia. Propuestos por los sindicatos, los obreros entraban a formar parte de los tribunales. La justicia revolucionaria funcionó de esta manera durante toda la guerra contra las intervenciones, o sea desde octubre de 1918 hasta mayo de 1922. Al igual que la tcheka y que el ejército rojo, la acción enérgica de los tribunales de obreros y de campesinos contribuyó poderosamente a la victoria definitiva del bolchevismo. Mientras el ejército aseguraba la inviolabilidad de las fronteras, la tcheka y los tribunales rojos suprimían los enemigos del interior. Es el período trágico de la firmeza y la acción implacables.

Asegurado el orden revolucionario, el bolchevismo se preocupó de establecer el principio económico de la venta y de la compra en el interior del estado soviético, así como de definir los derechos de los obreros y los campesinos. Las ideas madres de la nueva base jurídica se desenvuelven en torno de la dictadura del proletariado, la nacionalización de la gran industria, la expropiación de los transportes y el monopolio del comercio exterior. El código agrario, por ejemplo, no reconoce la propiedad inmobilaria. Unicamente el estado puede ser propietario de la tierra, pero todos tienen derecho al usufructo. La tierra no puede ser vendida, ni arrendada, ni enagenada, ni dejada en herencia.

En el deseo de protejer a los campesinos contra los antiguos latifundistas, el código establece que las expropiaciones realizadas antes del mes de agosto de 1922 son definitivas. Por otra parte, el código civil, muy distinto de todos los códigos similares del mundo entero, está impregnado de una fuerte originalidad. Resabios individualistas proclaman en otros países la indiferencia fiscal en los asuntos privados. Estamos cansados de ver en nuestra sociedad actual a especuladores que destruyen su mercadería, que compran viñedos para quemarlos o retienen grandes cantidades de fruta o azúcar para arrojarlas al agua. Eso no pasa en Rusia. Los artículos comprados para ser puestos en venta deben ser vendidos. Se procede de oficio contra los infractores. Los tribunales obran por resorte propio. Perteneciendo la iniciativa al Estado, la acción privada es completamente innecesaria para castigar a los organizadores del hambre. El derecho de comprar y de vender, derecho aceptado por todos los países, no es reconocido en Rusia más que a los particulares que colaboren en el desenvolvimiento de la producción del Estado soviético. Aquel que pusiere obstáculos a esa producción, no sólo pierde sus derechos, sino que es pasible de pena por los tribunales. Y el culpable caerá de inmediato bajo la jurisdicción penal, cuando los daños hayan sido causados a un servicio del Estado o a una industria nacionalizada.

Todos los abusos de la explotación mercantil son severamente reprimidos. Hay que tener en cuenta que aquello que en Rusia se llama "especulación criminal" se considera comercio lícito en los países capitalistas. Cualquier sujeto culpable de dicho delito es enviado a Siberia, donde se le condena a un trabajo condicional. El diez por ciento de su salario es retenido por el estado. Al condenado se le considera completamente libre una vez cumplida su jornada de trabajo. Por otra parte, todas las leyes de protección obrera están basadas en la jornada de ocho horas. A fin de vigilar el cumplimiento de esas disposiciones, la ley admite la competencia jurídica de los "comités de usinas". En virtud de los órganos obreros de control, no es letra muerta, nada de lo que se refiera a la defensa de la maternidad ni a la protección de la infancia, nada de lo que concierna a las formas de admisión del personal ni a su licenciamiento.

En el código sovietista no se halla contenido más que el programa mínimo del socialismo. Conviene observar que Rusia está atravesando una época de transición revolucionaria, y que los códigos no constituyen otra cosa que armas destinadas a preparar la ruta hacia el comunismo integral. Esas armas no poseen carácter permanente. Son los instrumentos provisorios de la acción creadora del bolchevismo. Nada más sugerente, en ese sentido, que el código penal. La fatalidad social de la delincuencia no está incluída entre los fenómenos de perversión biológica. Hay un preconcepto de clase que domina toda la estructura jurídica del edificio penal. Según los teóricos de Moscú, la criminalidad es un mal social cuyas raíces se hunden profundamente en la organización capitalista. Los devotos de Marx piensan que la delincuencia decrecerá a medida que el hombre se aproxime al ideal de sociedad comunista, vale decir, la sociedad sin clase y sin Estado que hará seguro el bienestar de cada uno dad burguesa. De ahí que el código penal, como elemento transitorio, de los individuos. La criminalidad es una triste herencia de la socie- sea más bien una herramienta política de los bolchevikis, el órgano de defensa de la república proletaria. Los criminales de toda clase, los ladrones, los estafadores, los asesinos que en 1917 fugaron de las cárceles, han vuelto de nuevo a ellas. Existe todo un programa terapéutico para el tratamiento de la criminalidad, el cual no ha sido enteramente aplicado por muy costoso. Se indica a los jueces el máximo de pena, para que ellos puedan rebajarla. El delincuente es un enfermo que debe ser asistido de acuerdo con los métodos científicos más modernos. Las prisiones poseen carácter de hospitales. El papel de los directores, guardianes y carceleros es equivalente al de los medicos dentro de cualquier sanatorio. La única seve-

ridad del código penal está reservada para los crímenes que atacan al sistema soviético.

Ese género de delitos se halla designado con el nombre de espionaje o bandolerismo político y económico. En estos casos el código indica el mínimo de pena, dejando a los jueces la facultad de aumentar el castigo según la naturaleza del crimen. La severidad de la ley tiene por objeto defender al país contra cualquier ensayo para restablecer el pasado.

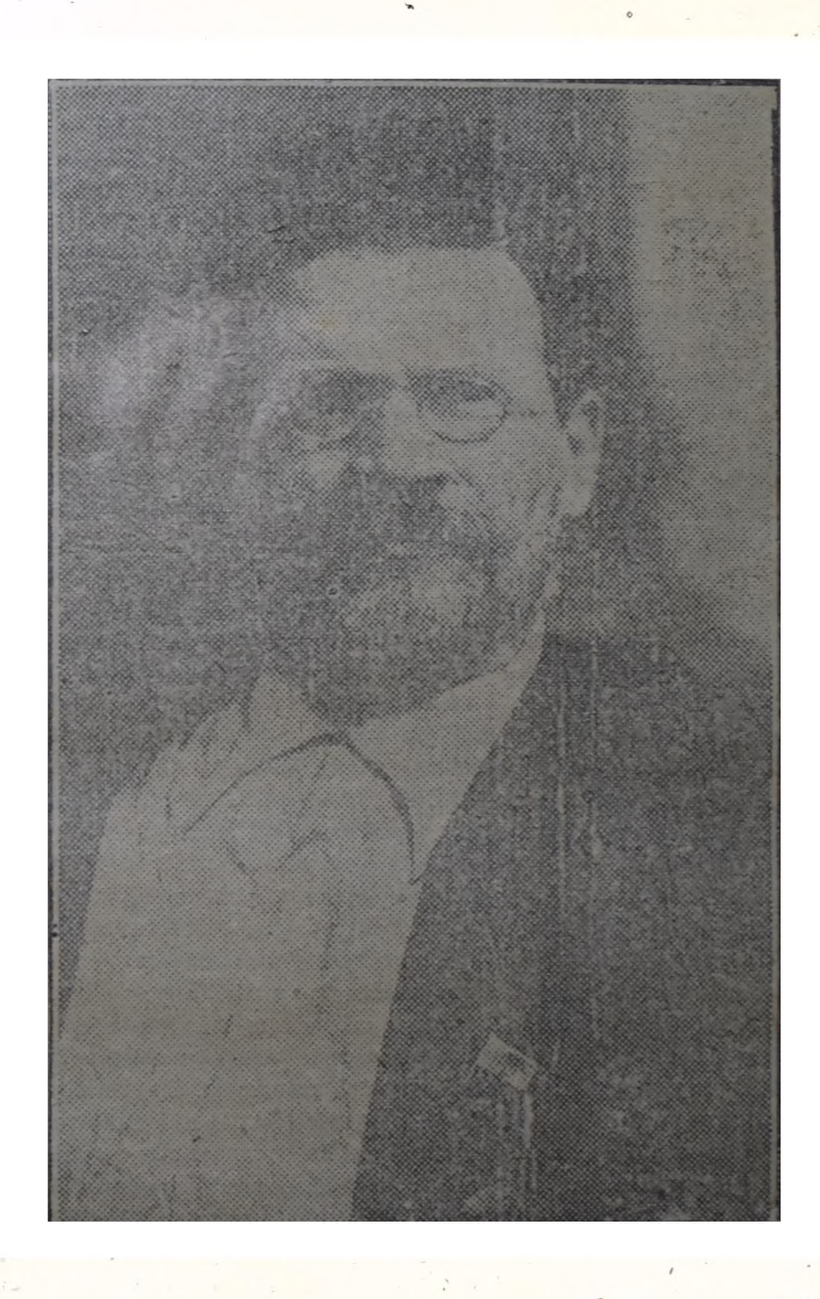
Se usa todo el rigor posible para quienes, prestando asistencia al extranjero, buscando debilitar por el hambre o favoreciendo el bloqueo enemigo, pretenden volver a una sociedad de privilegios que ha sido definitivamente abolida. Los delitos de corrupción por la prensa, así como las tentativas para derribar el poder soviético, pueden ser pasibles, según los casos, de la última pena. Hay que observar, sin embargo, que aparte de la muerte por fusilamiento establecida en los parágrafos provisorios del código para los casos de "espionaje y bandolerismo político", la pena más seria que existe no pasa de diez años de detención. Boris Savinkoff no hubiera logrado salvar su vida si hubiese vuelto a Rusia dos años antes. En los momentos de crisis revolucionaria la pena de muerte se aplicaba a menudo. Ahora, que el régimen soviético se ha asegurado sólidamente, los jueces se muestran generosos. Pero en Europa se habla todavía del "horror de las prisiones maximalistas." Por lo pronto, las cárceles no poseen celdas, sino aposentos claros, llenos de aire y de sol, con muebles, flores, libros y periódicos. Los presos forman bibliotecas y clubs. Sus mujeres pueden visitarlos y hasta vivir con ellos. Organizan representaciones teatrales. Hay sesiones de canto y recitado. Algunas de las orquestas de prisioneros han adquirido envidiable reputación artística. Los detenidos no solo pueden obtener permisos para ver a sus familias, sino que, en la época de la cosecha, suelen ausentarse durante varias semanas. Un representante de la federación sindical de Amsterdam, Fimmen, se encontraba en Rusia cuando yo pasé por Moscú. Me informaron entonces que Fimmen había tenido la paciencia de interrogar a cincuenta prisioneros, entre los cuales solamente tres se mostraron quejosos. Dos meses después, hallándome en Burdeos, leí en la prensa una información telegráfica anunciando que los prisioneros del soviet, furiosos y hambrientos, se devoraban entre ellos. Es con telegramas de esta c[illegible]se, [illegible]abricados en París y Londres, que se ha hecho la opinión [illegible] respecto de la nueva Rusia.

CAPITULO VII

Aspectos de la vida rusa

En el primer congreso de la tercera internacional reunido en Petrogado el 19 de Diciembre de 1918, el obrero norteamericano Halders pidió la palabra. Era un muchacho de 22 años que, con una patrulla extranjera había desembarcado en Arkángel para combatir la revolución rusa. Halders contó toda su aventura guerrera. Con una ingenuidad infantil,, relató como los jefes le habían ordenado morir antes que entregarse a los rusos. "Si caéis prisioneros, seréis despedazados cómo bestias feroces". Era la eterna advertencia. Halders fué rodeado por el enemigo. Sin fuerzas para defenderse se rindió a los solda- dados rojos. "Yo esperaba tranquilo mi próximo fin". Grande fué mi asombro cuando un oficial dió órdenes para que se me enviara a retaguadia.. Allí encontré una acogida como jamás se me dispensara en mi propia división. Entonces comprendí porqué se me había envenenado con mentiras el corazón". Es necesario haber vivido algún tiempo entre los rusos para abarcar toda la penetrante verdad de esas frases. Hay que haber viajado en esa inmensa perspectiva del afecto. Hay que haber poseído el sentimiento histórico de un pueblo de una sensibilidad, de una psicología. Genio de una raza perdido para el resto de los hombres, confinado entre todos los elementos hostiles del planeta. Alma hecha de ensueño, de piedad y de melancolía Amor un poco místico, un poco salvaje de los seres y de las cosas. Sentimiento profundo del universo que de haberse comprendido antes hubiera ahorrado muchas lágrimas. Fué Wilson el primero en resistirse a perpetuar las injusticias de la invasión. Y las masas acabaron por recibir vagamente la miseria de los que parecían fuertes. Europa quedó sola en su furioso empeño antisoviético. Hoy ha desaparecido completamente en Rusia el antiguo recelo contra los americanos del Norte. Aun cuando el gobierno de Estados Unidos no ha reconocido al soviet, el generoso concurso de Hooven para socorrer, en 1922 las regiones devastadas por el hambre, conmovió el corazón infantil del pueblo. Los obreros americanos llegados a Rusia acaban de orga-

nizar un taller modelo, con todos los perfeccionamientos de la técnica industrial. Ese taller entregará en la primavera próxima los primeros atuomóviles de fabricacón rusa. Los paisanos reclaman, sobre todo, tractores, camiones y maquinaria agrícola. Ellos entienden que, ros automóviles de fabricación rusa. Los paisanos reclaman, sobre todo vehículo debe llenar una función social. Hay que hacer notar que no podemos hablar de "pueblo ruso" sin referirnos de inmediato a los campesinos. El ochenta y cinco por ciento de la población está formado por mujiks. La burguesía no existió nunca en Rusia, sinó la burocracia. Las fuerzas rurales son, pues, decisivas, y la voluntad nacional está impregnada de espíritu paisano. Rusia surge como país gregario de comunismo asiátco que se aleja de Marx por instinto. Me acuerdo muy bien que Kerensky me dijo en París, que no era posible entre rusos una república como la francesa, y que solamente una vasta democracia campesina tenía probabilidades de perpetuarse. La revolución no pudo hacerse jamás sin los mujiks. El error de los demócratas fué el haber perdido su tiempo con las ilusiones del sufragio universal. Gastaron energías gigantescas en la conquista de los parlamentos en lugar de conquistar directamente al ejército. Porque decir campesino y soldado era expresar una misma idea. Después de la revolución de 1905, ahogada en sangre, Lenin demostró la grave falta de haber desvinculado a los paisanos. Para él era insensato olvidar hombres que, por el hecho de llevar armas y de disponer de la fuerza, podían cambiarlo todo en algunos segundos. Ya en el triunfo Lenín hizo marxismo a su manera. Había que luchar contra conceptos objetivos y no contra fantasmas. Solamente Lenin pudo haber quitado a Marx toda su pedantería doctrinaria, adaptándolo a las formas contradictorias de la realidad. Es un símbolo vivo que domina toda la vida del país. Posee interés sociológico como entidad real. Pero vale aun mas por lo que sugiere, por lo que asocia al pensamiento humano por lo que su personalidad representa en la existencia literaria de Rusia. Si queréis ver revivir ante vuestros ojos todo el color de Tolstoy, toda la emoción de Korolenko, toda la ironía de Andreieff, pasad un día de audiencia junto a una de las puertos del Kremlin donde existe la Cuarta Casa del Soviet. Es el antiguo hotel donde ahora sesiona el comité central ejecutivo de la unión soviética. De la acera opuesta donde se encuentra el local, convertido en "garage", de la vieja academia imperial de caballería, se ve salir a menudo a un hombre vestido de mujik. Lleva ropas sencillas, cinturón de cuero y botas. Su pequeña barba negra esta atravesada por algunas hebras de plata. Dos ojos claros brillan a través de los lentes. Su aspecto, algo aspero, atrae por su cordial simplicidad Conversa familiarmente con los paisanos y sonríe... Habéis oído hablar de Kalinin, presidente del comité cen-



Kalinin, el hobre más original, popular y simpático de toda Rusia, es un mujik auténtico.

tral ejecutivo, el hombre mas original, el más popular, el más simpático de la nueva Rusia. Porque Kalinin es un mujik auténtico. Su anciana madre trabaja todavía en la tierra. Siendo niño, Kalinin tuvo la fortuna de recibir alguna instrucción. Su asombro fué grande al comprobar que no todos los hijos de los campesinos podían concurrir como él a la escuela. Esta idea tan simple, trabajando su espíritu infantil, lo alcanzó hasta la madurez. No podía resignarse a asistir a la perpetuidad de la injusticia. El contacto diario con los paisanos ignorantes embrutecidos por groseras supersticiones lo arrojó al lado de la revolución. Ahora Kalinin es designado en la intimidad con el nombre de Vserossissky Starosta, lo cual significa algo así como el patriarca de todas las Rusias. No sólo el sentimiento gregario del paisano, sino también su concepción un poco bíblica de la familia, forjó la mentalidad de las aldeas, desde los tiempos más primitivos en el sentido de poseer su "Starosta", una especie de decano doméstico, el buen padre a quien confían todas las inquietudes y que debe resolver todos los problemas. Fué ese mismo espíritu patriarcal que congregó a los primeros "zemstvos", cuya jurisdicción abarcaba diversos órdenes de la vida social. El soviet ha sido impotente para desarraigar prejuicios tan hondos. Los modernos hechos jurídicos coordinan los elementos de su psicología rural que hubiera sido insensato pretender abolir. Que un mujik está enfermo o su campo no produce demasiado o tropieza con dificultades de cualquier índole... El mujik no se inmuta. Su "starosta" lo arreglará todo.

—Veré a Miguel Ivanovitck, — dice simplemente.

Miguel Ivanovitch no es otro que Kalinin. Así le llaman los paisanos, familiarmente. Kalinin debe vigilarlo todo, debe saberlo todo. Como dice el porverbio francés. "Il fait la pluie et le beau temps..." Los campesinos, para consultarlo no vacilan en recorrer a pie distancias fantásticas. De ahí que las audiencias en la Cuarta Casa del Soviet tengan un pronunciado color local. Ese mundo pintoresco de cosas de otro tiempo y de figuras abigarradas sugiere las pinturas inolvidables de los grandes creadores del arte ruso. Ya es una mujer que solicita una licencia para su hijo, soldado del ejércicto rojo, a fin de que le presta ayuda en la cosecha. Ya es un anciano soldado, impotente para el trabajo, que exige se le aumente su pensión. Ya es un marinero de la flota roja que, deseando aprender el violín, pide permiso para venir de tiempo en tiempo a Moscú. No falta el episodio cómico ni la nota sentimental. Una buena parte de su tiempo Kalinin lo emplea en atender quejas y recibir solicitudes. No importa que haya trescientas personas en el salón de audiencias. Uno por uno, Kalinin va escuchando a todos. Se necesita para ello una paciencia sólo comparable a la de los héroes cristianos de la leyen-

da dorada. Me decían en Moscú que el soviet central había encontrado su hombre milagroso. Ese hombre era Kalinin. Hijo del surco, el alma del mujik no tiene secretos para él. Otro que no fuese un verdadero paisano como Kalinin, hubiera fracasado.

....

La vida del marxismo, en sus relaciones con el orden objetivo, ofrece curiosas y complicadas paradojas. Los campesinos, por ejemplo, no pagan más que una tasa mínima al Estado, conservando íntegro el producto de sus cosechas. Desde el punto de vista de los salarios un régimen de jerarquías y desigualdad económica se prolonga desde las fábricas donde trabajan los obreros, hasta las oficinas públicas donde trabajan los empleados. Cada obrero recibe una numeración de acuerdo con su capacidad técnica. Dentro de toda administración hay diecisiete categorías. Tanto los obreros como los funcionarios ascienden por méritos propios, toda falta es castigada con una rebaja enla jerarquía, y, por consiguiente, con una disminución en el salario. Ahora bien. Ninguna cortapisa de ese género traba el desenvolvimiento económico de los campesinos, quienes, en relación a las otras clases, constituyen un núcleo privilegiado. Los mujiks representan la parte más numerosa del país La revolución los ha respetado hasta cierto punto, porque ellos son los mas fuertes. De ahí que el paisano casi no paga impuestos. Vende su trigo al precio que le fijan las autoridades. Pero nadie le impide el guardar dinero. Se encuentra en una situación económica superior a la de los artesanos y representantes de la pequeña industria privada, quienes no pueden luchar con ventaja contra la competencia del Estado. La acumulación individual por el ahorro llevará nuevamente, dentro de veinte años, al renacimiento de las grandes fortunas. ¿Habrá que recomenzar entonces la revolución? He ahí el problema que muchas veces he planteado en Moscú a mis amigos rusos. Se me contestaba siempre que la moneda no es mas que un símbolo, un valor representativo cuyo secreto está en manos del soviet. Lo esencial es que se haya nacionalizado la tierra y los instrumentos de producción. Lo importante es que toda la riqueza pertenezca al Estado. El otro aspecto de la cuestión no preocupa, ya que el soviet, en pocos segundos, puede quitar al dinero todo su poder adquisitivo. De este modo, el que ha acumulado millones se encontrará de la noche a la mañana con que no posee mas que un papel viejo. Por otra parte, el soviet está colocado en situación ventajosa para luchar. Desde el momento que no exista la forma privada, la U. R. S. es virtualmente el Estado

mas rico del planeta. Se ha creado la moneda como signo de intercambio en el extrangero. No se ha podido prescindir del capitalismo, al menos como fuente de energía revolucionaria. Sería necesario que el soviet se instalara en todo el mundo para que Rusia abandonase sus armas de defensa económica. Lo cierto es que el período de transición revolucionaria se va prolongando demasiado. El espíritu-patriótico de los otros pueblos favorece esa suerte de inmovilidad social. Otro tanto puede decirse del facismo. la forma más exaltada del fenómeno nacionalista. La acumulación de capitales puede ser una realidad en la misma Rusia soviética. Pero el patriotismo, para los bolchevikis, resulta prejuicio bárbaro que desaparece. Es un sentimiento que ha perdido entre los rusos su carácter hostil y egoista. Lenín escribió que "no podía llamarse comunista el que no era capaz de sacrificar su patria por el interés de la revolución. En Rusia cualquiera puede ser miembro de un sovit. Basta su condición de hombre. Las fuerzas bolchevikis, aunque no progresan en el extrangero con la rapidez que se había soñado, han abierto ya una brecha terrible en los viejos partidos burgueses. El miedo a lbolchevismo ha unido a todas las fracciones parlamentarias. Al principio se fingió ignorar a ols comunistas y matarlos con la indifeerncia. La organización revolucionaria crecía, a pesar de todo. Luego se cmbió de táctica y la propaganda comunista fué reprimida cruelmente, no obstante las lecciones de la experiencia histórica. Esa gran sabiduría del pasado enseña que perseguir a una secta es la mejor manera de hacerla fuerte. Pero resulta más fácil conseguir que la pirámide de Cheops se ponga a andar sola que hacer penetrar esta verdad elemental en el espíritu de la casta ignorante y corrompida que hoy gobierna al resto del mundo. Ella ha creado un nuevo fanatismo donde en lugar de los espectros de la fiebre mística, se agitan los duros valores de la realidad económica. Y ninguna idea triunfa sin fanatismo, pese a Marx. No es la justicia la que prepara la victoria, sinó la locura. Ella forma el contenido moral del genio y del heroismo. Los dos polos constructivos del progreso histórico poseen un fondo común de violencia, de frenesí y de embriaguez.

La libertad de cultos es absoluta en Rusia. Nadie persigue las creencias ni nadie trata de sofocar el espíritu religioso del pueblo. El anticlericarismo no existe. Fué Lenin quién dijo que la religión era un fenómeno privado. Lo único que le estaba permitido al bolchevismo como partido politieo o como doctrina scial, era disipar todas las su
como partido político o como doctrina social. Pero el Estado nad

etnía que hacer con la religión. Denunciaba luego cual era el verdadero carácter de esa política anticlerical que los partidos que se llaman avanzados desarrollan en el seno de las democracias burguesas. Para Lenin, el anticlericalismo burgués era una fórmula de engaño destinado amarear a las masa obreras, a envenenarlas con falsas ideas de justicia, alejándolas de los problemas económicos mas vitales como son la obolición de la propiedad privada de la tierra y de los instrumentos de trabajo. En la Rusia soviética las iglesias pertenecen a los fieles. Solamente quedaron excluídos aquellos edificios que, por por su valor artístico o histórico, merecieron ser clasificados entre los monumentos nacionales. Los templos rebosan de muchedumbres prosternadas. El fervor religioso no ha disminuído. La célebre frase de Max: "la religión es el opio del pueblo", aparece escrita por todas partes. Ofrece un curioso contraste la rudeza de las inscripciones ordenadas por el soviet y el ingenio del pueblo que parece irreductible a todas las formas teóricas de la convicción. Una mañana, vagando por Moscú, me sorprendió ver un grupo bastante numeroso de mujeres arrodilladas. Era un rebaño de devotas de la Liberskaya, virgen famosa por sus milagros. Arribauna cúpula azul salpicada de estrellas de oro. Abajo la sombra El grupo de feligreses, perdiéndose en el interior de la capilla, cubrinedo la acera, rpartiéndose por los contornos... Y dominándolo todo en grandes carácteres, la inscripción atea del soviet. No pude menos que sonreír ante la eficacia de la propaganda. Los boschevikis que venían conmigo se horrorizaban de mi excentrismo. Era en vano que yo tratase de demostrarles que un estado de fe desaparece substituído por otro estado de fe, y que los factores místicos no se reducen ni por el razonamietno ni por la experiencia. Tuve que renunciar a mi esfuerzo de dialéctica. Acaso esas verdades sean demasiado sutiles para los marxistas. Una banda de frailes descalz, de popes y de archimandritas nos ataja el paso. Iván Dimitrivitch ve vuelve hacia mí. .

—Antes conspiraban contra nosotros —exclama.—Los miembros de la aristocracia eclesiástica. sobre todo, querían abiertamente restablecer al zar en el trono. Algunos fueron fusilados en los momentos críticos de la revolución .Luego, ante la certidumbre de que ni Dios ni el zar podían salvarlos, se volvieron razonables...

Interrumpo para decir que el verdadero acierto de los revolucionarios no consistió en fusilar monjas, sino en hacer comprender a los que quedaban que había la voluntad inquebrantable de destruír el pasado.

Iván Dimitrivich sonríe maliciosamente.

Destruir el pasado... muy bien... Pero nada de volver a los dioses, nada de renovar las idolatrías...

En la vitrina de un comercio de amontonan los retratos de Marx, de Engels de Lenin... El camarada Iván Dimitrivitch mira de soslayo y continúa sonriendo maliciosamente...

CAPITULO VIII

De la hacienda a los sindicatos

¿Por qué el costo de la vida es mas elevado en la Rusia soviética que en Suecia, por ejemplo, o en otros países de régimen capitalista? Cada vez que planteaba esta cuestión, recibía una respuesta distinta. Se habla del alto valor alcanzado por la moneda. Vida cara se interpreta como signo de prosperidad. Durante mi permanencia en Rusia el dólar se cotizaba a un rublo noventa kopecks. La estabización de la moneda sobre la par es el resultado de causas económicas mas profundas. Se habla del aislamiento provocado por el bloqueo de las grandes potencias. Lo que hay de cierto es que la industria, nacida hace poco tiempo en Rusia, como una reacción contra el hambre de 1891, no ha alcanzado todavía el desenvolvimiento necesario. Hay que agregar a la escasez de la producción, incapaz de satisfacer las necesidades internas, la casi nulidad de las importaciones. Han emigrado algunos millones al extranjero para comprar tractores y maquinaria agrícola. Los obreros se encuentran provisoriamente mal alojados, pero su alimentación es buena. En los restaurantes particulares, a precios un poco altos, uno puede saborear los mejores platos europeos. La propina está severamente castigada. En las cooperativas de obreros he comido por setenta y cinco kopecks. No son servidos más que tres platos, pero muy abundantes. Por otra parte, la unión soviética se ha visto forzada a luchar en todos los terrenos con las mismas fórmulas de la clase capitalista. El Estado se va convirtiendo, insensiblemente, en una sociedad anónima. Stanislao Swichtochawsky, director del departamento de minas y metalúrgica en la comisaría de comercio, ha declarado en el congreso internacional de organización científica celebrado en Praga, que la experiencia había conducido a adoptar en las empresas fiscales los métodos de la industria privada. Las fluctuaciones del mundo capitalista, por consiguiente, están destinadas a repercutir indirectamente en el país de los soviets. Por lo pronto, la potencia adquisitiva del rublo es una herramienta preciosa en la lucha exterior de los cambios. Sokolni-

koff, comisario del pueblo para las finanzas, ha comprendido en su verdadera y misteriosa intimidad, el carácter desesperado de esa lucha a muerte. Brillante alumno de la Facultad de Derecho de París, profundo conocedor de la vida occidental, él sabe que detrás de las cifras hay una tragedia. En manos de los bolchevikis el oro es un instrumento de fortuna y de emancipación. No ha sido dilapidado como lo declaró hace poco tiempo el ministro zarista Kokovxuf, sino que, al contrario, las reservas han crecido prodigiosamente. Sokolnikoff cree que un empréstito podría servir como medio de colaborar a la reconstrucción del país, pero que no es necesario para salvar el cambio, ni para levantar la economía, ni para equilibrar el presupuesto. Los banqueros ingleses y norteamericanos se apresuran a conceder créditos comerciales al Banco del Estado. Por otra parte, después de la reforma monetaria, la circulación alcanzaba a 602 millones; se calculan que en Octubre de 1925 llegará a los mil millones.

Como se vé, la hacienda soviética no puede ser mas sólida. Los impuestos directos están previstos por la suma de 414 millones. Cada contribuyente soporta una carga de siete rublos o sea cuatro rublos menos que antes de la guerra. El total de las entradas aduaneras, tasas y empréstito interno, alcanza a 486 millones. En virtud de la escasa cosecha en 1924, el impuesto agrícola ha sido reducido. Las entradas consideradas no fiscales, como Correos y Telégrafos, ferrocarriles, empresas industroiales, navegación y fondos del Estado están previstos en 996 millones. Los gastos, según el informe de Sokolnikoff, están repartidos en esta forma Transportes, 750 millones; Guerra y Marina, 380 millones; Industria, 59 millones; Instrucción Pública, 202 millones; Agricultura, 88 millones; Industrias Eléctricas, 37 millones; Empréstitos a Institutos de Crédito, 125 millones. Hay q' agregar aún 202 millones destinados a pagar importantes reparaciones en la ciudad de Leningrad. Además la situación del comercio exterior se vuelve cada día mas floreciente. Nada más que las operaciones comerciales directas entre la Unión Soviética y los Estados Unidos de América, han superado la suma de 51 millones de dólares en los primeros nueve meses del año 1924. Si se agregan las cantidades tratadas en Europa con los Estados Unidos, puede considerarse, por todo el año 1924, en noventa millones la cifra del comercio ruso-americano. Cuarenta millones de dólares han sido invertidos únicamente en la compra de algodón. Los Estados Unidos ocupan el tercer lugar en el comercio exterior de los soviets. En el mundo de los negocios ha despertado un movimiento de sorpresa, primero y de interés luego,

el poderío económico de la Rusia soviética. Las firmas bancarias más importantes de los Estados Unidos otorgan ahora fuertes créditos considerables en cambio de mercaderías y de artículos de comercio. La Compañía Amtorg, por ejemplo, que representa en América a las sociedades comerciales del Soviet, recibe de los Bancos crédito dirigidos a cualquiera de los puertos de la U. R. S. S. Lo mismo puede decirse de la sucursal americana del sindicato textil panruso, que compra el algodón en Estados Unidos y que opera también sobre créditos elevados. Sirva de dato ilustrativo la comprobación estadística de que en el mes de Octubre de 1924 el total de créditos bancarios otorgados a la U. R. S. S. alcanzaba ya a doce millones de dólares. Por otra parte la producción industrial del Soviet, en 1924, superó en 170 millones de dólares a la producción de 1923. De ahí que sean también elevados los créditos industriales para la compra de máquinas y herramientas agrícolas.

Hay que confesar, sin embargo, que el aspecto exterior de la vida en las grandes ciudades de Rusia no da al viajero la impresión de esa prosperidad que se respira en las estadísticas. Repito que,juzgar a los rusos de acuerdo con nuestros prejuicios occidentales, no resulta tarea muy fácil. Se corre a cada segundo el riesgo de ser superficial o ridículo. El europeo frívolo, sobre todo, tiene la sensación de andar a tientas, vacilante en un universo desconocido. Hasta las palabras cobran un significado misterioso. Los rusos ríen todavía del pintoresco libro que sobre ellos escribiera Alejandro Dumas, y donde el autor de "Los Tres Mosqueteros", al relatar su viaje por la estepa, cuenta que un aristócrata lo invitó a beber el té debajo de una "klükva"... Dumas oyó hablar, probablemente, de la "klükva" y pensó que se trataba de algún árbol gigante. Pues bien: la "klükva" es una especie de fresa que se levanta a pocos centímetros del suelo... Las apariencias de la vida eslava son de una fuerza sugestiva que desconcierta. Por eso lo terrible no consiste en comprender, sino en creer que se comprende. Las calles están limpias. Ni papeles, ni colillas de cigarros, ni escombros. El sistema de higiene municipal es muy severo, y basta arrojar la menor inmundicia para verse de inmediato sujeto a un proceso, sumario. Pero la gente mal vestida, y muchas veces sucia, es acicate para el juicio desfavorable. Uno se cree de repente transportado entre tribus de apacibles y hospitalarios vagabundos. En el teatro se observa un contraste violento entre la prodigiosa fastuosidad del espectáculo y una gran parte de la multitud en andrajos que llena la sala. Mi amigo Morales me hizo notar una noche en el palco vecino del nuestro a varios sujetos que jugaban inocentemente con sus pies desnudos. Los intelectuales luchan sin reposo para demostrar

a los paisanos y obreros que el bolchevismo es una doctrina económica que busca la mayor suma posible de bienestar para todo el mundo. Agregan que Marx nada dijo de la indumentaria, y que su sistema sociológico no está reñido con la higiene, ni con la corrección de hábitos, ni siquiera con la elegancia. Algo se ha conseguido, y se espera conseguir aun más. Una señora me decía que, en los primeros tiempos de la revolución, entrar a un teatro era asunto de taparse las narices o de abanicarse con alcanfor. En virtud de la crisis de la vivienda, las habitaciones son muy incómodas y no se ha podido evitar la promiscuidad. Hay un comité de alojamiento que percibe de los obreros una pequeña tasa. La ventaja consiste en que el precio del alquiler es variable pues está en relación con el salario de cada uno. Las autoridades soviéticas han iniciado negociaciones con poderosos sindicatos norteamericanos para construir barrios enteros en las riberas de la Moskowa. La población aumentó considerablemente después que la ciudad de Moscú fué declarada capital de la U. R. S. S. Por otra parte, lo que el bombardeo destruyó no ha vuelto a ser reconstruido. Faltan las canalizaciones, y una buena parte de la ciudad ha quedado provisoriamente sin luz ni agua. Los hoteles de más renombre son el Savoy y el Europeiska, tan caros como el mejor hotel de París o de Nueva York. Su aspecto desolado no responde a ese precio de lujo. Una vaga impresión de miseria predispone desfavorablemente el espíritu del extranjero. Los cristales están rotos y las paredes desnudas. Los aposentos apenas tienen muebles. En los corredores desmantelados se respira el olor de las casas en ruinas. En Estocolmo se decía que el director de Correos, señor Juhlin, a su paso por el hotel Savoy, estuvo a punto de ser devorado por los únicos parásitos, que la tercera internacional no había podido destruir totalmente. No habiendo habitado el Savoy, me fué imposible constatar la verdad de esa afirmación. Debo declarar, a pesar de todo, que en medio de su lastimoso desamparo, la limpieza del hotel de Europa es bastante completa. Las ventanas dan hacia un parque abandonado, lleno de escombros, con senderos que desaparecen bajo la hierba y con árboles cubiertos de polvo. Adentro hay un silencio de sepulcro. En ese mismo hotel fué asesinado Mirbach, el embajador de Alemania. Los vidrios del comedor conservan todavía la huella de las balas. Habiendo durado la guerra hasta 1922, puede explicarse sin esfuerzo la situación deplorable de los hoteles. Es necesario no olvidar que la obra de reconstrucción comienza ahora. El gobierno del soviet ha tenido problemas más inmediatos y más urgentes que

resolver antes de consagrarse al hospedaje de los extranjeros.

Algunos harapientos se acercan a nuestro auto. Han reconocido a Sisskind, presidente de la liga roja de football de Moscú. Se dirigen a él, exclamando:

—¡Camarada Sisskind! ¡Dé algo para el sindicato de mendigos!

La frase hace gracia, y algunos kopecks caen en la mano grasienta de los vagabundos. Todos ríen, ellos y nosotros. Si el bolchevismo no ha podido suprimir la mendicidad, al menos la ha organizado. Cotidianamente se repite la misma escena, y nuestros amigos rusos nos acusan de practicar la filantropía burguesa. Hay un placer egoista en dar algo a aquellos hombres que viven en perpetua protesta contra el ambiente. No es la caridad lo que nos mueve, sino la simpatía. "El que no trabaja no come". He ahí la idea madre sobre la cual reposa toda la ley constitucional de Lenin. Los vagabundos viven la contradicción y la ironía del régimen. Hay un poco de burla diabólica, de farsa sangrienta, de sarcasmo, en esa milagrosa aptitud para el disimulo de la mendicidad con los métodos del trabajo social. Porque el sindicato representa una existencia aparte dentro de la vida complicada del estado. El "tovarish" Budenevitch, director de la sección metalúrgica, me decía que más de ciento cincuenta mil obreros trabajan en los talleres de la unión profesional que es el conjunto de los sindicatos. El obrero Tomsky dirige ese vasto organismo. Sus ramificaciones se reparten en toda la unión soviética. Posee representantes oficiales en el exterior que intervienen hasta en la firma de los tratados internacionales. Losovsky, secretario de la Internacional Sindical Roja, antiguo agitador emigrado, llevó al triunfo las negociaciones para instituir el frente único contra la burguesía. Al fundirse con la Federación Sindical de Amsterdam, la actividad de las corporaciones profesionales se volverá una temible arma de propaganda exterior. Losovsky es un hombre pequeño, de barba rojiza y enmarañada. Sus ojos verdes, vivaces, alumbran cada palabra con leves destellos de ironía. Su complexión parece débil, aunque ha demostrado poseer una reserva de inagotables energías. Reina un espíritu de absoluta jerarquía que se observa igualmente entre los funcionarios como entre los obreros. Son los mismos proletarios quienes se encargan de velar para que no se destruya ese mecanismo de consciente subordinación técnica. Borodine, el jefe de los correos y telégrafos de Leningrad, es un obrero mecánico. Durante el período tormentoso fué comisario del pueblo Kiev. El profesor Kirpitzmikoff, de la red eléctrica de Moscú, tiene como jefe a Lovin, un obrero electricista de raro mérito.

He conocido a todos ellos personalmente. Kirpitzmikoff, que es hijo de cosacos, se ha elevado por su propio esfuerzo. Tipo de anglo-sajón, miembro de casi todas las ligas del deporte rojo, pertenece a esa clase de caballerescos individualistas que es muy raro encontrar en Oriente. La colaboración de las inteligencias más opuestas resulta así de una conmovedora cordialidad. Tanto en la central telefónica, donde trabajan más de dos mil empleados, como en la fábrica de tejidos, como en las grandes centrales eléctricas de Bogorodsk y de Moscú, la organización es admirable. La moralidad administrativa se detiene en los más pequeños detalles. Dará una idea aproximada de esos escrúpulos de orden moral, el hecho de haber sido destituídos por Lovin tres ingenieros que usaron el automóvil de la usina para volver a sus hogares una noche de lluvia. Nadie puede cortar madera sin el permiso correspondiente. Nadie puede tocar el menor ladrillo de una casa en ruinas. Las infraccions son duramente castigadas. Se equivocan quienes piensan que en la Rusia soviética reina el escándalo. El sentimiento del orden existe con mayor intensidad que en cualquier república sudamericana. Jefes y subordinados son compañeros — que obedecen conscientemente al deber que les impone su función social. No se trata, pues, de esa república frívola de los camaradas que Jouvenel flageló en su libro célebre sobre la política francesa. Una disciplina de hierro excluye toda corruptela. La dictadura helada de los sindicatos mata todo favoritismo. No debemos olvidar que, más que un asunto de política nacional rusa, el soviet constituye una máquina terrible que ha sido montada para marchar hacia la conquista del mundo.

CAPITULO IX

La organización de la cultura

El bolchevismo no constituye sólo una empresa política. Es también fenómeno de cultura. Los motines no tocan más que el aspecto exterior de las cosas. Pero las verdaderas revoluciones, cambiando la fisonomía de los pueblos, renuevan al mismo tiempo los valores lógicos del pensamiento. Revolución es fermento de conciencias, trastorno íntimo en la estructura del mundo, aurora intelectual. Fiebre creadora, deseo de conocimiento y una sed loca de certidumbre. He ahí el nuevo espíritu. No conozco ninguna otra ciudad de Europa o América donde los trabajadores lean tanto como en Moscú. Las bibliotecas públicas desbordan de obreros. Cada fábrica posee su club donde sehace la educación del proletariado. Tampoco ha sido olvidada la cultura física. Hallándome en Rusia se dió término a una carrera de motocicletas a través de Suecia, Noruega y Finlandia que abarcó siete mil kilómetros. Las ligas y asociaciones del deporte rojo abrazan todo el territorio de la unión soviética en un vasto sistema federativo. En el magnífico stadium del parque Sokolniniki, cerca de Moscú, asistí a un interesante encuentro de foot-ball entre los equipos de Leningrad y de Ukrania. Es espectáculo era soberbio. Una muchedumbre inmensa seguía atentamente desde las gradas todas las peripecias del juego. Ya había llegado la noticia de que el campeonato olímpico de foot-ball pertenecía al Uruguay. Al ser descubierta mi presencia en el palco un clamoroso saludo de la multitud envolvió en su estruendo el nombre de mi país. La expontaneidad de esa manifestación popular e sel recuerdo más emocionante de mi viaje a la Rusia soviética.

* * *

En el mismo parque Sokolniki, sobre el césped, hombres y mujeres se entregan a toda clase de ejercicios físicos. Habiendo desapa-

recido el absurdo prejuicio de los sexos, los armoniosos juegos de Grecia han cobrado su antiguo esplendor. Por todas partes se leen inscripciones alentadoras. "La cultura física es una obligación de clase de cada proletario".. "El obrero sano es la mejor base de la dictadura del proletariado". Dichas inscripciones, impresas en gruesos caracteres, son leídas diariamente por millares de personas. Hay que observar que el problema de la cultura, en sus aspectos de futuro, no ha sido librado a los azares de la improvisación. En tal sentido coresponde a la Krupskaia, mujer de Lenin, una buena parte de esa victoria de orden pedagógico. Es ella quien ha dado el primer impulso a la educación física e intelectual de la infancia. La Krupskaia, desde el primer minuto de la revolución, fué el más eficaz colaborador de Lunatcharsky, comisario del pueblo de la instrucción pública. Lunatcharsky... He ahí el gran motor de la transformación espiritual de Rusia. Su nombre llena toda la atmósfera intelectual del bolchevismo. Orador de potente vuelo lírico y de sólido fondo científico, autor de obras doctrinarias, autor dramático... Lunatchardsky ha invadido con éxito todos los terrenos de la más alta actividad mental. Matemáticas, filosofía, música, nada ha escapado a la penetración de su inteligencia. Amigo íntimo de Romain Rolland, vivía en Suiza una vida de ensueño, cuando el deber revolucionario lo llamó a las duras fatigas del gobierno. Y allá fué con toda su carga de enseñanzas prácticas, quebrantando por un segundo la base helénica de su ideal hecho de discreta sabiduría y de sonriente escepticismo. Me acuerdo de la mañana en que el comisario Dovgolevsky me presentó a un hombre vistiendo una chaqueta, demasiado holgada, con enormes faltriqueras y trozos de paño que le caía hasta más abajo de la rodilla. Una frente prodigiosamente ensanchada por la calvicie, la barba rala y dos ojos juveniles brillando detrás de las gafas. Su aspecto físico, su misma vestimenta, le dan algo de Zola y de Renán... Habla un italiano correcto, elegante, con marcado acento romano. Es Lunatcharsky. Conversa de arte, de historia, de política. Alegre chorro de elocuencia, muy fino, muy espiritual, con un fondo de sombra, donde relampaguean terribles ironías. Pasa de un tema a otro con milagrosa agilidad de dialéctico. Se interesa por conocer "Ataraxia". Pero el único ejemplar de mis libros que ha llegado a Moscú se encuentra en posesión de Dovgolevsky. Y aquí viene la palabra final de Lunatcharsky, que doy integramente, puesto que la anécdota fué adulterada por algunos periódicos franceses que la publicaron. Los rusos son enamorados de los libros, y no consienten en desprenderse de ellos muy fácilmente. Dovgolevsky ofrece el ejemplar de "Ataraxia" con la con-

dición de que le sea devuelto una vez leído. Insiste repetidas veces sobre lo mismo, insiste tanto, que Lunatcharsky vuelve hacía mí sus ojos llenos de luz meridional.

—¡Que le devuelva el libro! — exclama riendo. — Después de todo, eso no tiene importancia. ¿Acaso no somos comunistas?

* * *

La comisión de instrucción pública organiza continuamente conferencias de divulgación científica, que están a cargo de eminentes profesores universitarios. El soviet retribuye de modo espléndido los servicios que los intelectuales prestan al proletariado. Los escritores y los artistas no se mueren de hambre ni tienen necesidad de emigrar, sino que, al contrario, reciben fuertes ayudas pecuniarias que hacen de ellos una clase casi priveligiada. Trabajan libremente, sin que nada ni nadie ponga límites a su arte, sin que nada ni nadie influya en la autonomía de su pensamiento. De ahí la energía espiritual de la nueva Rusia. De ahí su maravillosa fuerza creadora en el orden de la renovación literaria y artística. Porque en ningún país de régimen capitalista los intelectuales son mejor tratados que en Rusia. Y ello se debe a que los jefes de la revolución pertenecen a una raza de hombres espiritualmente superiores. De las calumnias que la prensa mundial dirige a menudo contra la Rusia soviética, la más torpe de todas es la que se refiere a la miseria humillante en que viven los escultores, los poetas, los hombres de ciencia... En ese sentido creo que nuestra pretendida civilización tiene mucho que aprender de los barbaros bolchevikis. Habria que remontarse a la plenitud del siglo de Pericles, soñar la resplandeciente realidad del renacimiento itaiano, para encontrar algo parecido. No hay imperio ni democracia donde se defiendan con tanta energía los derechos de la libre especulación intelectual. Los profesores sudamericanos que cobran salarios de hambre, los escritores y los artistas, forzados a aceptar otra tarea para no morir de inanición, serian sin duda alguna más dichosos si el porvenir les reservara una suerte igual a la de sus colegas rusos bajo la primera dictadura del proletariado. La Rusia soviética ha creado de este modo un poderoso núcleo de fuerzas morales. Y esos son los valores irreductibles, los únicos que dejan huellas en el corazón de la muchedumbre. El pueblo se interesa vivamente en el ritmo universal de las ideas. En el gran Teatro de Moscú asistí a una curiosa conferencia científica sobre la influencia cultural de la radiotelefonía. Desde el lujoso palco que antes se guardaba para la familia imperial salían voces interrumpiendo a los oradores. Luego surgian interpelaciones de

todos los rincones del teatro. Eran los obreros y paisanos que pedían aclaraciones, fechas, datos, más amplitud en las partes de la disertación que para ellos, resultaban obscuras Algunas preguntas ingeniosas desconcertaban. Otras, demasiado ingénuas, hacían estallar en una estruendosa carcajada a toda la asamblea. La avidez del público llegaba hasta reclamar explicaciones técnicas. Aquella noche hablaron Lubobitch, Lebedinsky y Lunatcharsky. La sesión fué inolvidable por la riqueza de motivos de los oradores. Lubobitch, comisario del pueblo adjunto en correos y telégrafos, insistió en la necesidad imperiosa de que el obrero pueda asociarse por medio del radiófono a todos los movimientos de la vida universal. Terminó manifestando la esperanza de que muy pronto, con los progresos de la técnica, los paisanos de la parte más lejana de Rusia podrían oír a los grandes artistas de Moscú. Luego siguió Lebedinsky, el célebre profesor de física. Lebedinsky, después de dictar su curso en la universidad central, después de su tarea diaria de redactor científico de la revista de radiografía, encuentra fuerzas aún para prodigarse en conferencias nocturnas ante muchedumbres ansiosas y simpre renovadas. Su conferencia fué luminosa página de sabio, escuchada en medio de un profundo silencio donde había algo de tierna admiración y de respetuoso recogimiento. Después vino Lunatcharky. Su estilo revela al pensador de filiación helénica. Lunatcharsky no prepara jamás los discursos. Sus conferencias son conversaciones espirituales, sin esa grandilocuencia retórica que halaga el gusto de los espíritus vacíos. Los períodos están llenos de discreta cordialidad. Sutiles paradojas chisporrotean en la onda de cada frase. Lunatchrsky habló de la distancia, del tiempo. de los conceptos abstractos que antes separaban a los hombres y que ahora los unían. Habló de la conquista del espacio, cuya naturaleza es aún desconocida, de la posibilidad de trasmitir las ondas luminosas y de viajar con ellas al infinito en cuerpo y alma. Habló de la colaboración del radio para afirmar el colectivismo contra el ideal individualista, de todo lo que el hombre es capaz de realizar para convertir en hechos sus sueños. Reveló las confidencias de Kachaloff, el célebre actor dramático, que acababa de llegar a Moscú después de un viaje triunfal por los Estados Unidos. Dijo que Kachaloff había visto a los millonarios, a los banqueros a los directores de fabulosos sindicatos industriales. Después de trabajar todo el día, esos hombres se volvían espectros al llegar la noche. Especie de muñecos rotos por la fatiga, impotentes para gozar de la belleza del arte y de la vida... ¿Es este acaso el ideal de la existencia? — sepreguntaba Lunatcharsky — Mezclando en la con-

versación traviesas ocurrencias, dijo que el capitalismo hace de la máquina su amo, mientras que el comunismo hace de la máquina su esclavo. Lunatchrsky satirizó luego el ideal americano, símbolo perfecto de la sociedad capitalista. En medio de los aplausos estruendosos de la multitud, las salidas del humorismo atravesaban la sala como dardos de fuego. Finalizó diciendo que el ideal de la vida estaba cólocado más alto. Había que dar una parte de nuestra existencia al arte, al amor, al ensueño. Y no era posible concebir la felicidad cuando el pensamiento no nos salvaba de ser devorados por ese terrible maquinismo que, en una parte del planeta, convertía en andrajos humanos a los herederos de una gran civilización.

* * *

No se estimula sólo la investigación de los laboratorios, sino también la labor árida de los eruditos. El espíritu ruso posee una extraordinaria capacidad potencial para el trabajo. Durante los días más sombríos de 1917 los sabios Metalnikoy y Woodruff salieron de Tsarkoeselo para Ukrania a fin de no interrumpir sus experiencias sobre los organismos unicelulares. Esas investigaciones, que ahora prosigue el Instituto Pasteur, están destinadas a cambiar las leyes de la biología. Para dar una idea del interés que el gobierno soviético demuestra por todas las manifestaciones de la cultura, basta decir que el traductor de Tcheknov, M. Denis Roche, no encontrando en Francia editor que afrontase la impresión de su monumental "Dictionnaire des artistes francais en Russie", recibió una oferta del soviet ,el cual se hallaba dispuesto a pagar los gastos de la costosa edición. Esta actitud hirió profundamente el amor propio de los intelectuales franceses, y Denis Roche declinó el generoso ofrecimiento. Así, al menos, lo ha declarado Marcel Espían desde las columnas del "Eclair", y hasta ahora se ignora cuál ha sido el destino del libro. Conviene agregar que la obra de Denis Roche, absolutamente ajena a la actualidad, no representa más que labor desinteresada de sabio, y nada tiene que ver con la propaganda soviética. Abarca mil doscientas páginas donde desfilan todos los artistas franceses, miniaturistas, pintores, decoradores, arquitectos, dibujantes, que desde Pedro el Grande hasta Alejandro I. se expatriaron para trabajar por cuenta de la corte imperial. Denis Roche abraza un período de fulgurante influencia francesa que va de 1700 a 1825. Aparecen Damane de Martrais, autor de sosprendentes grabados. Vallin de la Moth, el escultor Charlomagne.... Figuran Thomas de Thomon que construyó la Bolsa de Leningrad; Carava-

CAPITULO X

El arté para el pueblo

El arte para el pueblo. He ahí el supremo apotegma del bolchevismo. El teatro, los museos, los conservatorios, todos los instrumentos de la cultura se hallan en manos del proletariado. Pertenecen al pueblo, lo mismo que los escritores, los escultores y los músicos. Hay un monopolio fiscal del espíritu creador, una expropiación del genio. Los grandes hombres son en vida monumentos nacionales. Existe una ventaja evidente sobre el sistema de la sociedad capitalista que deja agonizar de hambre a sus pensadores, aunque después de muertos les erija estatuas. El soviet ha destruído todas las fórmulas consagradas de la hipocresía burguesa. Los trabajadores del espíritu son respetados hasta en sus manías. Y téngase en cuenta que la libertad de expresión artística es absoluta. Por ejemplo, se oye decir a menudo en Europa, que los bolchevikis han prohibido la lectura de Dostojewsky, porque el autor de "Crimen y Castigo" había terminado su vida siendo un perfecto reaccionario. Yo tuve ocasión de oír precisamente a Kachaloff, en el gran Teatro de Moscú, recitando páginas enteras de Dostojewsky. Por otra parte, todo el mundo lee "Los Hermanos Karamazoff", que es la obra popular del gran escritor. Al abolir el pasado para comenzar a construir sobre las ruinas, no se respetó más que el arte, considerando que los valores del pensamiento no envejecen. Se ha hecho una adaptación teatral del libro "D. E." de Erenburg, escritor alemán naturalizado ruso. "D. E." tiene su origen en la frase "Daiash Euripou" (Dame Europa), según unos, o en "Destruction of Europe" (Destrucción de Europa) según otros. Lo cierto es que el escepticismo de Erenburg ha construído una formidable sátira que va dirigida, no sólo contra la sociedad burguesa, sino también contra el comunismo. No existe telón y el público puede intervenir en el trabajo de los actores. Erenburg nos pinta en "D. E" la guerra encarnizada de un "trust" norteamericano empeñado en destruir a Europa por los métodos de la lucha

capitalista. El fascismo ha triunfado en Francia, circunstancia favorable que aprovechan los hombres del "trust". Es una tragedia sudonde no falta el amor, ni el heroismo, ni la miseria. Europa sucumbe al fin. Entre tanto, los bolchevikis construyen un túnel a través del Atlántico, que va de Leningrad a Nueva York. Los soviets se refugian en Siberia. Cuando el "trust" cree haberlo conquistado todo, la guerra recomienza más desesperada que antes. Al fin el ejército rojo pasa por el túnel, invade Nueva York y suprime la dictadura industrial. Hay una resurrección de fuerzas viejas con aspecto nuevo. Los valores cambian de nombre y la historia se repite. Un mapa de Europa va señalando los progresos de la destrucción. Letreros luminosos con sentencias de Lenín y Marx animan el cuadro. Erenburg ha sido llevado a la escena por Meierhold, el mago ed la moderna técnica teatral de los rusos. Por que Meierhold interpreta las obras maestras como él las siente, vale decir, rompiendo con la monotonía del pasado. El Schiller de Meierhold, por ejemplo, no es el Schiller que nosotros conocemos, ni su Shakespeare resulta la sombra tradicional desfigurada por la mueca de los histriones, el Shakespeare que se ha cristalizado como un dogma por todos los escenarios del mundo. La rusia soviética, marchando al asalto de los clásicos, ha hallado entre las ruinas los elementos para su gran revolución literaria. Una prueba de ello es "La Selva", de Ostirnsky, donde están renovados no solo los valores técnicos, como en Pirandello, sino algo más íntimo algo más profundo, algo más imponderable, como ser el sentimiento hereditario del teatro. Pero Ostirnsky no representa una fuerza aislada. A su lado se halla el alemán Ernest Toller, cuya obra "La tierra al revés", proscripta de Alemania, ha encontrado en Moscú una acogida triunfal. Luego vienen el belga Crommenlinck, autor del "Cocu magnifique", el checoeslovaco Derek Kappel, quien, traducido al inglés, ha pasado ya al hemisferio occidental, y el israelita Solom Ash, que escribe sus obras en yiddish el idioma oficial de los judíos. Solom Ash, que se ha atrevido a llevar al teatro enervantes escenas de amor lésbico, pinta con singular maestría la vida de los lupanares de la vieja Rusia. Cualquiera de estas obras fuertes, que serían motivo de escándalo en ambientes de trivialidad, y que en el resto del mundo solo pueden disfrutar refinados intelectuales de vanguardia, en la Rusia soviética son aplaudidas por todo el pueblo. En los entreactos, los mejores artistas dramáticos recitan composiciones de los poetas de la hora. El público lanza nombres propios y reclama a sus favoritos. Ahora es muy disputado Marakovsky, poeta modernista de potente originalidad. Alejandro Blok, el autor de "Los Scitas", que murió

en plena juventud durante la primera época revolucionaria, posee también un sólido renombre. En cambio Nekrasoff es el predilecto de los intelectuales. Más que en ninguna otra parte del mundo, los poetas constituyen la base de la cultura social. Ello significa la vuelta a Grecia en sus formas más nobles, el regreso a lo único que debe sobrevivir del helenismo: la soberanía individual por el espíritu.

* * *

El teatro de Arte posee cuatro estudios, los cuales a su vez disponen de un teatro respectivo en su genio propio. Cuando un artista consigue figurar en cualquiera de las cuatro escenas secundarias de los estudios, representa para él una victoria considerable, pues ello significa que, en el minuto menos pensado, pueden abrírsele de par en par las puertas del Teatro de Arte, vale decir, de la celebridad. Porque el hecho de alcanzar la soñada metrópoli del teatro ruso, equivale a la consagración definitiva. Cinco teatros petrenecen al Estado, tres en Moscú, y dos en Leningrad. El resto pertenecen al Estado, tres en Moscú, y dos en Leningrad. El resto el Estado o el soviet local, según las circunstancias. Se dan representaciones gratuitas, especiales para los obreros, y en cada espectáculo ordinario se les distribuye un número limitado de entradas. Los teatros son administrados por intermedio de un director designado por el comisario del pueblo en la instrucción pública. El arte decorativo sorprende por su ingeniosidad y su gracia. Nadie ha llegado, como los rusos, a sutilizar de modo tan propio e inconfundible el misterioso mecanismo del teatro. La originalidad no consiste sólo en el cambio de los valores formales. El refinamiento intelectual, violentando los conceptos rutinarios del gusto, toca los principios más sugestivos del arte escénico. Se ha creado una nueva máscara desconocida sobre el carro de Tespis. Un teatro que tanto sorprende todavía en occidente, el teatro de Nikita Balieff, es ya en Rusia cosa anticuada. Combinando en un solo ritmo armonioso los elementos de la poesía, de la pintura y de la música, con reminiscencias del más exasperado modernismo, en enervantes manchas impresionistas y vertiginosas fugas de planos, ¿qué ha quedado en el rodar eterno de las sombras de lo apolíneo y lo dionisiaco? Nietzsche se vería forzado ahora a subdividir en matices infinitos la sensación de la embriaguez y la armonía de lo inmóvil. Dentro del "Ballet", por ejemplo, la fuerza creadora de los rusos resulta incomparable. En la "Spiachtchaja Krasavitza" (La bella durmiente), el juego de decorado es mara-

villoso. Ni en París, ni en Londres, los sueños de Perrault se mueven en su ambiente. He ahí una mágica adaptación de Fokin con música de Tchaikowsky. Los personajes viven aquí su existencia extraterrena de cuento de hadas. Barba Azul y Caperucita Roja se mezclan con gatos, lobos y pajes de encantamiento. Ratones sabios, reyes enfermos, curados por magos, aldeanas que se vuelven princesas... Caracoles embrujados que trepan de noche, a la luz de la luna, por el tronco centenario de los pinos... Pero todos los milagros de la fantasía infantil realizada en la música, pueden palparse en el "Gallo de oro" de Rimsky Korsakow. La leyenda ha sido recogida en un viejo cuento de Pouchkin. Un rey de juguete aparece rodeado de su séquito. Los cortesanos al igual que el monarca, poseen algo de irónica fragilidad. Se diría que han escapado de una caja de sorpresa. Un mago trae al rey el gallo de oro que ha de darle la paz y la tranquilidad de la conciencia. El rey dice que tiene tanto sueño que es necesario distraerlo. La corte entera hace ruidosas mascaradas y el rey acaba por dormirse. Despierta luego para decir que tiene hambre. Los cortesanos le vierten en la boca toda clase de manjares. Pero el rey no come, y a pesar de eso, su hambre queda saciada. El comentario musical es magnífico. Cada vez que el gallo canta, en el alma del monarca se aviva un deseo, despierta un nuevo capricho, nace un apetito nuevo. En el antiguo régimen no estaba permitido hacer mofa de los reyes. Hasta la frase musical atrevida, sembradora de terribles sugestiones burlescas, era estrangulada por el silencio. Los tiempos han cambiado. Ahora los ingenuos campesinos sonríen ante las desdichas de un zar de cartón. El gallo de oro canta de nuevo para anunciar al soberano que debe seguir a sus hijos a la guerra. El rey llama a los soldados, quienes se rehusan a acompañarlo. Los guardias acaban por dormirse. Parecen muñecos tirados en el desván por un niño mal humorado. El real amo se fastidia y quisiera desembarazarse del gallo. Pero la tarea no resulta fácil. El ave de oro se irrita y concluye matando al rey. La música sugestiva de Rimsky Korsakow desgarra el misterio como si fuese un velo sagrado, mostrando la belleza delicada del símbolo. El gallo de oro es el pueblo, eterno incomprendido y eterno verdugo de los reyes. El genio musical de los rusos hace más intensa la emoción artística, intelectualiza el alma pueril de los personajes. Es extraordinaria la aptitud innata del pueblo para la música. Las canciones nacidas en el teatro se extienden inmediatamente por todo el país. El sentimiento musical forma una personalidad aparte entre los rusos. Después de cenar, hombres y mujeres se reunen y cantan. Esos coros de formación espontánea

resultan a veces admirables. Un niño de doce años, hijo de un obrero cuya casa de Leningrad visitamos, interpretó en el piano a Borodine como pudiera haberlo hecho un maestro. Los empleados del radio ofrecieron en Moscú un concierto de guitarra y mandolina, tocando magistralmente los mejores aires populares rusos. Un soldado del ejército rojo nos hizo oír en el acordeón trozos escogidos de Tchaikowky. Y no hablemos del violín mágico de Erdenko, cuya "Plegaria israelita" fascina a las multitudes, ni de la voz de ensueño de la Derjinskaya, ni del ritmo heróico y viril de Kurjiensky... Es necesario penetrar en el secreto de la gran ópera, es necesario asistir a una representación del "Príncipe Igor", donde la fantasía medioeval del siglo X combina el decorado de Korowine con el arte supremo de la Podgorezkaya, primera bailarina. La Podgorezkaya atraviesa el espasmo orquestal como una ilusión de voluptuosidad. El genio de Borodine la estremece. Toda ella tiembla como la flor de los almendros en las noches de brisa. Y el cuerpo desnudo, en su divino silencio, es más elocuente que la música del maestro. Estatua que vive en la onda sonora, que palpita en una llamarada de belleza. He aquí un espectáculo para los magnates de la Quinta Avenida, que en Rusia está al alcance de cualquier paisano. Aún los artistas que son más disputados en los Estados Unidos, como Kachaloff, como Chaliapin, vienen de tiempo en tiempo a Moscú a hacerse oir de los proletarios. De esta manera, todo el mundo colabora en la obra común de cultura. Los bolchevikis defienden el patrimonio intelectual de Rusia con más energía que los pozos de petróleo de Bakú.

* * *

En cuanto a la pintura y la escultura no han salido aún del período leninista. Los bustos del maestro Akimov, por ejemplo, han popularizado la figura de Lenín bajo diferentes aspectos. El mismo fenómeno entre los pintores. Pero el contacto con el arte extranjero es la vía más eficaz de la transformación. Si a ello se agrega el genio propio de los rusos, el florecimiento será inmediato. Hallándome en Moscú, se organizó una exposición de cuadros de artistas alemanes. Fué la primera vez, después de la Revolución, que se exhibieron obras de artistas extranjeros modernos. En 1923, la comisaría de Instrucción Pública había organizado en Berlín un local permanente de arte ruso moderno. Por otra parte el régimen de museos en la U. R. S. S. permite a los paisanos más ignorantes familiarizarse con los grandes espíritus. Continuamente reco-

rren las vastas galerías equipos de obreros y campesinos conducidos por profesores de ambos sexos que explican el significado de las obras maestras. En el Ermitaje de Leningrad, las escuelas holandesa, española, flamenca, italiana y francesa, están muy bien representadas. Se trata de un tesoro que, según me lo declaró el propio Lunatcharsky, ha crecido en forma fabulosa con las telas célebres que antes existían en las colecciones particulares. Valiosos cuadros de Murillo, de Rembrandt, de Leonardo, de Rubens, de Velázquez, de Corot, de Van Dyck, estaban diseminados en las pinacotecas de la nobleza. Ahora pertenecen a la comunidad. Para el bolchevismo, el arte es una función social. Se ha suprimido el monopolio privado de la belleza. A quien desee vivir una emoción de puro arte ruso, le aconsejo que visite en Moscú el Museo Tretiakov. Se trata de un caserón de salas amplias y luminosas, donde está guardado todo lo que Rusia posee de más representativo artisticamente. Tretiakow era un rico industrial que pasó su vida comprando las mejores obras de los grandes maestros. Su hijo regaló más tarde al Estado la maravillosa colección. Ahí está el famoso cuadro de Flavitsky, que pinta las angustias de la princesa Tarakonoff, encerrada en la fortaleza de Pedro y Pablo por haber sido amada de un Gran Duque. El Neva se ha desbordado, y el calabozo se va inundando lentamente. Las aguas suben en la sombría prisión y llegan hasta el lecho donde la princesa espera la muerte. Kranskoy está representado por su "Cristo", tela prodigiosa que provoca fervientes peregrinaciones de los puntos más lejanos de Rusia. Jesús descansa mientras el crepúsculo desciende sobre el desierto... Su bella cabeza domina la soledad. Cae suavemente sobre el pecho doblada por la fatiga, pero llena de pensamiento y de amor. Yarochenko, el pintor de las prisiones, nos muestra la trágica expresión de los condenados en marcha a Siberia, que miran el vuelo de las palomas a través de las rejas; el prisionero que busca la luz en la celda; el estudiante desconocido que mató a Alejandro II. Al misterioso Yarochenko hay que agregar a Awasovsky, el marinista de los enigmas del Mar Negro; y a Chichkin, el enamorado de la selva, como el sueco Liljforzen, el pintor de los lobos, de los osos, de las águilas; y a Kuindiyi, el maestro de los paisajes de Ukrania, el penetrante evocador de la noche ukraniana, cuyas telas son una gran fuerza de color que es a veces dramática. Porque el amor de los rusos por el universo se condensa en una sola palabra: "piroda" (la naturaleza). "Piroda" es el fondo místico del arte ruso. Aun en los admirables estudios de expresiones como en

el Banco en quiebra, de uno de los hermanos Makowsky, no han podido desembarazarse de esa red sutil de cánones subconscientes que muchas veces, por desventura, hace del espíritu una servidumbre de los objetos. En el relámpago de las fisonomías los rusos son desconcertantes. Peroff, por ejemplo, seduce por la vida interior que ha dado a su Dostojewsky y a su Rimsky Korsakow. El retrato de Antón Tchekow, pintado por Braz, es de una fuerza psicológica que conmueve. Lo mismo puede afirmarse del **Tolstoy en Jasnaia Poliana** y **El santo y el Oso**, pintados por el impresionista Nesteroff. ¿Y qué decir de **El enfermo**, de Polianoff, un lecho de padecimiento, una luz sobre el velador, un rostro envuelto en sombras, dos párpados borrachos de sueño, el cuadro verdaderamente moderno, que sugiere, que agita sensaciones dormidas, que mueve torbellinos de recuerdos...? ¿Y qué decir de **Baby**, las mujeres campesinas de Maliavine, de donde ha saltado la chispa que encendió la lámpara renovadora del decorado, que inspiró todas las audacias del color en el nuevo teatro...? ¿Y qué decir de Repine, el pintor de la cólera, del arrepentimiento, de la tragedia, el poeta del inmenso dolor del pueblo ruso, gimiendo bajo el Knut, el autor inolvidable de **Iván el Terrible después de matar a su hijo, El condenado a muerte, El revolucionario arrestado en la aldea, Los Nihilistas, El deportado que regresa de Siberia**...? Este último cuadro de Repine, que él mismo tituló: "**La visita inesperada**", nos detiene largo rato. Hay una terrible expresión de burla en el rostro de los niños que desconocen al padre, hay una sonrisa cruel en los labios de la mujer que se niega a reconocer a su marido en ese vagabundo andrajoso. Unicamente en los ojos de la anciana madre, Repine puso una pequeña luz de ansiedad y de ternura. Un "zaparrojas" del mismo autor, lleno de vida, de corazón, de carácter, recuerda la violencia de los paisanos de Ukrania que lucharon durante siglos contra tártaros y polacos... Seguimos nuestra peregrinación a través de las salas del museo Tretiakow... Nos sorprende un cuadro de Tcheretchoff pintado en 1842, cuyo valor literario e histórico está por encima de su mérito artístico. Ahí se encuentran reunidos Pouchkin, Kreloff, el La Fontaine ruso; el poeta Yukowsky, el helenista Gniedicht que tradujo la **Iliada en versos rusos**... Otra vez Pouchkin, pintado por Gay. Al lado Herzen, del mismo autor... Más allá el rostro fiero de Pedro el Grande que interroga a su hijo Alexis. Salimos por la galería del piso bajo, entre dos filas de espectros blancos e inmóviles. Son las estatuas de Antokolsky, el formidable modelador de la epopeya cristiana. Antes de alcanzar la calle, casi en la puerta, una figura gigantesca nos detiene. Fraile misterioso, de aspecto in-



El Kremlin

quietante, hay en su belleza scultural algo así como una trágica palpitación del pecado. Es Iván el Terrible, que mentía, que violaba, que asesinaba, retozando en el fango sangriento de las peores orgías, y que, llegada la noche, se vestía de monje para purificarse. Antokolsky lo ha fijado en ese minuto supremo, saliendo de la pesadilla abominable, mientras los labios tiemblan con la gracia de la oración. Iván el Terrible nos mira alejar. Sus ojos desdeñosos nos persiguen en la sombra de la galería. La luz suave de las vidrieras, ahondando los pliegues estatuarios, desfigura la boca en una mueca llena de sarcasmo. El juego de las sombras agranda el reproche en la risa del mármol, y la estatua tiene así una burla atroz para el extrnjero que pasa y que no comprende, que no comprenderá nunca...

CAPITULO XI

La cuestion sexual

Una de las preocupaciones fundamentales del bolchevismo ha consistido en perfeccionar el carácter y afirmar la personalidad de la mujer. Lenín luchó para substraerla a la esclavitud doméstica en que ha vivido hasta el presente. El absurdo prejuicio de la inferioridad femenina ha sido abolido para siempre. La mujer puede ocupar todos los puestos que hasta ahora estaban únicamente destinados al hombre. Puede ser comisario del pueblo, juez, diplomático. Los dos sexos viven en un régimen de absoluta igualdad. Lo grandioso de la reforma de Lenín respecto de la situación social de la mujer, consiste en haber destruído el acervo de injusticias amontonadas por veinte siglos de helenismo y otros veinte siglos de civilización cristiana, vale decir, por cuarenta siglos de dictadura masculina. Es un sacudimiento de fuerzas psicológicas dormidas, que va desde el hogar hasta las formas más complejas de la actividad colectiva. La mujer ha empezado por revelarse contra la servidumbre de su sexo dentro de la sociedad conyugal. Los derechos de ambos esposos son los mismos. Su franca amplitud, a pesar de todo, no excluye un severo sistema de sanciones, deberes y responsabilidades. La unión libre, bajo el control del Estado, no significa esa anarquía sexual a la cual se refieren los escritores europeos cuando encaran los problemas de la Rusia soviética. Los matrimonios reposan sobre el amor. Son, por consiguiente, más sólidos y duraderos que en el resto de Europa, donde el capitalismo siembra el horror y la división de los hogares con todos los dramas dl interés. Me acuerdo con qué ruidosa espontaneidad provocó el buen humor de los rusos uno de mis compañeros de viaje, quien no pudo disimular su asombro cuando se le dijo que se consideraba insignificante el número de divorcios y que era común en Rusia que los matrimonios se disolviesen por la muerte de alguno de los cónyuges. Convien no olvidar que, si es fácil casarse, resulta mucho más sencillo aún obtener el divorcio. ¿Por qué? Simplemen-

te, porque, para desposarse, se exige la presencia de ambos novios ante el oficial civil. En cambio, para romper el lazo matrimonial, basta que uno solo de los cónyuges lo solicite de la oficina competente. Las mujeres de fantasía literaria, que se forjan una imágen de perfección ética dentro del matrimonio, pueden ensayar legalmente diversos maridos, hasta encontrar el tipo que, desde el punto de vista intelectual o físico, esté más cerca del hombre de sus sueños. El espíritu humano posee sus armonías recíprocas, sus afinidades irreductibles. Es necesario contemplarlas para asegurar la felicidad conyugal. "¿Por qué razón, — me decía una dama — hemos de llevar botines que nos lastiman, cuando podemos hallar el calzado que nos venga de medida? Me parece que nuestro corazón merece más respeto que un pie. No olvide usted que el desencanto, no sólo en el amor, si no también en la ternura, produce heridas que duran toda la existencia". Por otra parte en lo que toca al hombre, las ventajas de la novedad y del cambio están un poco restringidas. No se trata de hacer madre a una mujer y luego abandonarla a su suerte. En ese sentido, la responsabilidad masculina es absoluta. Aun en aquellos casos de comercio sexual fuera del matrimonio, la ley prevée severas sanciones para el hombre. El código civil de los bolchevikis ha querido garantir los derechos todopoderosos de la maternidad. Las obligaciones legales del hombre, en este caso, no son para la mujer sino para la madre. Al fundar las bases de la nueva familia. Lenín quiso ahorrar a su país el espectáculo humillante de la mujer desamparada en su trance más noble, convertida en una máquina de abortos y de infanticidios, esclava del régimen social que ha hecho de ella un objeto de compra venta, un mueble sórdido donde disputan apetitos monstruosos y pasiones abominables.

* * *

Sobre la libertad sexual y sobre el amor está construída la moderna familia rusa. El interés económico no interviene para nada en la formación de los nuevos hogares. Se ha evitado que el individuo substituya a la familia, célula del organismo social. La mujer trabaja libremente. Ella posee, lo mismo que el hombre, la iniciativa del amor. Puede elegir a su capricho. No existen prejuicios ni barreras sociales que pongan un límite a los impulsos de su corazón. Contribuyendo luego con su esfuerzo al sostenimiento de la sociedad conyugal, su independencia y sus derechos se afirman enérgicamente. No resulta comón en la Rusia soviética ese ejemplar de mujer que vive en absoluto a costa del marido,

Mucho más difícil sería ver al marido viviendo a expensas de su mujer, como acontece a menudo en la organización burguesa de la familia. El problema del celibato, sobre todo en su aspecto femenino, no existe. La soltería es un fenómeno de temperamento, porque no cuesta nada afrontar la experiencia del matrimonio. La ausencia del factor económico, al menos en sus formas decisivas, ha quitado a la cuestión sexual el carácter de conflicto permanente que tiene dentro del régimen capitalista. En nuestra América, sobre todo, diríase que existe una salvaje guerra de sexos. No hay nadie en el mundo que vea y escuche tantas groserías como una niña que salga a pasear sola por las calles de cualquier ciudad rioplatense. Entre los bárbaros rusos la cosa es muy distinta. El hombre y la mujer no se miran como enemigos. En Moscú o Leningrad, las mujeres pueden salir solas a cualquier hora de la noche en la seguridad de que serán respetadas. Existe una íntima y cordial colaboración de sexos. En la sociedad contemporánea, la mujer es un animal doméstico. Sus derechos restringidos la colocan en una evidente inferioridad respecto del hombre. Dentro del apoyo mutuo que existe en la Rusia soviética, la independencia femenina resulta de una realidad tan clara que llega a chocar el espíritu de los extranjeros menos accesible al trabajo sordo de los prejuicios. La mujer se resiste a ser un instrumento servil del capricho masculino. A pesar de esa áspera soberanía de sí misma, de ese culto reflexivo de la propia personalidad, ella no ha perdido su encanto femenino, ni su seducción, ni su gracia... Vagando con mis compañeros por las calles de Moscú, no era raro que hermosas muchachas nos detuviesen para encender su cigarrillo, o más simplemente, para conversar con nosotros. Ellas observaban a primera vista que éramos forasteros perdidos en la inmensa urbe semi-asiática, acercándose para ofrecernos su ayuda. Y había algo de tierna protección en sus gestos, de calor maternal en sus palabras... La biblioteca, el taller, la universidad, todas las formas del trabajo intelectual y físico, han prestado su concurso en el sentido de emancipar a la mujer de las miserias más denigrantes de su sexo. Pero una exageración del Estado ha sido pretender desterrar la prostitución. Los teóricos del bolchevismo pensaron ingenuamente que ello aumentaría el número de matrimonios. En cambio, lo que ha aumentado ha sido la cantidad de sifilíticos. Ciertamente que las enfermedades venéreas no han alcanzado a propagarse en forma tan espantosa como en Inglaterra, por ejemplo, donde la neutralidad del Estado en ese género de explotación sexual, neutralidad nacida de motivos religiosos, contribuyó a sembrar la alarma en el propio seno del decimoséptimo congreso médico uni-

versal reunido un año antes de la guerra. En la Rusia soviética no se encara el problema desde un punto de vista neutral y de absoluta prescindencia jurídica. No solo el Estado deja de abstenerse, sino que persigue la prostitución con verdadero encarnizamiento. Los hombres del soviet son optimistas en cuanto al porvenir. Ellos consideran la prostitución como un cáncer de la sociedad capitalista. Es el neplasma de la miseria que se cura suprimiendo la esclavitud económica. Pero existen terribles fatalidades psicológicas que es necesario tener en cuenta. Las mujeres que en virtud de una larga adaptación profesional se sintieron orgánicamente incapaces de abrazar otros oficios, han emigrado por su propia voluntad o han sido expulsadas. Ahora recorren por centenares las calles de Berlín, de Varsovia, de Reval, de Helsingfors... Muchas, sin embargo, acaso las más finas y astutas, han quedada en Leningrad o Moscú, y ofrecen clandestinamente su mercancía. Formadas en la vieja sociedad abolida por la revolución, encuentran más agradable la alcoba que el taller. El problema es simple. Para ellas, el culto del amor, aunque se trate de un amor de mercado, posee menos inconvenientes que el culto del trabajo.

* * *

No hay duda que la nueva organización jurídica de la familia permite el renacimiento griego de la "hetaira" bajo formas legales. La ventaja en favor de la moderna hetaira consiste en que pierde el carácter de esclava que poseía entre los antiguos. Glycera fué la mujer del pintor Pausias, luego del poeta Menandro, más tarde de Filemón, quién la compró a los atenienses en diez mil medidas de trigo. Entre los japoneses modernos, la geisha, cual si fuera un mueble, puede alquilarse por determinado tiempo. Desde niña recibe una educación esmerada que hace de ella un perfecto mecanismo de amor espiritual y físico. Hetaira es un vocablo griego que significa compañera, amiga, amante. Dicha palabra ha sido arbitrariamente traducida, y son muchos los que creen que hetaira equivale a cortesana. Por lo pronto, el significado que tenía entre los griegos era muy diferente. Hetaira era la mujer que, no sólo por su belleza sino también por su cultura intelectual y el refinamiento de su espíritu, estaba destinada a ser la compañera de los poetas, de los escritores, de los artistas, de los sabios... Ejemplos de perfectas hetairas modernas son Ninón de Lenclos, Madame de Maintenon, Madame Recamier.... Los nombres de Aspasia, de Friné, de Lais, de Safo, llenan toda la antiguedad clásica. Luego vienen figuras un poco borrosas. que palpitan débilmente en la sombra. Ti-

mandra, amiga de Alcibiades; una escultura viviente, Archeanasa, la buena musa de Platón... Más allá, Corina, que descubrió a los ojos maravillados de Píndaro el misterio de la poesía; Herpylis, que colaboró con Aristóteles en investigaciones de historia natural, y Thais, la divina Thais, más grande por haber inspirado la obra inmortal de Anatole France que por haber sido amada de Alejandro y de Ptolomeo... Se observa en la Rusia soviética un espontáneo renacimiento de las formas griegas. Son los viejos moldes depurados de su barbarie en lo que toca a la servidumbre religiosa y a la esclavitud doméstica de la mujer El culto del desnudo es una prueba elocuente de esa resurrección de la armonía antigua. La belleza ondulante del cuerpo humano puede admirarse en todas partes. El gusto de las emociones plásticas ha ganado rápidamente el alma de los rusos. En las procesiones públicas de la juventud comunista, bellas muchachas semidesnudas se mezclan a los adolescentes. La promiscuidad resulta encantadora. Y la línea flexible del cuerpo, envuelta a veces en un torbellino de velos rojos, dá a la forma humana, viva, sugestiva, el misterio resplandeciente de las estatuas. Es un espectáculo inolvidable por lo que tiene de ritmo, de serenidad, y de armonía. Los grupos en marcha, al son de las músicas militares, poseen la belleza de un friso griego en movimiento. Ciertamente que el gusto discreto del desnudo ha sido exagerado por los "doloi stid", quienes forman una pequeña legión de sectarios. La tentativa, por otra parte, no ha tenido éxito. Los primeros miembros de la secta que se atrevieron a desafiar el prejuicio público, fueron un hombre y una mujer que subieron al tranvía, en Moscú, sin más traje que una delgada banda roja donde se leía la inscripción siguiente: "Doloi Stid!" (¡Abajo la verguenza!) Primero fué el escándalo, luego las sonrisas irónicas, después la indiferencia... Sin embargo, el acontecimiento fué vivamente comentado en el extranjero como una originalidad soviética, sin tener en cuenta el origen germánico de los "doloi stid". Se trata de una secta de fanáticos que proclaman el renacimiento del desnudo humano en toda su primitiva inocencia. Hay, pues, un fondo religioso en esa extraña organización internacional, cuyos adeptos se suman por centenares en Dinamarca, Polonia y los países escandinavos. Del norte de Alemania, especialmente, donde los "doloi stid", forman colonias al aire libre, entre los bosques, a orillas de los ríos, los miembros de la secta pasaron a Rusia. Los "doloi stid", sostienen que la ropa no solo es antiestética, sino que constituye una atentado permanente contra las leyes de la naturaleza El hombre y la mujer han nacido para vivir desnudos. La doctrina no puede ser más ingénua ni más simple. Cualquier extranjero, aceptando dicho

principio, está en condiciones de afiliarse a los "doloi stid". Lo único que se exigirá de él es que vaya sin la sombra siquiera de una idea pecaminosa. Deberá jurar que su pensamiento será tan puro e inocente como el de un niño recién nacido. La familia de más cercana relación en el nuevo miembro, se encargará de festejar el acontecimiento. En los países del norte, donde casi siempre hace frío, la fiesta puede consistir en un "té danzante". En las regiones de clima más benigno, la recepción se organiza sobre la base de una partida de bolos al aire libre. Todo esto sin ninguna ironía y dentro de la mayor inocencia. El invitado debe dejar su ropa en el vestuario. Un criado en cueros lo conduce al interior de la casa. Algunos niños desnudos juegan ruidosamente. No falta tampoco el cuadro tierno de los interiores, con la viejecita de cabellos blancos que mueve la aguja entre sus dedos huesosos, mientras a sus pies el gato familiar juega con el ovillo de lana. Y uno se pregunta con asombro para qué esa fiebre de trabajo, para qué ese afán de tejer, si ella está destinada a morir como ha nacido: desnuda. Por lo pronto, la desnudez de un cuerpo octogenario no está hecha para sugerir ideas agradables. A veces los dueños de casa, encargados de hacer los honores, son deformes, demasiado flacos o demasiado ventrudos... De ese modo predisponen desfavorablemente el espíritu del neófito. Pero los invitados salvan casi siempre el honor de la fiesta. Muchachas jóvenes de torso estatuario y muslos flexibles sirven el té con una impasibilidad que espanta. No se bebe alcohol, ni se fuma opio, ni se toma cocaína.Contrariamente a lo que acontece entre la gente selecta de París, de Roma o de Londres, todos los venenos y alcaloides han sido proscriptos. A las niñas "doloi stid", en cambio, se les permite algunas inofensiva coqueterías, como ser el carmín en los labios, el brillo en las uñas, el cabello corto y la nuca afeitada. Diríase que esas delicadas criaturas, al hallarse frente al hombre, cubren sus instintos con la túnica de hielo que defiende la castidad de las empleadas de los baños públicos de Estokolmo, donde enérgicas manos femeninas frotan todas las realidades anatómicas con una insensibilidad profesional que sorprende a los extranjeros. La fiesta en honor del profano termina generalmente con un baile. Cuando no hay piano, un vulgar gramófono basta para hacer las delicias de la cofradía. Las parejas se forman de inmediato, oprimiéndose desde el pecho hasta las rodillas. No se trata ya de un simple roce de epidermis. Hombres y mujeres enlazan a veces sus muslos y mezclan sus morbideces. Aunque todo se hace sin malicia, inocentemente, el espectáculo resulta un motivo de extraña excitación para los meridionales. Y no es difícil que el demonio de la voluptuosidad asome a la fantasía de los

novicios. Se cuenta de algunos de ellos que, impotentes para resistir a la tentación, corrieron a ocultarse en el vestuario. Antes que violar su juramento de pureza, pensaron sin duda alguna que era preferible afrontar el ridículo de la fuga. De este modo evitaron el riesgo de verse escarnecidos por una marca do deslealtad.

* * *

La educación sexual empieza en la Rusia soviética desde la primera edad. Se ha juzgado de alta moralidad social no ocultar a la infancia ninguno de los misterios genésicos. Los problemas fundamentales de la generación son expuestos directamente a los niños No se gastan en estos asuntos los circunloquios e hipocresías habituales en los países de cultura protestante o católica. Do ahí que las mujeres no vayan al matrimonio con una atroz ignorancia de su fisiología, y lo que es peor aún, con la imaginación corrompida por las lecturas malsanas que giran en torno de la leyenda religiosa del pecado. Ellas han estudiado en tratados científicos, no sólo los mecanismos funcionales de su propio sexo, sino también el del hombre. Cualquier niña, por más cándida que sea, siempre que se decida a fundar una familia, conocerá de antemano todos los secretos de la anatomía masculina. Porque la inocencia es asunto de alma y no de conocimiento, fenómeno de pureza que se afirma con el espíritu científico. Otra cosa es la ingenuidad de la ignorante. He ahí la madre de todos los grandes dolores íntimos, la ingenuidad que prepara las más humillantes traiciones de la fisiología. No hay duda que, al haberse abolido en Rusia la bárbara separación de origen medioeval entre el hombre y la mujer, se contribuyó eficazmente al conocimiento mutuo de los sexos. En el stadium, donde pasean los atletas bajo el sol; en la famosa escuela de bailes clásicos, donde los alumnos empiezan a la edad de cuatro años el difícil aprendizaje de la danza; en las academias de pintura, donde bellos efebos, al lado de toscos campesinos, velludos como gorilas, posan para los discípulos; en todas partes las mujeres tienen ocasión de familiarizarse con el desnudo masculino. A pocos metros del hotel donde yo habitaba, corren las aguas de la Maskowa. El público aprovecha los días calurosos para refrescarse en la corriente del río. El traje de baño es desconocido. Desde la baluastrada de los puentes la muchedumbre asiste con indiferencia a los más fantásticos juegos, a las más prodigiosas escenas plásticas que hayan podido verse después de Grecia. Las muchachas contemplan las virilidades jóvenes y piensan ya en elegir según su temperamento, a sus futuros maridos. Porque la familia

nace espontáneamente en Rusia, ya sea de una simpatía moral o como simple acto de reacción orgánica. El fenómeno místico es ajeno al florecimiento de los nuevos hogares. La educación religiosa ha dado entre nosotros al matrimonio una solemnidad casi trágica. Es una de las tantas formas de horror sexual que contribuyen a propagar el onanismo, la pederastía, los amores sáficos, todos los vicios contra natura que, desde tiempo inmemorial, vienen haciendo terribles estragos en la raza humana... Mientras que en otros países dificultades y complicaciones jurídicas de todo género se oponen a la conjunción normal de los sexos, en la Rusia soviética el matrimonio resulta el acto más sencillo en la vida de los individuos. La unión libre reposa sobre el amor. Aún cuando el control del Estado no puede velar en todo lo que hay de íntimo, de psicológico, en todo lo que hay de falso o sincero en el intercambio de los afectos, sirve en cambio para garantir la moral doméstica y la honestidad de los compromisos. Al igual que el hambre como todos los grandes motores de la historia, el amor es una forma de pensamiento, una idea. Para provocar una revolución, vale más la idea del hambre que el hambre misma. Mucho más interés humano posee lo que el amor sugiere que lo que realiza. Me acuerdo de una tarde luminosa de Mayo cuando fuí a ver a Anatole France entre los árboles perfumados del Bois, en la Ville Said. Era en la época en que su vecino, mi amigo Van Dongen, pintaba el famoso retrato que más tarde debería levantar tan violentas polémicas. Rodeado de bellas mujeres, el viejo maestro se reprochaba con amargura el tiempo malgastado persiguiendo quimeras. Buscaba un punto de apoyo, una realidad donde descansar su incertidumbre. Aquel Alcibiades sonriente, al final de su vida, se había aferrado a una ilusión más frágil que la sombra de un sueño.Aquel escéptico no creía más que en

---

CAPITULO XII

En la Tercera Internacional

Cualquier manifestación organizada por la Tercera Internacional es siempre un espectáculo inolvidable. Al día siguiente de mi llegada a Moscú presencié uno de esos soberbios desfiles que duró cuatro horas. Chinos, tártaros, negros, árabes... Todas las razas estaban representadas. La tercera internacional es la única sociedad de naciones que existe actualmente, porque los pueblos están representados en ella, y no los gobiernos, como sucede en Ginebra. Delegados de todos los países, aún de los mas remotos, acuden espontáneamente a los grandes mitines de la Plaza Roja. Hombres jóvenes por todas partes. Lenín, que sentía como nadie el horror de lo viejo, inauguró el culto de la juventud. Un torbellino de estandartes, de banderas, de gonfalones, dominando el mar de cabezas, se mueve rítmicamente en dirección de la catedral de Basilio. Retratos de los mártires del proletariado en el extremo de un asta... Las figuras de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburg pasan delante de nosotros. Frente al mausoleo de Lenín, las insignias rojas se abaten respetuosamente. Una criatura de cuatro años, en brazos de su padre, agita un pañuelo encarnado. Todas las bandas tocan el "himno del herrero". Los niños cantan, repitiendo los versos del final de cada estrofa:

"Forjamos nuestra vida como el hierro...

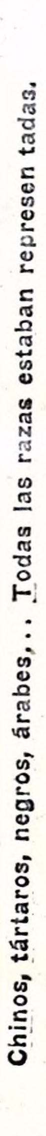
La música vibra con las ideas en el corazón de cada delegado. Luego vienen los congresos y los discursos... Después de sumergirse en el misticismo revolucionario de Moscú, los propagandistas extranjeros se dispersan más allá de los horizontes. Y el verbo nuevo empieza a correr por el mundo. Los peregrinos regresan de la tumba de Lenín fortalecidos en su fé. Ni Mahoma ni Cristo han tenido devotos más piadosos. La Tercera Internacional constituye el instrumento actuante de la revolución proletaria. Es una máquina perfecta de acción mundial, cuya fuerza motriz reside junto a

los ídolos marxistas en la tierra santa del bolchevismo. Su organización nada tiene que ver con el gobierno de los soviets. Se ha acusado a menudo a la Rusia soviética, y a veces con el auxilio de documentos falsificados, de intervenir en la política interior de los otros países. Aunque la diplomacia roja ha proclamado su independencia de la Tercera Internacional, los hechos han demostrado siempre que Zinovieff es lo suficientemente hábil como para no ser sorprendido en falta. Fué necesario esgrimir una carta apócrifa para que Baldwin pudiera salir victorioso en las elecciones inglesas. La maniobra dolosa de los conservadores en la Gran Bretaña para derribar a Mac Donald, constituye una prueba evidente de que la Tercera Internacional no obra jamás por intermedio de delegados directos. Las secciones nacionales de cada país bastan para que ella se manifieste abiertamente. La burguesía de Europa explota en todo momento el espantajo comunista para exigir medidas violentas. Zinoviff, desde Moscú, no puede ser más que un coordinador de pensamiento y de acción, el nexo de la efervescencia mundial contra el regimen capitalista. De todos los hombres de la revolución, Zinovieff, es acaso el que parece menos personalidad. Su fé revolucionaria le ha convertido en un celoso cancerbero del leninismo. He ahí su santo. En Oriente, por ejemplo, la obra de los internacionalistas revolucionarios plantea una picante paradoja que consiste en excitar los pequeños nacionalismos contra la voracidad de las grandes potencias europeas. Tanto Kemal Bajá, en Turquía, como Gandhi en la India, han conseguido de este modo el apoyo enérgico del proletariado ruso. Por otra parte, la primera manifestación de los pueblos orientales y coloniales fué el congreso de Bakú, en setiembre de 1920. Asistían 1.891 diputados pertenecientes a treinta y dos naciones. Zinovieff y Radek proclamaron allí "la guerra santa de todos los trabajadores y de todos los oprimidos contra la burguesía imperialista". Steklov pudo escribir entonces en el diario "Izvestia" que la guerra santa proclamada solemnemente en Bakú contra el imperialismo occidental no era una amenaza vana. Y agregaba: "Que el Moscú rojo diga la palabra decisiva, y los regimientos de Oriente marcharán al mismo tiempo que sus hermanos rusos". De acuerdo con las resoluciones del congreso de Bakú, quedó constituído un "consejo de propaganda y acción entre los pueblos de Oriente". Dos años más tarde, el 21 de Enero de 1922, se realizó en Moscú un nuevo congreso de pueblos orientales. Esta vez el espectáculo fué particularmente exótico. En una de las más bellas salas del Kremlin las fantasías multicolores de las sedas que envolvían a los chinos y los dragones de los "kimonos" japoneses al-

ternaban con los trajes nacionales de los delegados de Corea, Mongolia y de las islas del Pacífico. No había solamente trabajadores del músculo. Numerosos periodístas, abogados y médicos representaban también a las distintas agrupaciones de Oriente. "Una alianza estrecha entre vosotros es necesario, dijo Zinovieff. Todo eso debilita el juego de la burguesía. Sois el peso decisivo en la balanza del combate entre la burguesía y el proletariado mundial. Si sabéis llevar a fondo la lucha, si vosotros no retrocedéis delante de los sacrificios, si comprendéis que la internacional comunista es vuestra aliada segura, será dado a muchos de entre nosotros ver la victoria definitiva de la revolución en todo el mundo.

* * *

En las sociedades de mayor progreso técnico, como Francia, Alemania, Inglaterra, la influencia directa de la tercera internacional resulta casi nula, pues se cuenta con la contribución del genio propio de cada pueblo. Tomemos por ejemplo el caso de Francia. El partido comunista francés ha resuelto ya todo lo que concierne a su "bolchevización". Se entiende por ello lo que se refiera a militarizar los efectivos. Una disciplina de regimiento, que no admite debilidades de ningún género, ha substituído la verborrea oratoria y las charlatanerías insípidas de los viejos clubs. Ya se ha dicho que el régimen actual, de acuerdo con la teoría bolchevista, será transformado por los métodos de la violencia revolucionaria. Se acepta provisoriamente la táctica de los parlamentos, ya sea como compás de espera o como medio de juntar adeptos, desenmascarando a la clase privilegiada por la vía del escándalo. Así se aguarda la hora de la revolución. No se crea que los diputados constituyen las primeras figuras del partido. Los hombres más eminentes no dejan un segundo las filas. La doctrina leninista sostiene que es necesario hallarse preparado militarmente cuando los movimientos espontáneos de las masas anuncian que el minuto supremo ha sonado. Entonces los escuadrones serán lanzados al asalto de la posiciones burguesas. Después de la experiencia rusa, la militarización del proletariado no puede sorprender a nadie. Es una simple cuestión de lógica social y de sentido histórico. En un artículo que me fué solicitado en Moscú por el director del diario "Izvestia", en septiembre de 1924, hacía notar la circunstancia de haber proclamado en mi libro "Fuerza y Derecho", aparecido un año antes de surgir Lenin a la escena mundial, que no habría triunfo revolucionario posible sin la previa militarización del proletariado. Esta verdad elemental



Chinos, tártaros, negros, árabes,.. . Todas las razas estaban represen tadas.

estaba apoyada por el doloroso fracaso de los comuneros franceses de 1871, cuyo frenético romanticismo verbal, infestado de prejuicios individualistas, excluía hasta las formas más vitales y conscientes de la disciplina. Después de la aparición de Lenín, la mentalidad de las masas obreras ha cambiado radicalmente. El éxito del método leninista, sobre todo, ha favorecido ese profundo cambio en la táctica del proletariado. Se ha pretendido buscar en Georges Sorel la verdadera filiación intelectual del sistema de Lenín. Se ha dicho igualmente que "Refléxions sur la violence", la famosa obra de Sorel constituye el libro predilecto de Mussolini. Lo cierto es que, como todos los pensadores qué movieron ideas originales al final de la pasada centuria, Sorel ejerció una influencia considerable sobre sus contemporáneos. Esa dictadura espiritual está muy lejos de poder ser equiparada a la de Marx. La causa revolucionaria le debe, sin embargo, algunos de sus fermentos victoriosos. Sorel era un antiguo ingeniero retirado que empezó a interesarse por los problemas sociales. Vivía en plena pobreza cuando lo visité, algunos meses antes de su muerte, por consejo de Emile Buré, director de "L'Eclair" de París. Me dió la sensación de un espíritu asustado por el alcance de su propia obra. Georges Sorel había pasado toda su existencia sembrando dinamita. Su pluma trazó sobre el papel el surco de los desgarramientos populares. El estruendo de las explosiones aturdía su pensamiento, y conmovía la placidez de sus últimos años. Lo más terrible de todo es que ni el propio Sorel podría detener hoy la marcha de ese mecanismo de violencias organizadas. Los sectores líricos, las federaciones contemplativas de otro tiempo, ya no existen. La escuela leninista de Bobigny, en Franccia, inicia a los jovenes en los esoterismos de la nueva doctrina. El viejo sistema ha sido reemplazado por las células, los radios, las regiones... Se conoce ya el papel de esos organizadores que han llevado su audacia hasta funcionar en las oficinas públicas, en el ejército y la marina. El 10 de febrero de 1925 existían quinientas treinta células en la región parisiense con más de diecisiete mil adherentes. En los departamentos del norte hay más de trescientas células constituídas. Fuera de los setenta y cinco mil miembros del partido comunista francés, hay que contar los simpatizantes no adheridos, y los indiferentes que, según la teoría marxista, constituyen en los momentos de crisis el índice revolucionario. Porque conviene no olvidar que precisamente fué entre las masas ignorantes de Rusia, ajenas a todo ideal político, donde se manifestaron los primeros síntomas de inquietud y de rebeldía contra el régimen moribundo. El plan de la Tercera Internacional consiste en no adelantarse al movimiento

de las multitudes. Será necesario seguir fielmente el ritmo secreto de los pueblos. La revolución no podría tener carácter mundial, estallando en Holanda o Bélgica, por ejemplo, puesto que inmediatamente sería sofocada. El espíritu revolucionario podrá internacionalizarse, si algún país de fuerte organización militar, y técnica, como Inglaterra, Francia o Alemania, apoyase cualquier tentativa europea de rebelión proletaria. Solamente en ese caso sería posible la intervención del ejército rojo. Mientras ello no suceda, la táctica consiste en esperar. Los revolucionarios rusos, tan soñadores, no se forjan, sin embargo, ilusiones sobre este punto. Ellos saben que sólo podrán ayudar los partos normales. La Tercera Internacional no es una máquina para producir abortos. Es absurdo pretender por la revolución se hará únicamente por presión exterior. Aun cuando la Europa entera se convirtiese al bolchevismo, quedarían los Estados Unidos de América, plaza fuerte del régimen capitalista. En la fantasía literaria de Eremburg son precisamente los Estados Unidos que inician su terrible ofensiva contra los soviets. Hay que admitir también la posibilidad de una evolución hacia la derecha dentro de la política rusa. Algunos años de paz han bastado para ablandar la antigua intransigencia revolucionaria. Europa, al cambiar de táctica respecto a la Rusia soviética, ha podido obtener pocos meses de amistad equívoca lo que no había conseguido en todas sus empresas belicosas: amansar la fibra agresiva de los bolchevikis. Zinovieff es hoy un águila domesticada por los gases asfixiantes del capitalismo europeo. Porqu no hay nada más desconsolador que una revolución que pierde su intransigencia frente a los enemigos. Dentro de ese régimen de infinitas contemporizaciones, las águilas se vuelven tan inofensivas como cualquier ave de corral Entretanto los fermentos revolucionarios prosiguen su trabajo misterioso en la conciencia humana. Prosiguen a pesar de los hombres y de las cosas. Eso es lo terrible.. Lenin lanzó una idea, y esa idea marcha en el tiempo y en el espacio. Aquel espíritu de leyenda tuvo la suerte de desaparecer a tiempo para ahorrarse el desencanto del ideal [illegible]e fatiga en su realización. Pero su sistema de realidad social continúa abriéndose paso con el impulso que le diera su genio. La epopeya revolucionaria se hará con el concurso de cada raza. La nueva sociedad humana surgirá de una vasta conflagración de pueblos. Y aun después de conquistado el ideal, la humanidad buscará sin descanso otros horizontes. La gran ilusión de los soñadores es creer en la perpetuidad de su obra. Olvidan que la tercera internacional no constituye mas que una etapa histórica, como el feudalismo, como la monarquía, como la revolución burguesa. Y Marx no agrega si habrá que comenzar de nuevo, como en la "Isla

de los Pinguinos", después que el triunfo del proletariado sea un hecho mundial. Todos los sistemas, en abstracto, son admirables. Todas las doctrinas son perfectas. Solamente el hombre no es perfecto. Solamente el hombre excluye en sí la idea de cristalizarse en un ideal. No es posible hacer matemáticas manejando frágil substancia humana. Lo mismo puede afirmarse del espejismo psicológico que cree posible una revolución mundial bajo los moldes rusos. En esta parte el propio Lenín está contra los leninistas. La ilusión de la similitud revolucionaria va contra las leyes del medio ambiente, de la influencia histórica y de la estructura mental de cada pueblo. Va contra la idea de perfeccionamiento sobre planes reales. Los rusos han aprovechado, ciertamente, las enseñanzas ajenas. Sin embargo, nada más aleccionador para ellos que la experiencia propia. Por lo pronto, los principales jefes del bolchevismo a quienes he entrevistado se dan cuenta ahora que fué el aislamiento del mundo occidental lo que constituyó la fuerza inconstrastable de la revolución rusa. Hay un abismo entre 1918 y el 1924 que yo conozco. La tercera internacional sólo es poderosa cuando lucha. La paz de los debates teóricos adormece su espíritu belicoso. El contacto con Europa, al anestesiar el sentido revolucionario, ha provocado un movimiento inconsciente hacia la derecha. Ser conservador significa en este caso guardar intactas las conquistas realizadas por la revolución. Pero los hechos empujan a la especie. Y a los ojos del hombre frívolo esos hechos, llenos de significado humano. resultan más absurdos que la fantasía de un loco.No se trata de mirar simplemente. Es necesario ver. Las muchedumbres son símbolos vivos. El mundo de los fenómenos se muestra tan vertiginoso como el torbellino de los sueños. Hay que adelantarse a la historia o perecer.

CAPITULO XIII

La dictadura del proletariado

"Nos hallamos inconmovibles, sobre el terreno de la dictadura proletaria, dictadura de hierro. Que nadie sueñe en debilitarla. Las relaciones del partido con el Estado continuarán siendo las mismas. El partido es la cabeza del poder soviético. Dirige todo, domina todo, organiza todo". Las palabras de Zinovieff señalan ese período de transición revolucionaria que, según los teóricos marxistas, conducirá al estrangulamiento progresivo de las clases. De ello se deduce que la dictadura desaparecerá espontáneamente el día en que las diferencias sociales queden abolidas. La dictadura no constituye más que un instrumento provisorio en manos del proletariado. Porque hay que tener en cuenta que la supresión radical de las clases representa el resultado progresivo de un profundo trabajo orgánico dentro del mecanismo contemporáneo. Es la consecuencia natural del proceso lento que va minando los viejos sistemas, implacablemente, con la fatalidad de una ley biológica. Esa misma ley inevitable congrega en torno suyo el odio y la cólera de un mundo que muere. La historia repite, punto por punto, el mismo grito de asombro que saludó la aparición de aquellos terribles revolucionarios que, bajo el nombre primitivo de cristianos, hicieron sonar el toque de agonía de la sociedad antigua. El movimiento se inicia con los desórdenes de Alejandría, los motines de Corinto, las saturnales trágicas de Efeso. Las medidas represivas eran ejecutadas sin piedad. Luego viene la insurrección de la época de Claudio. Hasta en las más apartadas provincias, los pretores de Roma ahogaban en sangre cualquier tentativa de los discípulos de Jesús, contra el régimen. Era el mismo procedimiento que la sociedad moderna acostumbra a revivir todavía para sofocar las manifestaciones del proletariado. Los escritores reaccionarios de la época no escatiman sus censuras para aquellos enemigos ju-

rados de lo establecido. Tácito pinta a los cristianos del primer siglo como seres inquietos, capaces de las peores aberraciones y animados de un vivo espíritu de destrucción. Y Suetonio los mezcla con los esclavos del César, en los jardines de la casa imperial, avivando las llamas que destruían a Roma. Después de crueles persecuciones, después de espantosas guerras, el cristianismo sólo triunfa cuando consigue ganar el alma de los reyes. Transforma la sociedad con la conquista del poder. Se afirma por la dictadura. Desde que el hombre existe sobre el planeta, el



El local de la Tercera Internacional

mismo cielo social muere y renace en la historia. Para comprenderlo, sería necesario abarcar un período de cuarenta siglos. Porque el materialismo histórico, más que una doctrina, constituye un aparato sin conciencia moral, un registrador frío de los grandes ritmos universales. Esa experiencia, sin embargo, nos enseña que también el espíritu puede modificar los objetos. De ahí que ninguna dictadura sea eterna. La paz social substituye el derecho en acción, desbordando la realidad misma, por el control de las formas objetivas. En la guerra, el derecho forja su propia armadura. Su ideal reside en su pragmatismo, se de-

fine nicamente cuando busca reintegrarse en la fuerza y proyectarse en realizaciones positivas. El sueño del justo no pasará de ser un bello lirismo. Vivido de este modo, el derecho es una entidad sin color y sin sangre, la ilusión que necesitará de las energías prácticas de la vida a fin de ser un algo más que una esperanza de los esclavos. Para el siervo, el ideal realizable es una abstracción. Sentir el derecho en abstracción equivale a despojarlo de sus atributos más eficaces. El eunuco ama abstractamente porque le faltan los elementos necesarios para trasladar su amor a la realidad. Culto de la belleza brutal, sin resortes morales, vivero de la servidumbre. Doctrina del derecho puro, doctrina de eunucos.

* * *

El derecho es una fuerza que reposa sobre la conciencia de clase. He ahí la metafísica de la dictadura del proletariado. Son los factores místicos de la revolución que han ido creando esa suerte de fanatismo colectivo. La necesidad de creer mueve a las multitudes hambrientas de realidades morales. Lo mas terrible en la tragedia de la incertidumbre no es la incapacidad para dominar el mundo objetivo, sino el sentimiento de descomposición que invade todos los planos creadores de la inteligencia. La humanidad es un torrente que busca el equilibrio en la fe de sus grandes hombres. Por algo Lenín se yergue como el profeta de la dictadura marxista. La muchedumbre, en relación al perfeccionamiento social, posee el mismo valor que la arcilla con relación a la estatua. No es más que una herramienta de expresión, el medio del cual los espíritus superiores se sirven para hacer triunfar sus ideas y sus sueños. Todo el patrimonio del progreso humano constituye el trabajo de una docena de hombres de genio. El bolchevismo reprensentaba una minoría insignificante antes que Lenín lograse interesar a la gran masa campesina de Rusia De la misma manera que de los continentes sumergidos no han quedado más que las montañas en forma de islas, de las civilizaciones desaparecidas conservamos únicamente el recuerdo de algunos grandes espíritus representados por sus obras. Todo lo que era pueblo, lo que era multitud, se ha perdido. La historia de la humanidad no es otra cosa que la historia de sus grandes hombres. A pesar de todo, los contemporáneos persiguen siempre con su cólera a los forjadores de porvenir. "Los gritos de odio de nuestros enemigos, escribió Lenín, serán la mejor prueba de nuestro triunfo". Esos enemigos no están en la masa obscura y anónima, la cual, por instinto, busca una salida a la luz, sino en-

tre los intelectuales mediocres, quienes no pueden aceptar sin protestas la superioridad ajena. Ello es racionalmente y hasta socialmente explicable. El talento entraña una verdadera injusticia biológica. Revela parcialidad tan grande de la naturaleza en favor de un solo individuo, que buena parte de la raza humana se resiste humillada. Hay quienes se sienten injuriados, y su inferioridad es una protesta permanente. Sin embargo, en ese sereno sufrimiento del genio, congoja que lo salva de la muerte, existe el motor de las grandes resurrecciones. Vive ahí, palpitante como una gracia divina del universo, la bondad sin conciencia del árbol que deja caer sus frutos de oro, como una bendición, sobre la misma cabeza del leñador que intenta derribarlo.

* * *

Lenín es la más enérgica lección de realidad que ofrece la historia contemporánea. Si no hubiese sido un grande hombre, habría naufragado, como todos los revolucionarios que le precedieron, en las trivialidades estériles de la democracia. Lenin impuso la idea por la dictadura. Su enorme sentido político lo salvó de morir ahogado en el absurdo donde se hunden todos los apóstoles. Abajo, dió a los pueblos, que no dejaron de ser esclavos de sus prejuicios orgánicos, la ilusión del bienestar social. Arriba, rellenó con ideales el vacío despotismo de los zares. "El que hable de libertad de la prensa, escribe, marcha hacía atrás. Tolerar los diarios burgueses es dejar de ser comunista". La concepción marxista de Lenín, mezclada con las ideas hereditarias del antiguo comunismo soviético, ajena a la influencia de doctrinas occidentales demasiado sutiles, se adoptó maravillosamente a la mentalidad ingenua y primitiva del paisano ruso. ¿Por qué fracasó Kerensky? ¿Por qué fracasaron Kropotkin y Bonrtzeff, cuyo generoso idealismo revolucionario los señaló durante varios lustros como víctimas de la persecución monárquica? La piscología eslava desdeña la conquista de la felicidad terrenal por el camino brumoso de las abstracciones. En Rusia la retórica adormece, los actos deslumbran. De ahí que Lenín proclama la lucha despiadada, "la guerra civil que no puede hacerse sin destrucciones graves y sin cercenar la libertad de algunos". Es necesario anestesiar la justicia para violarla. "Solamente los que hayan perdido el sentido de las cosas, agrega Lenín, se apartarán de la revolución por esta causa; pero los hombres que nos acompañan con toda valentía y decisión saben que los problemas obreros se resuelven con la violencia y por medio de la vio-

lencia". Nada más trágico que esta terrible certidumbre. Hasta nacemos en medio de desgarramientos. La violencia es el secreto de las grandes maternidades. Una oleada de dolor arroja a Lenín a las playas del mundo. Viene al planeta marcado por los signos de la tempestad. Ruso puro, nace de una familia de origen paisano que, durante siglos, arrastró su miseria entre las cadenas y sintió estallar sobre sus espaldas el "knut" de los déspotas. En Simbirsk el 10 de abril de 1870, surge a la vida de los seres Vladimir-Ilitch Lenín Ulianov. Su padre trabajaba en la región del Volga, como director de las escuelas populares. Los campesinos de su distrito le profesaban particular veneración. Más de treinta años de la vida de Lenín fueron consagrados a la actividad revolucionaria. Al salir del Gimnasio, entró en la Facultad de Derecho en la Universidad de Kazán. Hermano de un terrorista ahorcado por Alejandro III, las universidades de las capitales le estaban vedadas. Al cabo de veinte días, Lenin fué expulsado de Kazán por haber participado en un movimiento revolucionario de los estudiantes. Pasaron cuatro años antes que se le permitiese volver a los cursos, Pero la carrera jurídica no le seducía. Un problema mucho mas ardiente, el problema de la emancipación popular, empujaba al alumno lejos de los códigos. La madre de Lenín murió en 1913. Su hijo mayor, Alejandro Ulianov, fué ejecutado por sus ideas revolucionarias. Vencida por el dolor, élla consagró toda su ternura a Vladimir Ilith. Por su parte, errane en el etranjero, desterrado, Lenín se substraía a sus tareas más imperiosas para trasladarse a Suecia y llevar un consuelo a los últimos años de su vieja madre. Afiliado en su juventud al partido populista (narodniki) al cual pertenecía su hermano Alejandro, Ryssakov, Kilbaltchiche y otros intelectuales de la época, Lenín se hizo bolcheviki (de "bolsche", más mayor, etc.) después de haber estudiado a Marx, Engels y Tchernitchewsky, sus autores favoritos. La diferencia entre los bolchevikis y los menchevikis (de "menshe", menos, menor, etc.) que acaudillaba Plekhanoff, consistía en que, mientras los primeros querían aplicar directamente el programa máximo del socialismo, los segundos sólo aceptaban por el momento los principios minimalistas de dicho programa. Por otra parte, los menchevikis querían efectuar la transformación social por intermedio de la actividad parlamentaria y otros resortes de la democrácia burguesa, lo cual los acercaba a los otros partidos políticos de tendencia radical en el mundo entero, incluyendo a los propios socialistas llamados revolucionarios. Interpretaciones más o menos absurdas de

la obra de Marx, especialmente de su "Manifiesto comunista", dieron motivo al nacimiento de nuevas sectas.

* * *

En medio de esa espantosa anarquía de las ideas, Lenín comprendió que sólo una fuerte disciplina intelectual podría salvar la integridad del pensamiento marxista. Era en la época terrible en que la sombra de Stolypin pesaba sobre la clase obrera, como una amenaza de muerte. Se decía entonces, en son de mofa, que el bolchevismo no poseía mas que tres miembros: (Lenin, Zinovieff y Kameneff), y que se buscaba empeñosamente al número cuatro. Hasta los viejos jefes desilusionados, como Axebrod, salmodiaban tristemente los funerales de la revolución. A pesar de todo, Lenin permanecía firme. Su fe en la victoria no le abandonaba. Empeñado en reconstruir la filosofía del marxismo se encierra durante dos años en la Biblioteca Nacional de París. Su esfuerzo resulta gigantesco. La cantidad de libros que puede leer en ese corto período de su vida, asombran a los mismos profesores. Ya en esa época, Lenín rechaza el principio de la herencia económica. Quiere, por este medio, favorecer la selección, preparando el triunfo del más apto y mejor dotado. Sobrio de costumbres austeras, Lenin estudia siempre. No pierde el tiempo en cosas inútiles. Especie de monje láico, que no sabe ni de ligeros pecados veniales, sus amigos más íntimos son impotentes para arrastrarlo siquiera a un café. Lenin se eleva entonces por la especulación abstracta a las formas mas sútiles de la teoría. Discute con los universitarios los principios fundamentales de la filosofía social. La concepción del materialismo histórico, sobre todo, encuentra en él, no sólo al intérprete sino al adaptador que descubre un método para gobernar el ritmo de las fuerzas universales. El secreto de su triunfo hay que buscarlo en lo cerrado de su fanatismo marxista que no admite ni debilidades ni réplicas. Declara una guerra a muerte a los Rodzianko, a los Purichkevitch, a los Milinkoff, a los Volkonsky, a todos aquellos a quienes el culto del parlamento y de la democracia ha castrado en sus sentimientos revolucionarios. Para Lenín todos ellos son traidores a la causa del pueblo y merecen por tanto la última pena. Al mecánico Badaiev, diputado bolcheviki, que le pedía consejo sobre ciertos proyectos que pensaba someter a sus colegas, Lenín le respondió riendo: "¿Para qué ha de servir todo eso? Tú eres un obrero, y la Duma no está hecha para tí. Vuelve a Rusia y trata a los diputados de mi-

serables y de explotadores. Puedes adelantarles que todos serán colgados de los faroles. Ese será nuestro verdadero proyecto de ley". Los escrúpulos de orden sentimental no detenían la mano de L·.ín. Una vez planteada la guerra, la vida de muchos hombres no tenía más valor que un obstáculo que Lenín apartada implacablemente cuando el enemigo estorbaba sus planes. Aunque capaz de afectos disimulados, Lenín no poseía el hábito de jugar con las palabras. Un episodio que me fué referido en Moscú, lo pinta de cuerpo entero. Durante los terribles días de octubre, los funcionarios resuelven declarar el "boycott" a la revolución bolcheviki, abandonando súbitamente las oficinas. Lenín abarca de inmediato la gravedad del acontecimiento, y no vacila. Sabe que la vida administrativa del nuevo Estado no puede improvisarse. La hora no es propicia para contemplaciones. Lenín lanza un bando declarando que serán fusilados todos los funcionarios que no se presenten a sus oficinas dentro de un término de veinticuatro horas. Nadie ignora que, tratándose de Lenín, no existen amenazas en vano. Y ante el peligro de verse en la misma situación de los enemigos del nuevo régimen, que caen a diario bajo el plomo de los soldados rojos, los antiguos funcionarios vuelven. Las oficinas prosiguen en sus tareas normales, y muchos de aquellos mismos empleados que escaparon a la muerte, gozan hoy, bajo el gobierno proletario, de los beneficios de la jubilación. Hay otra anécdota interesante, y ella va por cuenta de Zinovieff. En una conferencia que se celebró en Berlín, entre el canciller y los jefes de los diversos partidos respecto de los tratados complementarios entre Alemania y Rusia, solamente Ebert. heraldo del socialista Sheidemann, votó en contra. Lenín y sus compañeros de trabajo, según Scheidemann, deshonran el socialismo. Y agrega Zinovieff con salvaje franqueza: "Sheidemann sabía muy bien qué clase de enemigo es Lenín. Puedo garantir que si algún día Sheidemann aparece ahorcado, Lenín tendrá algo que ver en eso".

* * *

Ya habitando Cracovia, en Galitzia, ya sea de Kwrkolla, la pequeña aldea de Finlandia, desde donde dirige el movimiento obrero de Petrograd, Lenín envía diariamente al "Pravda" sus terribles artículos de doctrina. Muchas veces consigue burlar la vigilancia de los puestos fronterizos para dar una palabra de aliento a los trabajadores en huelga de los astilleros. Es un máquina razonante, un orador fuerte, glacial, que expone con simplicidad. Habla familiarmen-

te, la gorra hundida hasta las orejas, las manos metidas en los bolsillos. Repite varias veces un mismo motivo, mientras no se convence que la idea ha penetrado en el espíritu de su auditorio. Seduce por la claridad de su razonamiento. En la polémica es formidable. Siempre áspero, diríase que vive en irritación permanente. No ataca jamás con denuestos vacíos. Se ha dicho que el insulto es el arma de los débiles, el veneno de los impotentes. La actitud de Lenín viene de la rigidez de su método. Demasiado frío para injuriar, mata con una sola frase cargada de lógica. Como todos los rusos cultos habla y escribe en varios idiomas. Su poder de convicción es tan imperativo, que, aún agonizante, charlando con los sabios alemanes de su cabecera, encuentra fuerzas para convertirlos al comunismo. Stalin relata que, en las grandes asambleas, trata de ocultarse de pasar inadvertido. Detesta cordialmente exhibirse y no puede soportar que todas las miradas se fijen en él. Dovgolevsky, que lo trató íntimamente, me contaba que Lenín tenía horror a los aduladores que venían a su presencia con bajezas de reptiles. Sentía también el más profundo desprecio por aquellos que le mostraban excesiva y chabacana familiaridad. Lenín adoraba la sencillez. Toda su vida es un ejemplo de sacrificios silenciosos y de privaciones. En París él y su mujer pasaron días de hambre. En Zurich vivía humildemente bajo el mismo techo de un zapatero. Data de esa época el documento histórico que hoy se exhibe en un museo de Suiza y en el cual Lenin se comprometió bajo su firma a ser juicioso. Todos esos detalles han contribuído a hacer de Vladimir Ilitch un hombre de milagro. La leyenda ha acrecentado, después de la muerte, el fervor místico que rodeaba su persona. En vida el pueblo le llama "nuestro sol", "nuestra querida antorcha..." Después del atentado contra su existencia, Lenín cobra perfiles casi divinos. Hasta el propio Zinovieff, en el discurso pronunciado el 6 de septiembre de 1918 en el soviet de Petrograd, se deja arrastrar por la idolatría leninista. "Lenín, exclama, es el elegido de millones de hombres, el jefe por la gracia de Dios, el jefe auténtico, aquel que en la historia de la humanidad nace cada quinientos años..." Por su parte escribe Trotzky: "Cuando se ve a Lenín gravemente herido, luchando contra la muerte, nuestra propia vida nos parece tan inútil, tan insignificante..."

* * *

Lo que salvó el movimiento de octubre fué la dictadura de Lenín, que era la encarnación de la dictadura del proletariado. En manos del reformador el periodismo fué un instrumento poderoso. De acuerdo con lo que venía predicando desde 20 años atrás, Lenín expropió

la prensa burguesa. En la Rusia soviética no existe el derecho de conspirar contra el proletariado por medio de una propaganda permanente. Pero la libertad de pensamiento, en otro orden, es una realidad. Continuamente se publican versos irónicos contra los comisarios del pueblo y dramas y novelas donde se hace el proceso del bolchevismo. Hasta los niños, con sus periódicos escolares, intervienen en esta gran agitación de las ideas. En todas las instituciones públicas los empleados escriben periódicos murales. Es interesante el de la comisaría de correos y telégrafos, lleno de ingeniosos epigramas y caricaturas donde se satiriza finalmente la actuación de los funcionarios más encumbrados. Es cierto que la dictadura del proletariado abusa de los medios impresionantes y hace gasto de una teatralidad inútil. El más inofensivo contraventor es llevado por las calles con gran lujo de bayonetas. Tuve ocasión de ver en Moscú, al amanecer, algunas de estas originales procesiones. Los soldados de rostro sucio y somnoliento tienen a esa hora aspecto patibulario. Cualquier viajero desprevenido podría creer sin esfuerzo que el preso será fusilado a la vuelta de la primera esquina. Sin embargo, todo se arreglará con algunas horas de arresto. La tarea de Lenin para transformar el régimen fué tan compleja, y con caracteres tan imprevistos, que ella sola pudiera ser motivo de varios volúmenes. Vladimir Ilith sale de Suiza y atraviesa toda Alemania antes de penetrar en Rusia. A su paso por las ciudades alemanas, los socialistas del partido de Scheidemann intentan verlo. Lenín los rechaza. Ellos crean entonces la famosa leyenda del "tren blindado" que, como todas las supercherías oportunas, dió la vuelta al mundo. Entretanto, Kerensky sigue prometiendo la tierra a los paisanos. Los bolchevikis le intiman la inmediata solución del problema. Kerensky contesta que, ante todo, es necesario reunir la asamblea constituyente. "Convoque, pues, la constituyente", dicen los bolchevikis. Kerensky responde que antes hay que terminar la guerra. "Pues termine usted la guerra", exclaman los bolchevikis. La maniobra de Kerensky queda en descubierto. Su prestigio empieza a sentirse minado por el ridículo. Para completar el cuadro viene la aventura del general Korniloff. Aquello fué el escándalo. De un lado el desquicio político. De otro lado la amenaza de la dictadura militar. Octubre se aproxima. Desde el "Pravda", sin descanso, Lenín predica la insurrección. Una noche, media hora después de haber salido Lenín, la imprenta es asaltada. Todos los bolchevikis arrestados son muertos en el acto. Media hora antes Lenín habría caído también, y la historia del mundo hubiera sido muy distinta. "Tomad el poder que se hace tarde", escribe a los obreros desde Finlandia donde se ha refugiado. Cuando Kerensky rechaza su concurso para luchar juntos contra el peligro militarista de Korniloff,

la suerte está hechada. Lenin entra resueltamente en Rusia. "Ahora o nunca". He aquí su divisa. Enardece a los obreros, a los paisanos, a los soldados. Afronta, sonriendo la muerte siempre en acecho. "Si nosotros, dice, no nos apoderamos del gobierno en octubre, Savinkoff y Paltchinsky nos aplastan en noviembre." Los seis representantes bolchevikis en la Duma han sido deportados a Siberia por el gobierno Entre ellos se encuentra Petrowsky, actualmente comisario del pueblo de Ukrania. La cabeza de Lenín es puesta a precio por Kerensky. La cantidad resulta tentadora: ciento cincuenta mil rublos. Lenín se ve forzado a ocultarse en casa de sus amigos. Jamás duerme dos noches en el mismo sitio. La policía pierde su rastro. Es muy popular en Rusia un retrato que data de aquella época, donde aparece Lenín disfrazado de mendigo y con una barba blanca. Octubre llega al fin. La revolución estalla con una violencia inaudita. Y Lenín lanza a los cuatro vientos su célebre despacho: "Ahora no importa quien venga al gobierno. El poder pertenece al pueblo". Uno se pregunta ahora si Lenín comprendió la única gran fuerza que existe en Rusia, el campesino, en el mismo sentido que Gorky. Por lo pronto, el gran maestro ruso ha pintado a Lenín como un alma excesivamente sensible a la música y a la literatura. Un magnetismo extraño en toda su persona, una voluntad maravillosamente fuerte, una capacidad sobrehumana para el trabajo. Todo permite suponer, por otra parte, que Lenín participaba del juicio despiadado de Gorky sobre el campesino ruso. El célebre autor de "Los Vagabundos" nos dice que, a los ojos de Lenín, el primer escritor ruso con alma de mujik es Tolstoy, espíritu de la tierra, con gustos y hábitos paisanos, un poco loco, un poco cruel, cuyo misticismo no enseña el dolor como medio de santificar la vida, sino el remordimiento. Para Lenín, la figura de Tolstoy no vale más que la de un Rasputín refinado por la cultura europea. Tolstoy pregona el remordimiento como la llave que nos abrirá las puertas de la salvación. Cuando mas grande sea el crimen mas bien aventurado resultará el remordimiento. De este modo se llega a considerar el delito como medio seguro para experimentar el remordimiento y entrar en estado de gracia. Como se ve, el sueño fetchista de Tolstoy coincide con el concepto absurdo de Rasputín para alcanzar la divinidad. Doctrina de mujiks después de todo, con un fondo común al alma de los campesinos, con cierta inquietud bárbara que no escapa a la penetración de Vladimir Ilitch. La mentalidad semisalvaje del paisano da acentos terribles a la tragedia de la revolución rusa. Los rurales ignorantes intentan dominar el intelectualismo de las ciudades. Afirma Gorky que la paradoja actual consiste en que algunos centenares de miles de rusos europeos hacen olvidar a centenares de millones de mujiks eslavos, viviendo de la barbarie asiá

tica, enterrados en su miseria, en su ferocidad y en su egoismo. La masa rural de Occidente puede contemplar en torno suyo el rastro de una labor del pasado. Ya intactos o en ruinas los monumentos del arte y de la industria traen la noción de una continuidad del esfuerzo humano a través del tiempo. "Tales pensamientos, agrega Gorky, son extraños al paisano ruso. Alrededor de él no hay más que la estepa, la pradera inmensa siempre uniforme. Las ciudades son lejanas y poco numerosas. Algunas no son más que aglomeraciones donde los hombres no ven nada en torno de ellos. Por todas partes el campesino rebosa de ese sentimiento de indiferencia que mata la capacidad de pensar, de acordarse de lo que se ha vivido y de aprovechar la experiencia de las ideas". Al igual que Lenin, el autor de "Los Vagabundos" llega a la conclusión de que un pueblo carece de historia cuando ese pueblo no ha intervenido en su propio destino. El último guardador de ovejas en Francia o Inglaterra sabe que sus antepasados, mezclándose en luchas sangrientas, han contribuído a formar la patria. En cambio un mujik no conoce nada. Ha olvidado todo. El paisano ruso de Asia se caracteriza por su falta de memoria histórica, un sentimiento animal de rebaño y ausencia casi absoluta de emociones sociales Cuando pequeñas fuerzas antigregarias lo alejan provisoriamente de la manada, el individuo aparece controlado por una sed loca de crueldad, esa especie de sadismo diabólico que ha invadido el arte y la literatura. Y Gorky termina con estas frases terribles: "Creo que es propio del pueblo ruso, exclusivamente, el sentido de la crueldad, así como es propio exclusivamente de los ingleses el sentido del humour. Se trata de una crueldad especial, hecha de sangre fría, para probar los límites de la resistencia humana al sufrimiento, para constatar el deseo de persistir y la estabilidad de la vida". El mérito gigantesco de Lenín consiste en haber podido mover esa pesada realidad. Dió a los campesinos la tierra en nombre de las ideas marxistas. Pero el mujik no conoce a Marx. No le interesan tampoco sus doctrinas. Sabe que ahora se encuentra mejor que en el antiguo régimen, que puede hallar su alimento con menos dificultad que antes. Eso es todo. Lenín, indudablemente, habiendo comprendido al campesino tal como es en la realidad, intentó occidentalizarlo. En la soledad de la estepa, la escuela pública prosigue su misión civilizadora. Y por obra de Lenín, la masa bárbara se va incorporando lentamente al ritmo del mundo...

• • •

Allá ha quedado, contra las murallas del Kremlin, durmiendo en el misterio de la Plaza Roja. El campesino pone ahora su retrato en-

tre los íconos, mezclado con las imágenes de los santos y de los dioses. Para la historia popular, la silueta de Lenín puede definirse en cuatro trazos rápidos. Su desinterés es absoluto. Vive con menos de lo que gana al año el último operario. No es cruel, sino calculador, frío e implacable. Cuando trata de suprimir a un adversario no se detiene ante consideraciones de gratitud, ni de amistad, ni de parentesco. Tanto peor para quien se pone en su camino. Sus propios compañeros le atribuyen una misión sobrenatural. Ante él no se puede quedar indiferente ni caben los términos medios: o se le adora o se le odia. Con la muerte de Lenin la causa de la revolución mundial ha perdido su gran motor histórico. Para la burguesía de Europa es una pesadilla que se disipa. La clase poseedora ha respirado con alivio. Los hombres de los partidos llamados liberales y obreristas, sobre todo, a quienes ya se les había señalado el cadalso, pueden dormir ahora tranquilos...

—::—

CAPITULO XIV

Moscú, la meca del comunismo

Una noche se hablaba de Sonbkni, delegado turco a la tercera Internacional. Yo me aventuré a decir:

—He ahí un hombre que ha substituído Mahoma por Lenín. Al mudar de ídolo, ha cambiado también de ruta. Por eso ha venido aquí. Con razón, pues, se ha afirmado que Moscú es hoy la Meca del comunismo.

Pueblos enteros han atravesado el Asia a pie para posternarse ante los dioses rojos. Seres de todas las razas han venido de los rincones mas apartados del mundo a embriagarse con la fiebre revolucionaria. Al principio aquello parecía un refugio de insensatos. Prófugos del drama imperialista, descreídos de la democracia o irritados contra el despotismo, todos se daban la mano, reconciliados, a través del Kremlín. Sin embargo, la revolución no le ha quitado a Moscú su alma mística y bárbara. Mitad europea, mitad asiática, un enigma penetrante la envuelve. Flota sobre ella como un sueño lejano, un sueño de siglos. Secreto que conmueve sin saber por qué, misterio que es una perpetua fascinación de la inteligencia y de los sentidos. Muy pocos monumentos recuerdan lo que que John Reid ha llamado en un libro célebre "los diez días que cambiaron la historia del mundo". Ahí está el austero mausoleo de la Plaza Roja, donde la bayoneta desnuda de los soldados vela la noche eterna de Lenín. Ahí está Vorovowsky, en quien el artista ha infundido el ardor tribunicio que hace vibrar aún sobre las losas de la calle la sombra gigantesca del bronce. Ahí está el obelisco de granito, erguido entre los árboles y las flores, donde el soviet ha grabado el nombre de los grandes pensadores revolucionarios. Un eclecticismo admirable ha inspirado la confección de esa lista. Los doctrinarios más opuestos están uno al lado del otro. No puedo menos de sonreir, y entre las protestas de mis amigos rusos, trato de definir rápidamente cada nombre con una sola palabra: Marx, el

verbo; Engels, la dialéctica; Liebknecht, la organización; Lassalle, el sacrificio; Bebal, la astucia; Campanella, la sabiduría; Saint-Simon, el romanticismo; Vaillant la audacia; Fourier la paradoja; Jaurés, la elocuencica; Proudhon, el desorden; Plekhanoff, la disciplina; Bakounine, la violencia; Tchernitchewsky, la desesperación... Ahí está, por último, la columna de la plaza del Soviet, antigua plaza de Skobeleff, donde se hallan escritos en bronce los artículos fundamentales de la constitución escrita por Lenín. En uno de los costados puede leerse la inscripción siguiente: **Todo el poder al Soviet.** Numerosas alegorías se refieren a los obreros y paisanos, al ejército rojo y a Moscú.

* * *

Otra vez Moscú. Su nombre llena todo el drama revolucionario. Pero su destino sangriento se prolonga en la historia como la sombra de sus torres en el crepúsculo. Desde el tiempo de los reyes de la Horda de Oro, crueles y magníficos, Moscú renueva con sangre la púrpura de sus altares. Al declinar el día, desde Vorobieni Goré, el monte de los gorriones, vemos como los hombres y las cosas se van durmiendo dulcemente en el valle, entre los horizontes todavía encendidos por las sensualidades de la tarde. Desde este mismo sitio, como lo pinta el cuadro famoso, Napoleón contemplaba la ciudad ardiendo, las botas hundidas en la nieve y una mano apoyada sobre la mejilla. Buscamos el sitio exacto donde la tradición asegura que estuvo sentado el emperador. Ciento doce años pasaron desde el momento en que empezó a hacerse la noche sobre el genio de las batallas. Y nada ha cambiado. Las casas, los árboles, los barrancos continúan rodeándonos como signos impenetrables a las intuiciones de la historia. Los franceses que nos acompañan no pueden ocultar su emoción y tienen los ojos húmedos. A lo lejos, los últimos rayos del sol hacen revivir la dura epopeya de Moscú en toda su imponente belleza. El oro de la iglesia de Vassili Blagennyi, chisporrotea. Es la basílica de Basilio el Bien aventurado, joya de arte bizantino, con su torre esbelta como un minarete que espera aún la simandra de bronce, y sus prodigiosos senos ovoides que espolvorean el aire con reflejos de oro. Fué reconstruída varias veces, y dice la leyenda que Iván el Terrible, para que no volviera a repetirse la misma maravilla, dejó ciego al arquitecto que concibió la fantasía magnífica de las cúpulas. Luego las líneas grises del Kremlin la iglesia de Spasskia Vorota cuyo reloj gigante, por medio de un ingenioso mecanismo, toca la inter-

nacional cada hora sobre la población de Moscú. Mas lejos dentro del recinto sagrado, el campanario de Iván el Grande, de perfiles severos, y el campanario de la Asunción, la iglesia donde se coronaban los zares y eran enterrados. Más allá todavía, la masa delicada de la catedral del Salvador con sus piedras que brillan como rubíes. A la derecha, el jardín de Niesknichmji Sade, "donde nadie se aburre". con su elegante castillo, regalo de Catalina II a uno de sus favoritos. A la izquierda, Khodinka, que evoca el desastre ocurrido el día de la coronación de Nicolás II, cuando se hundieron los puentes con estrépito, arrastrando al abismo numerosas víctimas Esta catástrofe inauguró trágicamente el reinado de aquel desventurado monarca. Porque los bolchevikis han querido sacarle a la historia todas las enseñanzas útiles al buen sentido popular. Al respetar las cosas del pasado, conservan la continuidad espiritual de su raza. Ya en época de Alejandro I había sido restaurado lo que desapareció en 1812 durante el incendio ordenado por Kutuzoff a fin de salvar su retirada. La obra de reconstrucción iniciada en el pasado prosigue todavía. Los bolchevikis entienden que todos los tesoros de arte acumulados por el pueblo ruso a través de los siglos deben convertirse ahora en instrumentos de la cultura y de la emancipación intelectual del proletariado.

* * *

Por otra parte, la Meca del comunismo posee su santuario: el Kremlin. Es un dogma de piedra que la doctrina de Lenín ha vuelto seductor y flexible. En tiempos muy remotos era una ciudad isla rodeada de bosques y de ríos. En 1147 se oyó por vez primera hablar del Kremlin. Al finalizar el siglo XV, los italianos: Marco Ruffo y Pietro Antonio Aleviso, de Milán, construyeron las murallas de la fortaleza. La joven rusa que nos guía en este laberinto, es una enamorada de Italia. Las visiones ardientes y lejanas del Renacimiento exaltan su espíritu. Habla un italiano bastante puro. Ella observa que escuchamos su palabra con profundo interés. Entonces sus ojos se inflaman con resplandores sagrados...Y a través de los labios de la muchacha, toda palpitante, asoma el alma de este pueblo que no sabe amar sin pasión. Entretanto, abajo, el Kremlin despierta. Abarca un área de más de dos kilómetros, con sus tres catedrales, sus cinco puertas, sus dos conventos y sus nueve iglesias. En medio del dédalo de piedra, diez y nueve torres desparejas, hecterogéneas, se elevan como nubes rosadas. El espectáculo no se parece a nada en el mundo, y, sin embargo trae al

espíritu un torbellino de recuerdos. Posee algo de Avila, algo de Siena, algo de Avignon. Pero su carácter es único como su fisonomía. En los tenebrosos soterrados los arqueólogos buscan afanosamente la biblioteca de Iván el Terrible que se supone sepultada por un remoto cataclismo. Se cree que ese descubrimiento aclarará muchas incertidumbres históricas del Oriente europeo. El soviet local ha votado fondos para las excavaciones, a las cuales se ha dado comienzo. Pasamos luego por el pequeño teatro construído en el siglo XVII, donde se representaron las obras que el renacimiento había puesto en boga. El teatro, en aquellos tiempos, era en Rusia pecado mortal. Después de la primera representación, el zar rogó e hizo penitencia durante una semana para lavar sus culpas. Desde la altura puede verse distintamente la iglesia de Salvador de la Selva, construída en el siglo XIV, el edificio más antiguo de Moscú. Seguimos andando. El Kremlin es un planeta aparte. Cada fachada nos detiene, cada columna nos atrae, cada objeto nos sugiere emociones desconocidas. Penetramos en el Terem, donde habitaron todos los zares antes de Pedro I que fundó San Petersburgo. El Terem no tiene más que trescientos años. Allí vivió el primer Romanoff que edificara el castillo. La pequeña sala es íntima, pero sin calor, sin cordialidad. Leones y águilas de oro en los muros. Imágenes de santos y escenas bíblicas en el"plafond". No se ven sillas. Algunos bancos, con complicadas columnas talladas en el rígido estilo ruso siglo XVII, se conservan junto a la pared. Todavía se muestra el banco donde dormía Napoleón durante la campaña de 1812. El lecho de Murat puede verse en otro de los grandes aposentos del palacio. Nadie diría que ha pasado por ahí la más formidable revolución de nuestro tiempo. Los espectros surgen entre el polvo y animan el secreto de las cosas muertas. En la sala de los embajadores, por ejemplo, uno cree percibir todavía la silueta sombría del primer Romanoff o el fantasma diabólico de Iván el Terrible, cuya figura atormentada, surgiendo del pincel de Repine cobra acentos de pesadilla. A las mujeres se les prohibía, bajo severas penas, ponerse en contacto con los diplomáticos. Solamente les estaba permitido mirar hacia la sala a través de una hendedura disimulada entre los cortinajes. La discreta sabiduría que hablaba al espíritu de los viejos zares, les había hecho comprender que las mujeres, olvidando a los de su propia casa, se entregan al extranjero simplemente por curiosidad. A pesar de todo, aquellos corazones de hierro resultarían algo infantiles en la edad moderna. La Rusia soviética acaba de lanzar una mujer, la Kolontai, a la

vida de la diplomacia. Y dentro del régimen capitalista, las mujeres de los diplomáticos desempeñan un papel más importante del que uno piensa. La amistad entre los Estados, la guerra o la paz, depende muchas veces de una de sus sonrisas. ¿Qué diría el violento Pedro I, ante el penetrante sarcasmo de la revista montmartresa, donde un diplomático dice a su esposa que resiste sollozando a las arremetidas del kaiser: "Acepta, hija mía. Hazlo por la paz europea"? Antes eso se llamaba infidelidad. Ahora se llama espíritu de sacrificio y amor a la patria.

* * *

El Kremlin rojo no ha borrado tampoco de sus muros, en la sala de las facetas, las pinturas ingénuas que representan leyendas de los antiguos poemas moscovitas. En esos cuadros primitivos se ha inspirado Vasmetsov, el pintor de las viejas fábulas eslavos una suerte de Perrault del pincel, trasladado al lienzo las escenas del príncipe Igor con todas las maravillosas fantasías del siglo X. El campesino puede seguir todavía sobre los muros la historia del rey cruel que las hadas convierten en escarabajo; la leyenda de Iván Savlitch, el niño bueno, que es salvado por el lobo de las garras del dragón, juntamente con la princesa de quien está enamorado; el apólogo socarrón del juez que, olvidando la justicia, se deja tentar por el diablo a cambio de un regalo, el mismo juez que nos muestra, por un lado, su cuerpo alegre, y por otra parte, su alma condenada que gime en el infierno. Luego pinturas donde siempre intervienen los lobos. Porque el lobo es un animal casi sagrado en Rusia. Su aullido prodigioso llena todas las fábulas del pasado. Uno lo ve, a veces, en la estepa pasar delante del auto, las orejas tiesas, como un gran perro inofensivo de pelambre rojiza. El campesino, que lo sabe hambriento, se persigna temblando cuando siente en invierno sus pisadas sobre la nieve. El lobo se vuelve en manadas, como en los cuentos de antaño, contra el que ha mentido, contra el que ha robado, contra al que intenta vivir del trabajo ajeno. Es la mano de Dios hecha fiera, la mano que se enternece ante la mujer con un niño en brazos, o la mano que se abate sin piedad, la mano trágica que en la noche glacial araña la puerta de la "isba" donde duermen los malvados.

* * *

Dentro del Kremlin, el palacio de Nicolás I, requiere luego nuestra atención. Fué construído en 1894 por el francés Tonne

que vivió mucho tiempo en Rusia. Domina el estilo ruso de la decadencia con algunos resabios de arte bizantino. El deplorable recuerdo del rey soldado, del verdugo de Polonia, contribuyó a que ese palacio fuera considerado como símbolo de reacción hasta la caída del régimen. Lo primero que sorprende en el vestíbulo, donde da acceso la amplia escalinata de mármol, es el gigantesco cuadro de Brodsky que representa un congreso de la tercera internacional. Aunque llena de teatralidad, la tela no está desprovista de emoción. Lenin se encuentra en la tribuna y habla a la inmensa asamblea. Es muy sugerente la expresión de vivo interés que hay en el rostro de Gorky, escuchando desde uno de los escaños. En la muchedumbre de delegados puede distinguirse a Clara Zetkin, con sus párpados entornados y sus cabellos blancos; a Bukharine. Lunatcharsky, a Kalinin, a Trotzky, a Rikoff a Zinoviff, a Tchitcherin... Uno puede reconocer más de quinientas fisonomías... Hasta el mismo Brodsky se ha metido dentro del cuadro en actitud de tomar apuntes. El detalle se sutiliza, se multiplica, y acaba por fatigar. Brodsky no ha pintado una obra de arte. Su cuadro será simplemente para la posteridad un documento histórico... Proseguimos nuestra marcha. La sala del trono se abre para nosotros en medio de una orgía de luces. El brillo del oro enceguece. Las vidrieras arden en llamaradas multicolores, y hasta las tablas del piso parecen espejos. Hay, sin embargo, algo de desolación en tanta grandeza. No se ven muebles. No existen sillas, porque nadie podía sentarse delante del emperador. Profusión de suntuosas decoraciones, artesonados de pedrerías, jarrones de porcelana columnas de malatuita... Arriba, el ojo de dios en esmalte, velando desde el triángulo solar sobre la vida del emperador. En el trono, desde donde los zares dictaban a los siervos su ley absoluta, el retrato de Lenín. Frente a Lenín, encima de la fastuosa portada por donde entraban los cortesanos y los embajadores, el retrato de Marx. Un viejo melancólico calvo, con patillas a la moda de Francisco José, nos siguió en silencio. De tiempo en tiempo mira hacia afuera y sonríe tristemente. Yo aprovecho la primera ocasión que se me presenta para interrogarlo con habilidad. Me confiesa que hace cuarenta y dos años que sirve en el castillo. Los bolchevikis no lo han hechado a la calle, y él conserva su puesto como guardián del museo. El viejo ha visto desfilar por ahí todas las grandezas de la tierra, y luego ha presenciado como se convertían en polvo. Si él hubiera podido penetrar el pensamiento que movía ese mecanismo, fundirse en el alma de esas realidades objetivas,

ahora tendría en la boca y en el espíritu el sabor amargo del Eclesiastes. Pero no comprende nada, y el disgusto irremediable de las cosas humanas no puede alcanzarlo. Posee la psicología del gato, que no reconoce a las personas y que sólo tiene el instinto de lo inanimado, el amor de los objetos. Permanecce pegado a los viejos recuerdos. Lentamente, va quedándose atrás hasta desaparecer en el fondo de una galería. Y yo pienso que también él es un mueble salvado del desastre, un escombro que los bolchevikis enseñan al viajero como los restos de una época que se ha derrumbado para siempre.

* * *

Franqueamos luego el umbral de los aposentos privados del monarca. La entrada a esas habitaciones donde se amontonan tesoros de subido valor, es inaccesible al público. Ese día, en virtud de una orden del gobierno local, las puertas se abrieron únicamente para nosotros. Entramos en el dormitorio de los reyes que visitaban Rusia. Hasta los menores detalles de la pared, del tocador, de los goznes, son un lujo fantástico. Todo huele a cámara que ha permanecido largo tiempo cerrada. Una atmósfera de museo circula entre los objetos. El lecho es verdaderamente imperial con esculturas soberbias y un acolchado de seda violeta. Las cortinas y cobertores se mantienen intactos. Su más frecuente huésped, durante la época de Nicolás II, era el Sha de Persia. El obeso monarca se hallaba enamorado de María Fedeorovna y hasta le había hecho proposiciones para llevarla a compartir el trono de Ciro y de Darío. La historia oficial ignora los sentimientos que el Sha de Persia pudo despertar en el corazón un poco viejo y gastado de la soberana. Si hay que creer a los palaciegos, aquelos eran amores de opereta. Esperando la problemática visita de su amada, el Sha permanecía acostado casi todo el día, haciéndose traer la comida por los lacayos. Después de comer, se limpiaba las manos y la boca con las brocados de su lecho, y seguía esperando...

* * *

Antes de salir a la explanada donde se contempla la famosa campana medioeval, que podría cobijar a una familia entera bajo su techo de bronce, visitamos el pequeño despacho del emperador. Las paredes son bajas con revestimientos desmontables de cedro

y roble. Otra vez nos asalta el gusto de las cosas napoleónicas. Por todas partes, cuadros de Varertsehaguin el mas grande pintor de batallas que han poseído los rusos, y que se hundió frente a Port Arthur, con el acorazado "Petropaulowsky, durante la guerra ruso-japonesa. Nadie ha dado al drama napoleónico de la estepa acentos mas terribles que Varestchaguin. Desfilan el invierno de 1812, Napoleón en el Kremlin, en Smolensko, en la Berezina, Napoleón dejando Moscú con un incendio detrás... Todo un torbellino de resplandores siniestros de cadáveres, de armas abandonadas, de charcos de sangre en la nieve... Dejamos al fin los recuerdos para salir a la vasta explanada abierta sobre un cielo sin nubes. Algunos centinelas rojos se pasean en torno de un cañón mostruoso, pero cincelado como una joya. Ese cañón fué mandado construír por Fedor, hijo de Iván el Terrible, solamente para aterrorizar a los tártaros. Dicen las crónicas que cumplió su misión en forma maravillosa, porque nunca disparó un solo tiro. A pocos pasos, en la Casa de Justicia, se conserva todavía el modesto cuarto desde donde Lenín dió las primeras orientaciones al gobierno revolucionario. El mueblaje no puede ser más sencillo. Una cama de tijera, una mesa de pino, algunos libros. Diríase la celda de un asceta que hubiera hallado su Tebaida en la revolución. Porque Lenin era en realidad un monje láico, con la misma sed de certidumbre, con la misma inquietud interior de los cenobitas que arrojaron a los hombres contra los dioses. Padres del libre examen en la gran disputa íntima del remordimiento. Héroes de la rebeldía que se forma en la huella de la disciplina como la sangre se amontona en la marca dejada por el látigo... Lenin es esa sangre. Hirvió, como ella, irritada por el azote de las fatalidades históricas, y al correr por el mundo, hizo una cosa nueva del hombre, cual si debajo de la miserable estructura humana rodase la máquina que va contra los siglos y hubiese algo que no quiere morir.

* * *

El expreso para Varsovia sale a las siete horas treinta minutos de la estación de Alexandrowsky. Como todavía no ha sido firmado el convenio ferroviario con Polonia, será necesario detenerse en Njegoreloje, población rusa de la frontera. De ahí hasta la estación polaca de Stolpze, desde donde proseguiremos nuestro viaje por el rápido de Varsovia. Un grupo de delegados de los obreros y de comisarios del pueblo nos ofrecen una comida de adiós en el Hotel Savoy. Asiste el ministro del soviet en Suecia

y los miembros de la delegación po... ...l en ... Tchitcherin se hace representar por el camarada Florinsky. El menú parece preparado como para un sultán de las Mil y una Noches. Echo una ojeada a la mesa, donde, entre las flores, se esparcen todos los manjares, según la costumbre rusa. Filetes de sturgeon, borch (la sopa de coles), perdices asadas, caviar del Volga, uvas del Turkestán, melones de Crimea, todo rociado con jugo de ciruelas de Ukrania y generoso vino del Cáucaso. La leyenda del hambre rusa se desvanece. Algunos días antes, después de haber almorzado en la misma forma con los obreros de las minas de Bogorodsk, había escrito a mis amigos en Francia, que aun conservaban algunas ilusiones sobre la próxima caída del régimen, para que renunciaran a la esperanza de ver al soviet derrumbarse por la miseria. Al final me levanto para agradecer. El comisario Dovgolevsky contesta. Hemos vivido varias semanas de cordial camaradería. Vamos a separarnos, y hay un poco de emoción en todos los rostros.

* * *

Se hace tarde, y los automóviles vuelan a Alexandrowsky Wagsal. El expreso de Polonia está ya formado, y el jadeo asmático de la locomotora ensordece. Una vez en el vagón, escuchamos las últimas recomendaciones de los amigos, los últimos consejos. Hicguet me ruega tranquilice a su familia en París. — ¡No he sido fusilado! ¡No he sido comido por los bárbaros! — grita.

Dovgolevsky, que se ha acercado a nuestra ventanilla, sonríe socarronamente desde el a... luego se vuelve hacia Morales exclamando:

—Y agregue, usted que es ... quien ha comido...

Mientras todos ríen, yo paseo la vista por última vez sobre la muchedumbre. Acaba de llegar el tren de Minsk con gran estruendo de hierros. Descienden paisanos con su fardo al hombro, haciendo sonar las botas sobre el enlosado, mujeres con pañuelos chillones en la cabeza, viejos de blanca barba con rostro de patriarcas, todo un mundo evocado por los grandes maestros de la literatura, el mundo de Tolstoy y de Dostojewsky, el mundo de Turgenneff y de Tchekhiv... Ahí está la Rusia palpitante, la Rusia del milagro. Ahí esá la tierra obscura, torpe, espesa, la tierra donde fermentó el genio... Un silbato, prolongado y enérgico, me devuelve a la melancólica realidad de la partida. Volvemos a pertenecer a los amigos. Abrazos. Manos que se estrechan. Pañuelos que se agitan. Vamos a recorrer en tren el mismo camino de Napoleón vencido, la vía crucis del gran ejército. A nuestras espaldas, en la noche que cae, se encienden los fuegos de Moscú frente a nosotros, la soledad de la estepa se va llenando de sombras. Los ejes rechinan pesadamente. El tren rueda hacia Varsovia.